

Dan Fante

CHUMP CHANGE

Traducción de Claudio Molinari Dassatti



Lectulandia

«La gente normal no acaba encerrada en contra de su voluntad y sometida a una cura de desintoxicación; una persona normal tampoco se despierta una mañana con un cuchillo clavado en el estómago. Pero yo suelo sufrir lapsus de conciencia, y cada vez más a menudo me comporto y hago cosas de las que después no logro acordarme. Son lagunas de la memoria, lagunas negras. Las conozco bien.»

Tras una borrachera salvaje que acaba en orgía homosexual y tentativa de suicidio, Bruno Dante es internado por tercera vez en la unidad de alcohólicos y enfermos mentales del Hospital San Giuseppe di Cupertino en el Bronx. Mientras se recupera le llegan malas noticias de la Costa Oeste: su padre, el escritor y guionista Jonathan Dante, con el que nunca se ha llevado bien, está gravemente enfermo y los médicos le dan pocos días de vida. Llamado a rendir un último homenaje al padre, Bruno Dante abandona antes de lo previsto el hospital y emprende un viaje de costa a costa en compañía de su odiada mujer. Un padre genial, rudo y con un carácter horrible: Jonathan Dante. Un hijo lleno de talento que se pierde en el alcohol, el sexo y la depravación: Bruno Dante.

Chump Change supuso el debut literario de Dan Fante, hijo del mítico escritor John Fante, y es el primer título de la trilogía protagonizada por su álter ego Bruno Dante, personaje cuyos excesos lo han convertido en uno de los más genuinos antihéroes de la reciente narrativa norteamericana.

«Las novelas de Dan Fante son baladas de amor y de muerte, como lo eran las novelas de Bukowski y como lo han sido las novelas de su padre.» — Fernanda Pivano (*Il Corriere della Sera*)

Lectulandia

Dan Fante

Chump change

ePub r1.0

orhi 10.12.15

Título original: *Chump change*
Dan Fante, 1998
Traducción: Claudio Molinari Dassatti

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Chump Change (Ingl./argot)

1. Cantidad insignificante de dinero. Calderilla.
2. Algo de poco o ningún valor.
3. Persona que no consigue un trabajo o que cobra un salario irrisorio.

Dedico este libro a:

Freddie Fumachinos

Dave «El Licores»

TJ Bratter

Bob A.

Bassia Loebel

Elinor Blake

Billy-el-jodido-Niñato

*y a todos los caballeros que suelen congregarse en el
Parque Roxbury.*

*Y por supuesto a mi padre, John Fante, cuyo recuerdo y talento son una
inspiración constante para mí.*

Agradecimientos especiales a C. Emmets.

Creemos que morir es duro,
pero morir es lo de menos.
Lo difícil es seguir viviendo
mientras todo muere
a nuestro alrededor.

Algo que le oí decir a TJ

Capítulo 1

Me llamo Bruno Dante y lo que aquí transcribo es lo que ocurrió. El cuatro de diciembre, el Hospital San José de Cupertino, en el Paseo Mosholu del Bronx, me permitió marcharme de su unidad psiquiátrica, destinada a la recuperación de alcohólicos y desquiciados. Una vez más, me daban el alta. Cada vez que me sometía a su cura de veintiocho días me enteraba de cuánto habían subido sus tarifas. En aquella ocasión, además de sufrir uno de mis desvanecimientos, me había clavado un cuchillo y por ello casi ni me aceptan. Aquella última vez fue la peor de todas porque lo único que recordaba cuando recuperé el sentido era la sangre que me salía de las tripas y se derramaba sobre mi ropa.

Mi primera cura en el San José la pagó el seguro médico de Agnes, mi mujer, y surtió efecto. Pasaron dos años de visitas regulares al psiquiatra, pero volví a caer. Había cogido un pedal de diez días y después había intentado suicidarme de nuevo mezclando alcohol y cocaína. Por aquellas fechas, el coste del tratamiento había subido de ocho mil quinientos a doce mil dólares, pero esta vez el dinero saldría de nuestros bolsillos; por lo visto por aquel entonces aún teníamos dinero en el banco. Dejé de acudir al come cocos porque seguía bebiendo y no había perspectivas de que aquello fuese a cambiar. Al llegar a la cura en cuestión, la tercera, mi caso ya se había convertido en una obra de beneficencia: el ingreso en el hospital habría costado veinticinco de los grandes.

Cuando bebo durante demasiados días seguidos —especialmente si bebo vino—, no puedo parar de pensar y mi mente solo anhela deshacerse del resto de mí. Aquella vez fui a parar a una pocilga del extrarradio, la cama estaba atornillada al suelo y alguien me había atado a ella. La gente normal no acaba encerrada en contra de su voluntad y sometida a una cura de desintoxicación; una persona normal tampoco se despierta una mañana con un cuchillo clavado en el estómago. Pero yo suelo sufrir lapsus de conciencia, y cada vez más a menudo me comporto y hago cosas de las que después no logro acordarme. Son lagunas de la memoria, lagunas negras. Las conozco bien. Al final Agnes hizo que me trasladaran al San José.

Mi conducta es a menudo desmedida y autodestructiva. Me comporto así porque cuando estoy sobrio no me tolero, especialmente después de recordar o averiguar lo que he hecho en el transcurso de mi última cogorza; así que, para remediarlo, vuelvo a beber. Como ya he dicho, suelo pegarle al vino porque hace ya mucho tiempo que las bebidas fuertes dejaron de ofrecerme lo que buscaba. Solo bebo alcohol de alta graduación cuando quiero mantener el puntillo; desde el año pasado, solo el vino me transporta hasta ese «otro lugar».

En aquella ocasión, fueron el vino y el sexo los que desencadenaron la locura que a su vez me llevó a intentar suicidarme. No soy homosexual, pero estaba desbocado, viendo una peli en un cine porno de la Calle Catorce y encurdelado hasta las cejas de Mogen David 20/20, un vino dulce conocido entre sus incondicionales como «Perro

Loco». Les monté el numerito a dos tíos: dejé que me miraran mientras me tiraba a un tercero. Entretanto, los otros dos se hacían pajas entre sí. Ese es el tipo de cosas que hago. A ratos recuperaba el conocimiento... lo volvía a perder... pero de lo ocurrido aún recuerdo la mayor parte. No sé por qué lo hice; solo sé que debí de haberlo deseado. Aquella fue la noche en que me apuñalé con el cuchillo para bistecs.

Las curas no producen resultados definitivos, como mucho ayudan durante un tiempo. Con ellas consigo dejar de beber vino durante semanas, a veces hasta meses, y me contento con las bebidas fuertes. Pero entonces sucede algo dentro de mi cabeza y me encuentro otra vez haciendo de las mías.

Lo que quiero decir con esto es que existe otro lugar, un mundo alejado de las preocupaciones y el dominio que ejercemos sobre nosotros mismos, un lugar donde la gente puede refugiarse, donde los valores y las responsabilidades de la vida diaria cambian por completo. Un lugar donde lo que de verdad importa es la supervivencia diaria y conseguir evitar el tormento al que nos somete la mente.

Internado conmigo en la unidad de psiquiatría estaba Delbert, de él quiero hablar aquí. Durante tres semanas Delbert y yo compartimos habitación. Oriundo de Lubbock, Tejas, mi compañero había ido a dar con sus huesos al departamento de cuentas a pagar de una firma de Wall Street. Delbert es de esos padres de familia con 2,1 hijos y una esposa que les prepara la cena. Los detalles específicos de cómo se fueron desarrollando los hechos carecen de importancia, el caso es que Delbert volvía a casa día tras día y se marchaba nuevamente al trabajo tal y como se esperaba de él. Así pasaron unos diez años. Los problemas lo han vuelto infeliz como a todo el mundo y por eso Delbert a veces bebe al mediodía. Después se va a su casa y por la noche se sienta delante de la tele y bebe un poco más. Delbert ha comenzado a beber también durante los fines de semana, no obstante consigue mantener a raya su pasatiempo durante años. Delbert es un tipo corriente, un tipo como los demás, un padre de familia. Pero cierto día, se da cuenta de que necesita echar un trago por la mañana para mantener firme el pulso. No quiere que la señora que atiende la taquilla de los Ferrocarriles de Long Island advierta cuánto le tiemblan las manos cuando compra el billete; ni que las secretarias de la oficina, al verlo servirse el café, se percaten de que tiene un problema. Así es como Delbert se convierte en bebedor mañanero por pura necesidad.

Un día, después del trabajo, Del llega a casa con unas copitas de más y, por sus excesos con el alcohol, discute otra vez con la parienta. (Lo que describo aquí es algo muy habitual, son cosas que les pasan a las personas corrientes.) Delbert se cabrea y sale disparado hacia el bar. Vuelve a las dos de la mañana con un ciego descomunal y se acuesta en la cama con su hija Melissa, de diez años. Aunque hubiera querido, Delbert no habría podido darse cuenta de dónde estaba —despierto y sobrio no le hubiera cabido en la cabeza la idea de montarse sobre su hija y follársela y lastimarla como lo estaba haciendo. Su mujer oye el barullo, se levanta y lo descubre, en pleno desenfreno, encima de su hija.

Delbert pide perdón. Su seguro médico cubre los gastos de la cura de desintoxicación en San José de Cupertino. Pero mi compañero no logra entender cómo se había permitido llegar a tales extremos. Sencillamente no se creía capaz de meter la polla hasta el fondo en el cuerpo de su hijita.

¿Llegará a perdonarse el pobre Delbert? No parece que eso vaya a ocurrir, porque la semana pasada se colgó y ahora está criando malvas.

La noche de su muerte, yo estaba durmiendo pero me desperté a las cuatro y media de la mañana para echar una meadilla. No vi a Delbert en su cama. Recorrí el pasillo, dejé atrás la sala de observación y llegué hasta los aseos. Sabía que estaba disgustado consigo mismo y que procuraba asimilar la vergüenza y la cruda realidad de haber violado a su hija y de ser un alcohólico.

La sala de observación suele estar cerrada, porque a los pacientes les está prohibido entrar cuando no hay personal supervisando. Pero allí estaba Delbert. Había sangre por todas partes... Se había cortado las venas y por las dudas se había colgado. Antes de que nos apagarán las luces discutíamos acerca de la ronda final de la liga de fútbol americano. Mi compañero de habitación era un seguidor apasionado de los Dallas Cowboys. Hasta la vista Delbert.

Mi esposa, Agnes, vino en taxi a recogerme. Llegó dos días antes de lo previsto. Puede que me odie a mí y a nuestro matrimonio, pero jamás llega tarde a una cita. Llegó en uno de esos taxis amarillos que llevan una banda cuadriculada en blanco y negro en los laterales, y se quedó esperando afuera con el contador en marcha.

Me despedí de Ed D., de Steve el «Pistola Fulminante», y de los otros pacientes que se habían plantado allí para ver cómo el chófer lanzaba mis pertenencias al maletero. Ed hizo una V con los dedos de ambas manos y extendió los brazos, imitando el estilo Nixon, después nos dimos la mano y nos despedimos con un «Ya nos veremos».

Durante el trayecto Agnes ni siquiera abrió la boca. Durante unos diez minutos perdí la vista en la Avenida Grand Concourse, fumando mis pitillos, hasta que finalmente Agnes se dignó a decirme que Jonathan Dante, mi padre, estaba muriéndose en Los Ángeles a causa de una insuficiencia renal y diabetes, y que esa era la razón por la que me habían permitido abandonar mi tratamiento prematuramente. Hasta entonces, me dijo, mi padre había estado en su casa al cuidado de mi madre, recuperándose de una segunda amputación de pierna. Pero entonces su cuerpo maltratado, ciego y diabético había dicho basta. Ahora ocupaba una cama en la UCI del Cedars y su condición era crítica.

Agnes y yo llevábamos once años casados. Ella era maestra y provenía de una familia judía del Bronx. Tenía los ojos y el cabello negros, y un culo maravilloso y suave como la almohada de un ángel. Nos conocimos una noche en un recital de poesía en la Segunda Avenida, cuando yo todavía escribía.

Yo había leído dos de mis composiciones publicadas, poemas escuetos y rabiosos.

Le parecieron buenos, y le pidió a una profesora de universidad amiga suya que nos sentara juntos. La profesora accedió. A Aggie los poetas que bebían tequila le parecían románticos, así que más tarde subimos a mi cuarto a discutir la obra de W. B. Yeats.

Poco después nos fuimos a vivir juntos. Yo trabajaba y ella trabajaba y durante la mayor parte del tiempo las cosas nos fueron bien, al menos así fue mientras yo aún escribía por la noche. Pero me daban jaquecas frecuentes y depresión a causa de mi poesía y de los ingresos pésimos provenientes de unos empleos de mierda. Estaba siendo demasiado crítico con Agnes, así que para levantarme el ánimo me automedicaba whisky. Entonces descubrí que las depresiones se volvían más tolerables cuando dejaba de escribir y me limitaba a beber. Dejé de criticar a Agnes, pero con el inconveniente de que también dejó de importarme.

Por aquellas fechas conseguí un trabajo temporal en ventas por teléfono y vi que se me daba bien. Al poco tiempo empecé a ganar un buen dinero, y aquello lo cambió todo. Las depresiones y las migrañas se fueron aliviando, curadas por el entusiasmo que proporcionaba el éxito. Me olvidé por completo de escribir.

En apenas un año ya me había buscado un socio y abierto un negocio de venta de vídeos porno por teléfono. Un fin de semana Agnes y yo nos casamos en Maryland. Le prometí que volvería a escribir, pero aquello no era más que una burda mentira porque por aquel entonces yo me agenciaba cinco de los grandes a la semana, a veces más. La venta de pornografía terminó por quemarme y me puse a vender vídeos piratas de largometrajes. Pasaba seis meses aquí y un año allá, pero siempre hablando por teléfono un mínimo de cuatro o cinco horas al día. Dondequiera que trabajaba, me convertía en uno de los mejores vendedores. El mes que menos gané traje a casa el doble de lo que Agnes ganaba como maestra.

En los años siguientes vendí material de oficina, cinta para máquinas de escribir y para teletipos, préstamos inmediatos en efectivo, herramientas, espacios publicitarios en publicaciones, servicios de aprovisionamiento de combustibles. Cuando las ventas de una actividad comenzaban a declinar me pasaba a la siguiente.

Me aficioné a hacer una parada diaria en el bar al salir del trabajo. Al principio pasaba la tarde con otros teleoperadores, y actores y músicos en el paro; eran mis iguales, todos ellos buscavidas y mercenarios. Nos metíamos coca a tutiplén y fundíamos la pasta en copas. Con el tiempo volvieron las depresiones, empeoraron las cogorzas y comencé a beber por la mañana.

Abrí otro negocio, esta vez solo. Me dedicaba al material de oficina. A los tres meses, mi mejor vendedor envió un televisor en color de veintisiete pulgadas y ochocientos dólares al jefe de compras de uno de nuestros mayores clientes. El supervisor pilló al jefe de compras con las manos en la masa e informó del soborno a la Fiscalía. Tres semanas después nos cerraron el tinglado. Atrancaron las puertas con cadenas y candados y confiscaron mi *stock*. Perdí sesenta mil dólares.

Aquel fue el año en el que comencé a acudir a programas de desintoxicación y a

instituciones psiquiátricas. También fue el año de mi primer intento de suicidio.

En cuanto al matrimonio, este se había acabado hacía tiempo, pero ninguno de los dos había querido abordar el tema. Aggie empezó a pagar el alquiler por su cuenta, y yo intenté volver a la venta telefónica. Pero no dejaba de beber como un cosaco, llegaba tarde, perdía horas de trabajo y al final acababan despidiéndome. A partir de entonces me quedé en casa cobrando el paro... cuando me lo daban.

Quería escribir, pero no tenía nada que decir. Me faltaba interés y había perdido la capacidad de concentración. Me había convertido en un borracho. Era plenamente consciente de ello pero no había nada que pudiera hacer para remediarlo.

Mientras el taxi se dirigía hacia el sur por Grand Concourse, y con el tono de un periodista de telediario que cubre un reportaje sobre residuos tóxicos, Aggie me puso al tanto del estado de mi padre. Mi mujer se había aficionado a enumerar sin pasión alguna datos sobre mi vida. Era su forma de protegerse cuando discutía cualquier cosa que tuviese que ver conmigo, así se limitaba a meter las manos en la mierda pero con guantes de goma. Me escupió a toda prisa los datos concernientes a la muerte inminente del viejo, de ese modo me fui enterando de todos los términos médicos y de las probabilidades de sobrevivir de mi padre. Fue un discurso gélido que me hizo comprender que ella me odiaba con toda su alma y que ya no esperaba nada de mí...

Aggie había descubierto que la manera de lidiar conmigo era con la ayuda del Valium. Me di cuenta de que ahora también iba colocada porque hablaba como si tuviera una patata en la boca y la saliva se le espesaba.

Intenté mirarla a los ojos pero no me devolvía la mirada. Hablaba dirigiéndose al respaldo del asiento del conductor, con la vista fija en la base de la mampara antibalas cubierta de anuncios de obras de teatro. Las palabras de su boca eran medidas, calmas, fortalecidas, y parecía más absorta en el anuncio del estreno de *City of Angels* que en los otros dos.

Desde hacía casi tres años tenía una aventura con un compañero del trabajo, un profesor de educación física. Y yo lo sabía. Se llamaba Bernard Williams, de mote Buddy, un negrata de un metro noventa y pocos, ex jugador de baloncesto de la Universidad de Nueva York. Que fuera negro no me importaba tanto, lo que me jodía era la mendacidad y el engaño, y la facilidad con que ella despreciaba nuestro matrimonio.

Comenzaron a verse durante mi segunda estancia en el hospital. Después de veintiocho días, llegué a casa y Agnes me informó de que tendría que dormir en el salón, en un sofá cama. A partir de entonces empezó a cerrar con llave la puerta de nuestro dormitorio, tanto cuando entraba como cuando salía. Me comunicó que había conseguido un trabajo nocturno y que a partir de ahora llegaría tarde a casa.

Descubrí el tongo a los pocos días, pero por esa vergüenza que sienten los perros apaleados me calle la boca. Yo había sido el marido libertino, el malo de la película y lo cierto era que ella nos mantenía a ambos. Así fue como perdí mi derecho a réplica.

Podía escoger entre dormir en el sofá o en la puta calle, la decisión dependía de mí.

En un principio, ser testigo de su *affaire* me carcomió las tripas, pero pronto lo convertí en una buena razón para beber. Supongo que se estaba desquitando, como aquella vez que quemó las únicas copias de varias docenas de mis poemas porque — como tantas otras veces— me había ido de parranda y había desaparecido toda una semana.

Me sentía rabioso y deprimido. En un par de ocasiones me enfrenté a ella y le planteé lo de Buddy abiertamente, pero su reacción fue encerrarse en su habitación y telefonar a la policía.

Al llegar al final de Grand Concourse cruzamos el puente y el taxista cogió por el Paseo Harlem River y después subió por la calle Franklin Delano Roosevelt. Pasados diez minutos, ya habíamos llegado a la intersección de la Calle Sesenta y la Segunda Avenida, una vía que atravesaba la ciudad a escasamente dos manzanas de nuestro apartamento.

Yo quería sentir algo por mi viejo, cualquier cosa; quería reaccionar de algún modo a la muerte, que estaba tan próxima. Ansiaba alguna emoción, pero no aparecía ni una sola. Me sorprendió mi indiferencia, pero entonces caí en la cuenta de que había llegado a un punto en el que absolutamente nada me importaba ya.

El taxista aparcó junto al bordillo y salió a sacar mi bolsa del maletero. Agnes seguiría hacia el trabajo.

—¿Te das cuenta de que no me has dirigido la palabra durante todo el trayecto? —me dijo.

Me apeé del coche y antes de cerrar la puerta asomé la cabeza por el hueco.

—Gracias por venir a recogerme.

El chófer ya se había vuelto a sentar.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —me preguntó ella.

—Ya te he dado las gracias.

—Que te den por el culo, pasmao.

Observé el taxi alejarse. Levanté la bolsa y empecé a caminar en dirección a nuestro apartamento.

Era un diciembre frío, la temperatura era de unos diez grados bajo cero. No me apetecía llamar a California para averiguar si mi padre seguía vivo o no. No quería saberlo. No había probado una gota de alcohol en veintiséis días.

Dejé mis pertenencias y volví a cruzar la ciudad a pie; enfilé hacia la boca de metro de la Avenida Lexington, hacia la tienda de licores. Me enfrentaba a un dilema: me aguardaban dos talones en la oficina del paro, pero estaba a punto de quedarme sin pitillos. El dinero que tenía en el bolsillo no me alcanzaba para pagar el billete de metro hasta el centro, comprar cigarrillos y además hacerme con una petaca de Ten-High, con la que resistiría hasta cobrar los talones. Necesitaba un lingotazo de *bourbon* imperiosamente, los cigarrillos podían esperar... Al fin y al cabo, no me enfrentaba a ningún dilema.

Llamé a California. Jonathan Dante aún respiraba, así que habría que viajar.

Agnes se metía Valiums también para volar porque los aviones le daban pánico, así que otra vez salió a relucir el pastillamen azul. Cuando el taxi que nos llevaba a coger el vuelo de las diez de la mañana había recorrido la mitad del trayecto hasta el Aeropuerto Kennedy, las dos pastis azules que se había tomado para desayunar le hicieron efecto. Me siguió por la terminal caminando como una zombi, pero mientras esperábamos para embarcar pudo echarse una cabezadita.

Tan pronto como ocupamos nuestros asientos y el avión hubo despegado, se quedó frita del todo. Supe que Agnes estaría fuera de combate durante horas y estaba encantado. Bajé las dos bandejas de los asientos, pedí dos Jack Daniels dobles y pagué con un billete de diez que robé del monedero de mi mujer.

El avión iba prácticamente vacío. A nuestro alrededor los asientos estaban todos libres, a excepción de los que ocupaba otra pareja dos filas por delante de nosotros. La azafata se llamaba Lorette.

Me hice servir otra ronda y, apenas Lorette hubo vuelto con las botellitas en miniatura, pedí otra más. Acto seguido me pimplé los primeros cuatro *bourbons* con hielo. Como por arte de magia mis músculos se relajaron y mi mente comenzó a sosegarse.

Al regresar Lorette, le dije que me sirviera otro par de *bourbons* dobles, pero esta vez pagué con mi dinero, un billete de cincuenta. Lo hice porque, al inclinarse ella a recoger las botellitas vacías, noté que llevaba el botón superior de la blusa desabrochado. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa. Yo pretendía que ella viese el billete. Estábamos experimentando un encuentro agradable. Un encuentro educado entre dos norteamericanos, entre dos viajeros.

—Parece que su mujer se ha dormido. ¿Quiere que le traiga una almohada?

—No hace falta, gracias. Volar la pone nerviosa, así que toma tranquilizantes.

El pecho izquierdo de Lorette lucía una línea de bronceado muy apetitosa que lo cruzaba más o menos por la mitad. Además llevaba los labios pintados de rojo fuego.

—Cincuenta dólares... ¿No tiene nada más pequeño?

Pude sentir cómo mi amigo Jack me iba apaciguando los nervios. Solo tenía que meter la mano en el monedero de Agnes otra vez, pero yo quería que Lorette viese mi grueso fajo de billetes. Quería que se enterara de que estaba tratando cara a cara con un pez gordo (un pez gordo que acababa de cobrar dos pagas atrasadas del paro).

Apoyé el peso en una nalga, rebusqué en el bolsillo de mi pantalón y saqué el resto de los billetes: todos de cien, bien doblados y con las caras de los presidentes colocadas todas hacia el mismo lado.

—Veamos —dije, y abrí el fajo en abanico sobre la superficie de la bandeja para que ambos pudiésemos ser testigos del despliegue. Me aseguré de que se hubiese percatado de cuántos billetes había, y entonces anuncié—: Parece que no tengo nada más pequeño. Lo siento.

—Qué problema más agradable.

—No más agradable que usted, señorita...

Lorette cogió mis cincuenta y dijo que volvería después de servir a los demás pasajeros. Pero antes de alejarse, volvió a sonreír echando un vistazo a las dieciséis botellitas, ocho llenas y ocho vacías:

—¿Son todas para usted?

—No exactamente, pero me gustan mucho las botellitas —sonreí mintiendo como un imbécil.

Una vez que se hubo marchado, guardé las botellitas llenas en el bolsillo interior de mi americana gris de tweed, pero dejé fuera las últimas cuatro. Esas las fui abriendo de una en una para ir sorbiendo todo su contenido.

Me sentía bastante bien solo que, mientras observaba por la ventanilla cómo se desvanecía Manhattan, me asfixio una suerte de tristeza. Primero fue una cavilación, después me sobrevino un sentimiento que cruzó mi mente con la agilidad y la ligereza de una bailarina clásica en una película muda.

Quise asegurarme de que mi mujer seguía inconsciente. Deseaba estar solo, gozar de un poco de privacidad, sentirme seguro. Al ver que Agnes seguía K.O., me permití sondear para ver qué sentimientos encontraba dentro de mí. Me brotaron las lágrimas y las tripas se me hicieron un nudo.

Pese a que Jack aún no me había golpeado con toda su fuerza, vi cómo se formaba ante mis ojos la imagen inconfundible de mi padre: mi fotografía preferida de él. No la había visto en años, pero mi mente la reprodujo con toda nitidez. En ella, Dante no debía de tener más de veintidós o veintitrés años. De pie sobre el césped, lucía una camiseta sudada y el sol lo iluminaba desde atrás. Había estado jugando al béisbol y llevaba los camales arremangados. Con los brazos en jarra y la cabeza inclinada hacia un costado, miraba a la cámara irradiando insolencia. Era el Dante orgulloso y desafiante que tenía al mundo cogido por los huevos. No pude evitar que se me volvieran a saltar las lágrimas.

Al cabo de un rato me levanté e hice un pequeño recorrido del aeroplano, pasando por la cocina de a bordo y dando la vuelta para llegar a los aseos del fondo. Un chaval que también quería pasar al baño esperaba su turno delante de mí.

Yo no quería hablar pero a él sí le apetecía. Tenía doce años y estaba atiborrado de cifras y estadísticas acerca de todos los aspectos de la aeronáutica. Me hablo de la autonomía de vuelo y de cómo esta dependía de la resistencia al viento, me informó del número de pasajeros que transportaba cada tipo de avión, etc... No era más que información para subnormales, el tipo de datos que solo pueden interesarle a un niño de doce años. Presté oídos a la poesía de aquellos nombres: el DC-10, el 747, el bombardero F-1 17 (el avión invisible) y el transbordador espacial. La magia de su primer vuelo lo tenía extasiado, aquella experiencia le había abierto un nuevo mundo de posibilidades y asombro infinitas. De pronto un DC-10 dejó de ser menos que un soneto amoroso o una obra de Degas.

El crío se me antojó el fantasma de mi padre agonizante, que me hablaba desde la

lejanía de medio siglo atrás deseando proyectar desde aquella fotografía hasta el presente un mensaje confuso de energía y esperanza... pero sospeché que se trataba del efecto del *bourbon*. El crío no dejaba de parlotear y yo no fui capaz de contener las lágrimas. Aquello tampoco me importaba.

La misma ola de tristeza terrible que acababa de sentir me golpeó de lleno. Era una sensación de desconuelo despertada por el espíritu rebelde e íntegro que emanaba de mi padre en aquella fotografía. Era el fantasma de Dante que buscaba resistir el paso del tiempo, retando a la muerte.

Entonces se abrió la puerta del aseo y salió una señora que pasó a nuestro lado. El chaval se adelantó, pero antes de cerrar la puerta me dijo:

—¿Usted también tiene miedo, señor? ¿A usted también lo asustan los aviones?

—Supongo que sí —respondí después de observarlo unos segundos.

—Pues no nos vamos a caer, se lo aseguro. Mi papá dice que es aerodinámicamente imposible.

—Bueno es saberlo, gracias.

Regresé a mi asiento. Ahora Jack me tenía a su entera disposición y transformaba en almohadas los cuchillos que hasta entonces me habían martirizado el cerebro. Me relajé. El viaje de regreso a Los Ángeles iría rodado porque Aggie seguiría durmiendo como un tronco. Pronto servirían la comida, pondrían una película y yo me tomaría un par de botellitas más. Toda la crudeza del recuerdo de Jonathan Dante se había esfumado.

Empujando el carrito de la comida, Lorette se abría paso hacia mí por el pasillo. Se encontraba a unas quince filas, pero a pesar de la distancia era imposible no advertir la tensión de sus muslos firmes cuando se agachaba a coger las bandejas de comida y los vasos de plástico que luego llenaría con Coca-Cola Diet o tónica. El contorno de sus caderas denotaba la abundancia de un culo duro y respingón. El botón superior de su blusa seguía desabrochado.

La seguí con la mirada mientras ella, lentamente y no sin cierto esfuerzo, se aproximaba a la fila de asientos en la que yo me encontraba. Despejé la mesilla de una revista y algunas botellitas para dejar sitio a la nueva ronda de bebidas que Lorette me serviría.

Su pesado carrito se encontraría a unos seis pasajeros de distancia, cuando se me ocurrió una idea: del asiento de mi mujer cogí el abrigo y me lo eché sobre el regazo, y cuando Lorette se acercó me bajé la cremallera. Mi polla no tardó en levantarse. Mientras subía y bajaba la mano, contemplaba a Lorette dispensando con afabilidad vino, comida, bebidas bajas en calorías y alcohol a seis filas de mí... cinco filas.

Algo distrajo su atención y lanzó una mirada por encima de los reposacabezas hacia la parte posterior del avión, donde me encontraba yo. Sonreía complaciente. Nuestras miradas no se encontraron, pero para mi deleite noté que otro de los botones de su blusa había logrado desprenderse. Otro botón más, el quinto contando desde

arriba. De pronto mi polla cobró la dureza del acero.

La suavidad del *bourbon* me liberaba del temor a que mi mujer se despertase repentinamente y me pescara. Ahora, al carro de Lorette y a mí nos separaban solo cuatro filas de asientos, todas ellas sin pasajeros. El pesado carro traqueteaba por el pasillo. Venía directa hacia mí. Tres filas... dos filas... Tuve que echar mano de las servilletas de papel que había en la mesilla y desplegarlas. Con la mano desocupada conseguí envolverme el cipote justo antes de correrme... ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Un segundo después tenía ante mi rostro a la azafata y su carrito.

—¿Va a comer? —preguntó Lorette con una sonrisa.

Apoyó dos bandejas en las mesillas y me dio la vuelta del billete de cincuenta con el que antes le había pagado.

—Buena idea, muy amable —respondí sonriendo a mi vez, gozando del alivio proporcionado por el orgasmo.

Cuando se fue, cogí las servilletas y las saqué de debajo del abrigo. Estaban pesadas por la leche. Hice a un lado la comida, levanté la mesilla y comprobé que no hubiera manchas por allí. No las había; así que volví a guardarme el rabo y subirme la cremallera.

A mi lado mi mujer dormía plácidamente, pasada de somníferos, inhalando y exhalando aire por la apertura que se insinuaba en sus labios gruesos y entreabiertos. Viéndola me sobrevino una idea perversa: le ajustaría las cuentas por no haberme comido el nabo durante cinco años y por haberse abierto de piernas a un entrometido.

Abrí las servilletas saturadas de esperma y hundí dos dedos en la baba pringosa. Rápidamente llevé mi mano a la boca de Agnes y le refregué la leche generosamente en aquellos morros tan carnosos. Incluso le froté con ella las encías y el interior de los labios. Aquello produjo una respuesta refleja de mi mujer, que se relamió. Tras el desagravio guardé las servilletas en su monedero y me zampé las dos comidas, la de ella y la mía.

Capítulo 2

Ver Los Ángeles desde las alturas me provocó más miedo del que quisiera admitir. Era una imagen de ciencia-ficción tangible, vívida. Justo cuando el avión se disponía a aterrizar acababa de ponerse el sol. La luz natural había desaparecido para ser sustituida por miles de millones de partículas que daban a la oscuridad apremiante la tonalidad de la sangre al escurrirse por el desagüe de un lavabo. Aquella ciudad cochina y rosada, aquella urbe enorme, sobrealimentada e infecta, se extendía de punta a punta del horizonte hasta perderse de vista, tosiendo, esnifando y sorbiendo de la tierra todo lo que alguna vez había sido natural e incorrupto.

A medida que el avión descendía sobrevolando los embotellamientos —que en Los Ángeles llaman autopistas—, me sentí ingerido, tragado por esa bóveda inmunda. Un instinto animal me decía que aquel viaje había sido un error. Se me exigirían responsabilidades que yo no estaba dispuesto a asumir, y la negrura que me acechaba era de tal magnitud que defenderse de ella iba a resultar imposible.

Después de aterrizar, tras despertar a Agnes, bajé con ella del avión y nos dirigimos al hall de equipajes en busca de nuestras maletas y de mi hermano Fabrizio. Había olvidado los pasillos interminables y las cintas transportadoras. De pronto mi mente se activó y comenzó a chillar como un chimpancé enloquecido, acto seguido mi cuerpo pidió alcohol y comencé a sudar y a marearme.

Abandoné a Agnes junto a la cinta giratoria que nos devolvería las maletas. Me fui al aseo, me empapé la cara con agua y dejé que su frescura neutralizara mi sudor. Quise acicalarme, pero lo que vi en el espejo me dibujó una sonrisa sardónica: el tipo que me miraba desde el otro lado era un impostor; su chaqueta y corbata eran absurdas, excesivas. Todavía no había logrado vencer la necesidad infantil de convencer a mi familia de que me había recuperado. ¿Por qué me importaba tanto, si sabían de sobra que mi vida se estaba desmoronando?

Me estaba pudriendo por dentro, igual que aquella ciudad absurda. Por más que lo negara, Los Ángeles era el sitio más adecuado para mí. Yo le pertenecía, igual que le habían pertenecido los asesinos de mi padre: niños, productores de cine de veintidós años y gurús de la distribución cinematográfica: tipos perversos y retorcidos que acabaron por determinar el rumbo que tomaría la vida de mi padre. Si había un verdadero hijo de Los Ángeles, ese era yo.

Era la situación perfecta. En un frenesí sexual provocado por el alcohol, me había deshonrado a mí mismo y me había cortado las venas en la cárcel, y ahora tendría que hacer el paripé de estrechar la mano de mi hermano y besar a mi madre en la mejilla.

En aquel mismo lugar tomé una decisión: me daba igual. Durante años me había comportado como un estúpido, realizando innumerables intentos por complacer a los demás. Aquello se había terminado. De ahora en adelante no habría más negociaciones. Mi padre se había pasado la vida haciendo la pelota a la industria de

Hollywood, lamiendo los culos de actores y representantes, y de nada le había servido. Su modo de actuar no le había proporcionado la felicidad. Yo era lo que era y punto.

Me seque la cara. Comprobé una vez más mi ausencia de remordimientos y salí al hall de equipajes a enfrentarme a mi hermano y a mi madre.

En la partida de nacimiento de mi hermano el nombre que constaba era Fabrizio. Mi padre no tardó mucho en lamentar la elección, pues era demasiado afectado para el hijo de un escritor y excesivamente étnico para el sur de California. Así que un par de días después se lo cambió por Thomas, Tommy; aunque el papeleo legal nunca se hizo.

A mí la musicalidad de «Fabrizio» me agradaba, era poco convencional y además costaba pronunciarlo. Yo tenía doce años cuando él nació, y siempre que estábamos solos continué llamándolo Fabrizio, no Tommy. Mi viejo me ordenó que dejara de hacerlo, pero no le hice caso. Aquello se convirtió en un vínculo afectivo secreto entre el crío y yo; para mí él seguiría siendo Fabrizio.

En el aspecto físico éramos como el día y la noche. Yo tenía el cabello claro y era retacón y corpulento como mi padre. Teníamos el mismo color de ojos y la misma barbilla, pero mi piel era pálida, como la de mi madre. Fabrizio era de piel cetrina como el viejo y lucía la melena oscura y ondulada de los inmigrantes italianos, pero sus rasgos eran sajones, finos y discretos, como los de mi madre.

Éramos las amalgamas resultantes de un cruce de razas distintas, el resultado de lo que ocurre cuando una mujer de origen anglo-alemán se casa con el hijo de un albañil italiano, de tez aceitunada y dedos gruesos.

Aunque me largué de Malibú a Nueva York cuando Fabrizio tenía doce años, mi hermanito había llegado a quererme como a una suerte de padrastro. A lo largo de su juventud, mi vida había sido a menudo tema de conversación en la mesa familiar. Había oído mencionar las considerables cantidades de dinero que yo ganaba —y gastaba— en mis muchas incursiones en las ventas por teléfono. Pero pasado un tiempo, a medida que los informes de mis detenciones e intentos de suicidio se fueron repitiendo, su opinión sobre mí fue cambiando. Ahora Fabrizio me escrutaría de una manera muy similar a como lo hacía mi esposa: como a un experimento de laboratorio.

Fab ya tenía veinticinco años y se había licenciado en economía en la Universidad del Sur de California, la USC. Seguía teniendo el mismo coche que le había visto la última vez, hacía ya ocho años: una ranchera Ford Country Esquire de 1970, una a la que él mismo había reparado el gigantesco motor de siete litros y medio. Además seguía saliendo con las mismas dos chicas del instituto.

Cargamos nuestras maletas en la ranchera y pusimos rumbo norte hacia Malibú. Por Fab me enteré de que mi padre seguía igual. Su insuficiencia renal era ya

irreversible y los doctores pronosticaban su muerte en uno o dos días a lo sumo.

Eran las siete de la tarde, pero el calor del día anterior aún mantenía el aire caldeado. Mientras Fab y Agnes charlaban, yo fumaba en el asiento trasero con la ventanilla bajada.

Malibú no era un lugar normal, era un mito. Se había transformado en marcas de ropa, modelos de automóviles y series de televisión. Hace años, cuando llegué a Nueva York por primera vez, la gente reaccionaba de manera extraña cuando me oían decir que era de allí. Comprendí que Malibú era un lugar al que se peregrinaba pero que uno no debía abandonar. Los neoyorquinos me miraban como si vieran en mí a un personaje animado de Disney o algo así. Después de aquellas primeras conversaciones dejé de mencionar mis orígenes. Si alguien me lo preguntaba, simplemente contestaba: «Soy de Los Ángeles».

Unas dos semanas después de haber aterrizado en Nueva York, mamado en un bar de la Primera Avenida, le aposté a un tipo cuya hermana vivía en Pomona, que Los Ángeles estaba atestada de estatuas de estrellas de cine. Le aseguré que la de Emilio Estévez se encontraba en Santa Mónica y la de Peter Graves en Glendale. Y añadí que Vincent Price había prestado su nombre a una cadena de tiendas de saldos californiana antes de morir.

Durante el trayecto hacia el norte por la Autovía de la Costa empecé a reconocer las vistas, los puntos de referencia. Intenté calcular cuántas veces había pasado por delante de Gladstone's, el restaurante de marisco... ¿cinco? ¿diez mil veces?

Recordé las fotografías de lo que treinta años antes había sido la casa de mi padre: una suerte de solitario rancho californiano en forma de Y, situado a unos doce kilómetros de la Colonia Malibú y encaramado en la cima de un acantilado azotado por el viento.

Por aquel entonces no había urbanizaciones ni bancos tan lejos de la ciudad; el supermercado más cercano se encontraba casi a medio camino de vuelta a Santa Mónica. Recordé que de niño, cuando trepaba al tejado para recuperar alguna bola de béisbol extraviada, la casa más cercana se divisaba a no menos de setecientos metros. Nuestro hogar se alzaba sobre una estribación que se hunde en el Océano Pacífico, una colina sagrada donde dos siglos antes los indios habían enterrado a los suyos. La habían bautizado en honor al explorador francés Dume^[1].

Si desde Torrance o Redondo Beach uno dirige la mirada al norte, el último extremo de tierra visible es la colina de Punta Dume. Fue nivelada durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el Departamento de Guerra decidió raparle la cima a lo marine para convertirla en un emplazamiento estratégico de artillería. Pero el «peligro amarillo» nunca alcanzó nuestra costa desde su Japón natal, y veinte años después una de las cuatro haciendas que se habían edificado en aquellas tierras baldías fue comprada por Jonathan Dante.

Ya en la década de los cincuenta, los vientos vespertinos atravesaban las llanuras con un aullido, arrastrando las bolas de matojos y despeñándolas por el precipicio.

Estas planeaban después con la gracilidad de un ala delta hasta el mar, a unos cien metros más abajo. Recuerdo que solía oír el ladrido de las focas que vivían entre las rocas y que, de cuando en cuando, al otro lado de la punta, pasaban resoplando las familias de ballenas lanzando chorros de tres metros, de camino a las aguas aún más cálidas de México.

La casa de los Dante había sido pagada con dinero de la industria cinematográfica. Mi padre, que a los veinte años había llegado a Los Ángeles haciendo autostop desde Boulder, Colorado, con tres dólares en el bolsillo, se había convertido en un guionista de éxito. Había seguido el consejo de su mentor, H. L. Mencken, quien años antes le había subrayado «acepta hasta el último centavo que te ofrezcan».

A los seis meses de haberse afincado en la ciudad angelina, Jonathan Dante se pudría en un cuarto de hotel de Bunker Hill. No conseguía terminar su novela, estaba sin blanca y debía varias semanas de alquiler. Mencken lo exhortó a coger su primer trabajo como guionista. Solo era un bolo de quince días.

Un escritor amigo de mi padre —que había leído sus cuentos y que ya cobraba jugosos cheques de mano de la RKO—, recomendó a sus jefes contratar a mi viejo para que escribiese la escena del juicio para una película de John Garfield. El sueldo eran quinientos dólares a la semana, dinero suficiente para financiar la novela del joven Dante durante otros seis meses. Mi padre se metió en el bolsillo aquel dinero fácil y durante el resto de su vida sirvió a dos amos.

Lo que le ocurrió a él en Los Ángeles es lo que le ocurre al hombre que se enamora de una zorróna hermosa y sin corazón: cada vez que roza sus pechos duros y redondos y se la hunde profundamente entre sus piernas, el arrobamiento estalla en su corazón. Poseer ese cuerpo sublime se convierte en un chute en la vena; ella encarna la dicha perfecta, lo divino. La polla de ese hombre nunca fallará, porque los cheques —los besos de esa mujer sin corazón— siempre lo arreglarán todo.

Jonathan Dante no volvió a mirar hacia el futuro ni tampoco hacia el pasado, había aprendido que en Hollywood lo único que interesa es el *ahora*. Se olvidó de su pasión por escribir novelas y comenzó a jugar al golf. Se dedicó a cubrirse el culo y pasar las noches bebiendo en Musso's con sus amigos guionistas: eso era lo único que le importaba. A partir de entonces sus preocupaciones se limitaron a las reescrituras del guión, la inversión en bolsa, los negocios inmobiliarios y los *greens* del club de golf Fox Hills.

Por aquel entonces Los Ángeles era una ciudad quimérica. Calles anchas, aire seco y puro, y un sol eterno que contagiaba al mundo toda su esperanza. La gente era abierta y amable, y la industria del cine brindaba a la ciudad la atmósfera de un ensueño que irremediamente se había convertido en realidad. Era cierto que allí todo podía suceder, absolutamente todo. Uno podía mudarse al oeste de Los Ángeles y dar un vuelco a su vida. El sur de California era el prototipo del «New Deal» que

Franklin Delano Roosevelt había puesto en marcha después de la Gran Depresión.

Habiéndose criado en la escasez de los años treinta y viéndose ahora ante la hermosa y próspera ciudad de Los Ángeles —un kibutz paradisíaco sacado de una revista ilustrada— Jonathan Dante, aquel escritor muerto de hambre, supo que haría lo que fuera por conquistarla. Deseaba penetrar con su lengua cada uno de sus orificios. Sin embargo no quiso darse cuenta de algo que hasta sus huesos sabían: que estaba lamiendo el clítoris a la mujer araña.

Capítulo 3

Veinte minutos después de dejar atrás Sunset Boulevard, salimos de la Autovía de la Costa y tomamos el Camino de Heathercliff. La matrícula personalizada del Mercedes descapotable que teníamos delante alardeaba MÍRAME GANAR. Al ver aquello supe que había regresado a mi hogar, a California.

Al recorrer el camino de entrada, notamos que la casa de mis viejos estaba completamente a oscuras. Fab nos dijo que mamá estaba en el hospital con mi hermana y su marido, Benny Roth.

Me bajé del coche para abrir la verja de hierro. Desatranqué el pestillo y la entreabrí un metro más o menos, pero el hueco no era suficientemente grande para permitir el paso de la ranchera de Fab.

Me pareció oír en la oscuridad el gemido de una bisagra oxidada, una especie de chirrido apagado.

Algo dentro de mí refrenó el deseo de abrir la verja de par en par, y un segundo más tarde comprendí por qué lo había hecho. Escuché un gruñido a lo lejos y entonces la luz de la luna me reveló un torpedo blanco y peludo que, trasmutado en perro, surgía de detrás de la casa. Era el orgullo de mi padre, su única fuente de alegría: un bull terrier ronco de catorce años llamado Rocco. El respeto que Jack La Motta había infundido en su época en el resto de boxeadores, Rocco lo había infundido entre los demás perros de la zona. A medida que se iba acercando pude ver su cojera y las viejas cicatrices y cortes que le surcaban la cara, cauces secos por donde habían corrido ríos de dolor, testimonios de un centenar de combates.

Las cicatrices de su cabeza cónica señalaban el paulatino aumento de residentes en el barrio de la familia Dante. Al igual que los anillos de crecimiento que se aprecian al talar el tronco de un árbol, cada una de aquellas cicatrices señalaba la llegada de un nuevo dóberman, rottweiler, pastor alemán o gran danés. Cada vez que los nuevos vecinos cometían el error de ocuparse de la construcción de sus casas dejaban sueltos a aquellos animales en el perímetro de la entrada de coches de mi padre. Y Rocco aprovechaba para dejar claro quién era el amo. Su hocico marcado era el testimonio de aquellas batallas.

Cuando estaba más o menos a un metro de distancia, el perro se plantó y se mantuvo firme. Me estaba inspeccionando, y esperé a que terminara. Cuando por fin dejó de gruñir hice un movimiento algo inseguro con el brazo para intentar acariciarlo.

Rocco mordió la manga de mi americana con delicadeza, como un maestro de kung-fu que enseña un golpe letal a un niño de ocho años. Al cabo de unos segundos la soltó. Le dejé hacer lo que quisiera.

Aggie y yo entramos en la casa y deshicimos las maletas. Ocupamos la habitación que antes nos había pertenecido a Fabrizio y a mí. Allí estaban todavía nuestras dos

camas dobles, una en cada extremo de la habitación. Agnes se mostró encantada de que así fuera.

Mi hermano quiso saber si yo tenía intención de acompañarlo a ver al viejo al hospital esa misma noche, pero no me apetecía. Fab estaba al tanto de que yo acababa de ser dado de alta, así que me dio la opción de quedarme en casa. Yo no quería ver al viejo, todavía no. Y Agnes, antes que quedarse haciéndome compañía, prefirió acompañar a mi hermano al hospital. Ahora la casa quedaba a mi entera disposición.

En cuanto se marcharon me acerqué a la cocina a revisar la provisión de alcohol. Había una encimera a rebosar de botellas de bebidas espirituosas. Me serví un vaso de whisky y me fui caminando hacia el acantilado, a fumar y beber bajo el cielo nocturno. Los fantasmas de perros muertos y la voz susurrante de mi padre me hicieron compañía.

A mis pies, aunque a cincuenta metros más abajo, divisé la playa sin olas iluminada por la luz de la luna y sentí la brisa seca de Santa Ana que soplabla del Este.

Tenía la certeza de no pertenecer a aquel lugar. Reconocí cuán familiar me era aquella sensación y cómo su habitualidad acentuaba mi extrañeza y mi separación de los demás. Era un sentimiento que me había acompañado durante mi estancia en el hospital, el mismo efecto que me había causado vivir en el mismo apartamento que mi esposa. Llegué a la conclusión de que me sentía incómodo con todos los aspectos de mi vida, aquí o en el lugar que fuera.

Sin duda, aquella sensación era en parte culpable de que mi alcoholismo se hubiese salido de madre, y eso me hizo ver todavía más claro que había llegado a un punto en que nada me importaba ya una mierda. El Jack Daniels y el vino le quitaban hierro a todo aquello, y por esa razón me negaba a dejarlos.

Mientras contemplaba el paisaje desde el acantilado, el aroma del océano lo impregnaba todo. Nada en aquel lugar era diferente, salvo que todo era distinto. Todo parecía igual, con la única excepción de que todo había cambiado.

Por la mañana Agnes dormía. Encontré una nota de Fabrizio en la que explicaba que habían vuelto del hospital pasada la medianoche y que él se había marchado a su casa en Santa Mónica.

La nota añadía que el viejo se encontraba peor, que seguía con vida gracias a una droga que le hacía funcionar los riñones, pero que había pescado una neumonía. La noche en la UCI la había pasado acompañado de mi madre. Jonathan Dante no pasaría de aquel día.

Yo estaba despierto desde antes del alba. Cubierto de sudor, había fumado un pitillo tras otro y había recorrido los cuartos deshabitados de la inmensa casa. Cuando por fin amaneció, me encontraba delante del fregadero, haciendo café y mirando por la ventana que daba al Norte. En aquella débil claridad matutina noté que había

muchas casas nuevas. La crisis inmobiliaria de los noventa no parecía haber hecho mella en el crecimiento de Punta Dume. Entrecerrando los ojos para ver un poco más allá en dirección a la carretera, busqué el barranco y el cauce del antiguo arroyo, sus piedras grandes y redondeadas y sus afloramientos dentados. Pero había desaparecido, lo habían tapado. En su lugar asomaba una casa verde con cristales espejados, construida sobre maderos. Una vivienda cara.

Fui al baño a vomitar, me di una ducha y continué aumentando gradualmente la proporción de whisky en mi café, hasta que los temblores de mis manos amainaron. Me irritaba que el tembleque hubiera regresado tan pronto después de casi un mes de tratamiento en el que no había bebido ni una sola copa. Una vez sofocadas las sacudidas hasta un mínimo razonable, conseguí poner en hora mi reloj. Teniendo en cuenta que la diferencia horaria entre California y Nueva York es de tres horas, había dormido un total de dos.

Mientras me afeitaba, oí entrar a Fab por la puerta que da al porche de atrás.

—Hola, ¿hay alguien? —gritó, pero no le contesté. Los ojos que me taladraban desde el espejo eran los de un perro atolondrado suelto en medio de alguna autopista.

Tomamos café juntos en la cocina, de pie. Fab quería saber qué era lo que me estaba pasando y por qué había ido a parar a la unidad de psiquiatría. Mi hermano es un tipo con un carácter muy serio y aquella sinceridad descarnada era una consecuencia del miedo, miedo a que mi dolencia lo fuese a contagiar a él también.

Yo no había planeado volverme loco, le dije. Si me habían detenido por comportamiento obsceno en público fue simplemente porque había bebido de más. Tampoco había planeado convertirme en un degenerado. La vida se me había escapado, se me había escurrido entre las manos, y tampoco a eso había logrado encontrarle el sentido.

Pero él insistió en que yo era su hermano y en saber por qué dejaba que otros hombres me hicieran mamadas. Entonces entendí que ya se había convencido de que yo era un irresponsable y un egoísta, y que el origen de todos mis problemas era la falta de disciplina. Según él, yo bebía demasiado y me dejaba llevar por el alcohol hasta que terminaba comportándome como un enajenado. Aquel era mi único problema.

También hablamos de él. Fab se sentía orgulloso de haberse pagado él mismo los estudios con el dinero que había ganado, trabajando casi siempre en un supermercado. Cuando el viejo enfermó y sus únicos ingresos provenían de la seguridad social y de su jubilación del Gremio de Escritores, mi hermano se las arregló para pagarse la carrera sin ayuda de nadie. Trabajando en su puesto del supermercado, había ascendido de reponedor a cajero y de cajero a subgerente, con sus correspondientes trece pagas, vacaciones, y coberturas médica y dental. Había estudiado seis años en la Universidad del Sur de California y después se había hecho contable.

Mi hermano estaba al tanto de que Agnes y yo nos llevábamos como el perro y el gato, así que lo convencí para que la dejara dormir; entretanto él y yo nos acercaríamos al Cedars. Un día tras otro, Fab había ido y venido diligentemente de Malibú a Santa Mónica para recoger a mi hermana y llevarla al hospital. Había hecho recados para mi madre e ido a comprar medicamentos. Intentaba mantenerse ocupado para así poder afrontar la situación de mi padre. Mientras reculábamos con la Country Esquire para salir en dirección a Los Ángeles, Fab me pasó su reloj. Era un trasto digital que entre otras cosas cronometraba.

Quería que lo ayudara a averiguar cuánto tardaríamos en llegar. Me figuré que era una especie de juego que lo mantenía ocupado durante los viajes al hospital. Pero me dijo que lo hacía cada vez.

Así que gritó «¡YA!», presioné el botón negro que sobresalía del reloj y salimos quemando caucho.

Durante el recorrido, se propuso ponerme al día de su estilo de vida. Se deleitó en contarme cómo, gracias a su empeño y voluntad, había conseguido aprobar su postgrado en administración de empresas. Me estaba soltando una lección magistral acerca de cómo cualquiera —es decir, incluso *tú* Bruno— podía desarrollar una actitud más responsable en su vida. Bajé la ventanilla y encendí un cigarrillo. Mientras observaba los dígitos del cronómetro dibujarse y desdibujarse frenéticamente, fumé y lo oí despacharse a gusto sobre sí mismo.

La salud física era un factor primordial en la vida de Fab. La salud y una actitud mental positiva.

—Somos los pensamientos que tenemos —sentenció.

A continuación, como si lo anterior no hubiese sido suficiente, se permitió explicarme la razón por la que la salud de nuestro padre le había fallado. Fab lo atribuía al exceso de sal, colesterol y grasas y al estrés. Sin olvidar el plan de pensiones al que nuestro padre había optado, probablemente pensando con el culo.

Fab me recordó cómo el viejo había despilfarrado cientos de miles de dólares ganados durante sus muchos años de guionista de cine. Era duro tener que decirlo, admitió, pero el viejo se había comportado como un idiota egoísta, descuidado con su dinero. Tras susurrar aquellas palabras, sacudió la cabeza con un gesto de desconsuelo.

Para Fab las soluciones estaban tan claras entonces como lo estaban ahora: nuestro padre debió haber comprado propiedades. De haberlo hecho, ahora sería rico. Un fondo fiduciario le habría asegurado un buen retiro en su vejez. Además, mamá nos había revelado que el viejo no había hecho previsión alguna para asegurar el futuro de sus herederos, ni siquiera un testamento.

A los quince minutos de viaje sentí que se me revolvía el estómago. La bilis se me había acumulado en la garganta por tener que escuchar el discurso petulante y mierdoso que me estaba soltando mi hermanito. El sudor me chorreaba por la parte de

atrás de la camisa, y estaba perdiendo la paciencia a una velocidad de vértigo.

Con cada juicio moral de aquel gilipollas acerca de nuestro padre me entraban ganas de agarrarlo del pelo y arrancárselo de raíz. Cada sonido, cada resonancia de aquella emisión fecal proveniente de su boca incrementaba mi nerviosismo.

Me distraje durante un minuto mientras pasábamos por la zona de La Costa, donde los estragos del último incendio aún no habían desaparecido del todo. Noté que todo lo que en el pasado había florecido en aquellas colinas había sido devastado. Denise Jacobson, una amiga del instituto, había comprado una casa allí tras la universidad y su divorcio. Las llamas habían convertido su hogar en un montón de cenizas.

Los restos de otras casas igual de caras sobresalían de la tierra como lápidas chamuscadas, símbolos del carácter democratizador de las catástrofes. Saigón debió de haber mostrado un aspecto similar tras el asalto final de las tropas comunistas; y también el barrio de South Central en Los Ángeles... Parecía que Dios repartía el dolor de forma impersonal, con indiferencia.

Continuamos por la Autovía de la Costa, pero al llegar al área de Topanga ya no pude soportarlo más.

—Para en el supermercado —espeté interrumpiendo su monólogo—. Tengo que comprar cigarrillos.

—De parar nada —respondió mi hermano—. Tengo prisa. Además, ya sé lo que quieres.

—Crees que sabes, pero te equivocas. Tú no sabes nada.

—Lo que quieres es priva. Así que de parar nada.

—Te estoy hablando en tono pacífico y lo que estoy diciendo es importante. No puedo hacerlo mejor. Mira, me gustaría que comprendieses algo. A veces me pongo impaciente, es como un trastorno... Así que para el coche, ¡YA!

Me sonrió burlescamente.

—Conozco de sobra tu trastorno, Bruno. ¿Por qué no pasas a recoger tu whisky a la vuelta?

—¡Para el puto coche! —grité estrellando mis puños una y otra vez contra el salpicadero—. ¡Páralo, joder!

—Se supone que tenemos que llegar al hospital.

Mientras sujetaba el reloj de Fab entre mis dientes, arranqué el anillo de plástico que rodeaba la esfera y lo escupí sobre el suelo del coche. Acto seguido, lancé el reloj contra el parabrisas:

—¡Para ya, hijo de puta!

—¿Qué mosca te ha picado, Bruno?

—¡No eres más que un polvo mal echado! Te voy a hundir los ojos y sacártelos por el ojete.

Se volvió hacia mí y al ver mi expresión desvió la ranchera hacia el aparcamiento del supermercado.

—Mírate... —observó mientras apagaba el motor—. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Estás loco o qué te ocurre?

—Cierra el pico —grité de nuevo entre temblores—. ¡Necesito que cierres esa puta boca de una puta vez!

Fab estaba asustado. Recogió lo que quedaba del reloj del salpicadero que con tanto empeño había lustrado. Comprobó que seguía contando los segundos y presionó el botón para detener transitoriamente la cuenta.

—Vale, ahora cálmate —me dijo en tono conciliador—. ¿Qué se supone que hay que hacer contigo? ¿Qué tengo que hacer?

Me bajé del coche y di uno o dos pasos. Después me puse a potar entre el coche de Fab y el Volvo que había aparcado en la siguiente plaza.

Fabrizio rodeó la ranchera por delante y se me acercó.

—¿Quieres que te traiga algo que te asiente el estómago?

—Aléjate —respondí sin dejar de vomitar.

—¿Por qué te enojas conmigo?

—No hables. Nada de hablar.

Yo seguía dando arcadas, pero él esperó. Cuando hube acabado volvió a las andadas.

—¿Te hará bien un trago? ¿Quieres que te compre una botella de algo en especial?

—Sí, no me vendría mal —repliqué sintiendo todavía el sabor agrio en la boca—. ¿Por qué no me traes una petaca de medio litro de *bourbon* Ten High?

—Te afecta lo de papá, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Te recomiendo que expreses lo que sientes.

—Tráeme la botella, Fabrizio. Ya habrá un momento más apropiado para compartir estas intimidades, ¿vale?

Capítulo 4

Era la primera vez que visitaba el Centro Médico Cedars, un hospital enorme con un aparcamiento de muchos niveles. Comparativamente, el Montefiore en Nueva York era mucho más pequeño. Aquel gran edificio era un centro comercial de la enfermedad, una reluciente caja registradora hipocrática.

En el interior, después de atravesar los dos juegos de puertas de aislamiento y los largos pasillos con suelos de linóleo, el Cedars era un hospital como cualquier otro, y olía igual que todos los demás. Fab es un caminante veloz e impaciente, le gusta mantenerse ocupado y siempre está compitiendo mentalmente con algo o con alguien. Le seguí el paso hasta que la idea de ver al viejo y el olor a enfermedad me descompusieron el estómago una vez más.

Al pasar frente a los aseos de caballeros, me planté y le dije a Fabrizio que siguiera, que ya lo alcanzaría. Se detuvo y me lanzó una mirada por encima del hombro que parecía decirme: «me importa una mierda lo que tú hagas».

Entré y me metí en el primer compartimiento libre que encontré. Eché el cerrojo con intención de mear, pero no lo conseguí. Apreté los párpados cuanto pude e intenté respirar profundamente.

Sentí que mi corazón se iba tranquilizando, así que encendí un pitillo y tiré de la cadena.

Aquel no era uno de los cagódromos principales del hospital, sino más bien una especie de servicio para los empleados, por lo que supuse que gozaría de unos minutos de intimidad.

Permanecí allí un rato, pensando... permitiéndome un poco de relax. De vez en cuando me echaba un trago de la petaca que llevaba en el bolsillo de la americana. Encendí unos cuantos cigarrillos más.

Era un tigre de paredes azules sin grafitis ni escrituras, todo tenía un aspecto limpio y reluciente. Cuando el contenido de la botella se acabó, conté las colillas que flotaban en el inodoro: cuatro en total. Tres de ellas soltaban hilillos de color marrón que descendían a las profundidades del tazón. Formaban un corro apretado y su longitud era casi la misma. Los había fumado como suelo hacerlo, consumiéndolos casi hasta llegar al filtro.

El cuarto, el más largo, asumió el papel del inconformista. Lo observé mientras flotaba allí en soledad, hasta que me puse en pie y dirigí hacia él mi chorro de meo para deshacerlo. A la efusión le faltaba vigor, me estaba haciendo viejo.

La puerta principal del aseo se abrió y no tardé en oír la voz de mi hermano.

—¿Bruno...? —susurró.

—¿Qué quieres? —contesté.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Qué haces ahí dentro?

—Lárgate, Fabrizio.
—¿Cuándo vas a salir?
—En un par de minutos.
—Pero, ¿estás bien...?
—Me estoy preparando. Estoy bien...
—¿Has estado fumando aquí? ¿En el hospital? Sabes que está prohibido fumar.
—Que te den, enfermera.
—Solo digo que cumplas las normas, nada más.
—¿Qué tal se encuentra el viejo?
—Sigue vivo, pero tiene los pulmones llenos de líquido. No está nada bien.
—Anda, vuelve ya. Yo iré en un segundo.
—Mamá tiene ganas de verte. Estamos todos en la sala de espera, ¿qué les digo?
—Me la suda lo que quieras decirles.
—¿Cuándo vienes?
—Cuando haya terminado con lo que estoy haciendo.
—¿Y qué es lo que estás haciendo?
—Lárgate, joder.

Al entrar a la sala de espera la primera persona que vi fue mi hermana Margaret, y después mi madre. Después apareció Benny Roth, el marido de Maggie.

Maggie se incorporó de un salto y me abrazó. Siempre sería mi hermanita... Tenía cinco años más que Fabrizio (Tommy) y siete menos que yo. También tenía un par de tetas nuevas, operadas después de nuestro último encuentro. Me abrazó y me besó, pero enseguida apartó la cara, como si yo oliese a sudor.

Abracé a mamá. Ella también sonrió, parecía contenta de verme. Benny me estrechó la mano.

Me senté y mamá me contó con detalle lo que yo ya sabía. Hacía cuatro días, por la mañana, mamá había ido a despertar a mi padre pero había sido incapaz de hacerle abrir los ojos. El viejo estaba grogui y no razonaba demasiado bien, así que mi madre llamó al doctor Macklin, quien a su vez llamó a una ambulancia para trasladar a mi padre de inmediato al hospital.

Macklin, médico de cabecera de mi padre durante veinticinco años, quiso confirmar su diagnóstico y pidió consejo profesional al doctor Helmut. Helmut no era un experto en la materia, y tampoco solía atender casos como estos, por lo que requirió los servicios del doctor Stein. Stein era la máxima autoridad.

Después de dos días de extracciones de sangre innecesarias, análisis de fluidos e incontables chequeos que solo lograron traumatizar aún más el maltrecho cuerpo de mi padre, todos estuvieron de acuerdo, por unanimidad y sin lugar a dudas, en que Jonathan Dante no saldría adelante.

No habían pasado más de un par de minutos desde mi llegada a la UCI cuando hizo su entrada en la sala de espera un travestido rígido y con los nervios a flor de

piel que se hacía llamar Copacabana. Llevaba unos pantalones elásticos de color negro y un top entallado que no alcanzaba a cubrirle el ombligo.

Copa se acercó a Dwight, un tipo joven con aspecto de universitario y de hetero, que hasta entonces había estado viendo la televisión. Compartieron el sofá que estaba al otro extremo de la sala, justo enfrente del que ocupábamos mi madre, mi hermana, Benny y yo.

El Cedars se encuentra a unas pocas manzanas de Hollywood, por lo que no es extraño que las víctimas de sobredosis y de tiroteos entre pandillas vayan a parar allí en lugar de a los alejados hospitales del centro de Los Ángeles. A mí me importaba un pijo la desventura que había traído a Copa y a Dwight hasta la UCI; simplemente, me tocaba los cojones tener que aguantarlos. Copacabana estaba colocado de algo que le hacía ponerse de pie a cada instante y cambiar el canal (parecían gustarle las reposiciones de series antiguas). Cuando no estaba parloteando, se levantaba de un salto y cruzaba la habitación a toda velocidad. A continuación lanzaba una mirada fija y amenazadora a todos los presentes, se ajustaba el top o se subía las calzas de un tirón, y después torcía el aparato violentamente, primero en una dirección y luego en la contraria. Una vez escogido un programa, regresaba al sofá a reírse escandalosamente de bromas que carecían de gracia, solo para aburrirse de inmediato y volver a repetir todo el proceso.

El amante y compañero de piso de Copa, un tal París Francia, se había tomado una botella entera de calmantes Percoset junto con varios tragos de desatascador de cañerías porque, el día anterior, Copa había confesado haberse echado un nuevo novio. Fue Dwight, el universitario hetero, quien encontró a París Francia desparramado en el suelo.

Su conversación sobre el intento de suicidio de París Francia me avergonzaba. Mi familia sabía que yo tenía sobrada experiencia en todo lo relacionado con la demencia y la autoeliminación. También sabían que, ocultas bajo las mangas de mi camisa, me surcaban los antebrazos seis cicatrices profundas que habían requerido varios puntos; cortes que me hice con hojas de afeitar. Las otras suturas, las recientes, las que repararon el daño que me infligí con el cuchillo para bistecs, aún no se habían curado del todo. Tenía la esperanza de que mi familia no estuviese enterada. Pero a medida que Dwight y Copa entraban en mayores detalles acerca del intento de suicidio de París Francia, sentía los ojos de mi familia posándose sobre mi persona. Entonces comprendí que Agnes los había puesto al día.

Después de que fallara el último intento por reanimar sus riñones, se nos permitió entrar en la habitación a ver a nuestro pariente. Nos dividimos en dos grupos. Mamá, Maggie y Benny Roth entrarían primero, y cuando ellos salieran pasaríamos a despedirnos Fab y yo.

Querer a Jonathan Dante no había sido tarea fácil para ninguno de nosotros. Yo estaba seguro de que su inmenso orgullo no le habría permitido ceder y admitir a

nadie junto a su lecho de muerte, a no ser que fuera un médico o un sacerdote. No me gustaba verlo así, solo, desprovisto de toda fuerza y esperanza. No quería verlo en ese estado.

Cuando Fab y yo pasamos a la habitación, caí en la cuenta de lo poco preparado que me encontraba. Mis ojos se vieron confrontados por un mutilado ciego, un torso sin piernas: mi cerebro se negaba a aceptar los impulsos que le transmitían los sentidos. No conseguí reconocer en aquel ser prácticamente consumido al hombre que había sido mi padre.

Al principio la diabetes le había segado los dedos de los pies, más tarde los pies, después las piernas y finalmente, en los últimos cinco años, le habían causado una ceguera total. Yo me había enterado de todo aquello por teléfono, pero ahora me tocaba verlo.

Me acerqué a la cama y cogí una de sus manos. Sus dedos eran cortos y gruesos como mangos de martillos. Cavilé mientras los contemplaba. Recordé que alguna vez pensé: «Miguel Ángel debió de tener dedos y manos como estos». Aquellos puños toscos de mi padre habían hilado palabras de un valor incalculable. Como un torrente, su máquina de escribir las había vertido sobre hectáreas de papel para crear un extraordinario río de honestidad y dolor que pasaría a convertirse en la obra de Jonathan Dante, en sus novelas. Pero el río se había secado. Agaché la cabeza y, con la intención de susurrar algo a su fantasma, me acerqué una de sus manos a la mejilla. Pero no conseguí decir nada.

Sí conseguí, en cambio, sentir su aliento espeso y congestionado que salía a resuellos. Yo sabía que ya no podía oírme, que su corazón valiente pronto se detendría, que moriría sin haber sabido siquiera que su hijo Bruno había estado allí. Finalmente, antes de soltar su mano, se me escapó un «te quiero». Al pronunciarlo sentí algo parecido al pesar, aunque no era exactamente eso. Era algo de una profundidad mucho mayor, acaso el vértigo ante un pozo que nunca volvería a llenarse.

Capítulo 5

Nos sentamos todos en la sala de visitas a la espera de que apareciera el doctor Stein. Mi madre había decidido desconectar a Jonathan Dante del entramado de tubos y sondas para sencillamente dejarlo morir, pero necesitaba la autorización de Stein.

Copacabana estaba furiosa con Dwight. El amante de Copa, París Francia, había dejado una nota en la que explicaba las razones de su suicidio y Dwight había estado reteniéndola durante varios días. Ahora que París había sido declarado muerto, Dwight se había dignado a entregar la nota a su destinatario, Copa.

Desde nuestro sofá, al otro extremo de la sala, vimos cómo a medida que leía las palabras del muerto empezaba a írsele la olla. La nota lo culpaba a él de lo sucedido, y Copa iba demasiado puesto para aceptar ser culpabilizado por una cosa así.

Como accionado por un mecanismo de resorte, se puso en pie y empezó a insultar a Dwight, acusándolo de haber tomado partido por París Francia, a pesar de que Dwight no había dicho ni una sola palabra. Enseguida noté que a Fabrizio, que estaba sentado a mi lado, semejante exhibición de miseria humana se le hacía insoportable. Nosotros, y no ellos, éramos deudos auténticos.

Empezaba a estar harto y le pedí a Copa que cerrase el pico de una puta vez. Que nosotros (mi familia y yo) también estábamos en la sala. Aquello lo sacó de sus casillas. Se acercó a mí llorando y babeando como un crío enfurruñado y me gritó en la cara:

—Vale, bonito, entonces te dejaré que me lamas la mierda de la polla cuando termine de darle por culo a tu mami —y añadió—: Y no te metas donde no te llaman, ¡piltrafa lesbiana!

Sin llegar ni siquiera a pensarlo me levanté y le hundí el puño en la jeta. El golpe le dio de lleno en el carrillo y lo tumbó allí mismo.

Durante unos segundos se quedó tendido en el suelo, frotándose la mejilla, atónito. Entonces, de forma impetuosa y bastante estúpida, se puso en pie de un salto y se echó sobre mí con los ojos desorbitados.

Le metí de nuevo, esta vez en la boca y en el parietal, justo detrás del oído. Cayó sobre el linóleo como un saco de patatas; su cráneo al golpear contra el piso encerado hizo un ruido seco.

La sangre le cubría la camisa y la cara, pero volvió a abalanzarse sobre mí, arañándome la piel y tirándome del pelo.

Me asustó entonces pensar que quizás hubiera fumado algo con PCP —una mezcla que mitiga el dolor—, o acaso alguna anfet. Nada me aseguraba que no seguiría arremetiendo contra mí una y otra vez.

Pero el muy hijo puta había conseguido cabrearme y estaba decidido a dejarle la cara como un mapa, así que a la siguiente embestida lo tumbé y me hinché a meterle hostias en la nariz y los morros hasta que el puño comenzó a sangrarme.

Fab y Benny Roth tuvieron que arrancarme de encima de aquel imbécil.

Después de semejante escena, mi madre no iba a permitir que me quedara con ellos en la sala de espera. Maggie había llamado a un policía del hospital, y este insistió en que me marchara antes de verse obligado a detenerme. Dwight había subido a Copa al sofá, parecía que se pondría bien.

Ya que Fab tenía que regresar a Malibú a recoger a mi esposa y traerla al hospital, pensé en aprovechar el viaje para largarme a casa de mis padres. Mi familia insistió en que Fabrizio saliera enseguida y que de paso me alejara de allí cuanto antes.

Nos costó diez dólares sacar la ranchera del aparcamiento del hospital, pero los pagó Fab. Estaba excitado por la pelea, y en cuanto bajamos por el Bulevar La Ciénaga, en dirección a la autovía, quiso hablar de lo ocurrido. Me negué a abrir la boca.

Lo que yo sentía era una necesidad imperiosa de silencio, de estar solo. Necesitaba coger el primer vuelo a Nueva York, o a Texas, o que algún avión me dejara caer sobre el desierto. Estaba temblando incontroladamente y me veía incapaz de calmar los nervios. En un intento por dominar los espasmos de las manos, me las apreté con fuerza bajo las axilas. Después ordené a Fab que parara en la primera tienda de licores.

Me ignoró; en aquel momento parecía incapaz de callarse, como un automóvil fuera de punto que sigue funcionando después de que el motor haya sido apagado. Venga a darme el coñazo con la pelea, y luego con otra bronca en la que él mismo se había visto involucrado hacía dos años con un tipo del COR, el Cuerpo de Oficiales de Reserva, durante un fin de semana de maniobras.

Alguna experiencia pasada había llevado a mi hermano a concluir que cualquiera que subiese a la ranchera tenía que prestar oídos a lo que él quisiera decir. Me preguntó si yo siempre reaccionaba violentamente; si me peleaba mucho en mis estancias en la cárcel y en las unidades de psiquiatría; si la policía me daba con la porra cuando me detenían; y si, según mi propia experiencia, la mayoría de hombres se vuelven homosexuales cuando pasan un tiempo a la sombra.

Lo agarré del brazo y con la mayor fuerza que pude le estrujé el bíceps.

—Los primeros a los que un negro grandullón llamado Bubba quiere engrasarles el ojete es a los tipos como tú —berreé—, porque os creéis moralmente superiores, porque sois unos gilipollas y porque pensáis con el culo. Sois un blanco de lo más fácil.

La aguja estaba a punto de marcar descontrol otra vez y Fab se dio cuenta de ello, así que salió de la autovía y se detuvo en la primera tienda de licores que encontramos.

Al bajar del coche, mi mente seguía en pleno desasosiego y me figuré que mi cuerpo quizá también estuviera a punto de tirar la toalla. Me habían vuelto las náuseas y en los últimos días no había dormido más de cuatro o cinco horas en total. En mi interior los sentimientos se sucedían vertiginosamente, y sin embargo guardaba la esperanza de que un par de tragos lograsen que mi cabeza se rindiera y ayudasen a

que mi cuerpo abandonara el vómito para recuperar las ganas de vivir. Confiaba en que esta vez el whisky llegara a calmarme, ya que durante meses el efecto solo había sido esporádico.

Compré la botella y el paquete de Marlboro, subí a la ranchera y le confesé a mi hermano que lamentaba mucho haberlo asustado. Le dije que durante los últimos días había estado enfermo y confundido, y que realmente no quería decir todas aquellas cosas que andaba diciendo por ahí, y que aquella y no otra era la razón de que cada dos por tres me encerraran en un calabozo. Fab hizo una extraña mueca de comprensión, como si entendiera que su hermano era un colgado, un perverso y un demente, aunque en el fondo no me guardaba rencor.

Cogimos La Ciénaga en dirección sur.

—Estás temblando mucho —observó.

Rompí el sello del tapón y pegué un par de pimples a la botella.

—Lo sé pero en un par de minutos estaré perfectamente.

—Dime, ¿por qué le pegaste tanto al sarasa? Pensé que ibas a matarlo. Se te había puesto mirada de loco... ¿o es que cuando llegas a las manos siempre se te va la olla?

—El tío se pasó de la raya, después perdí los papeles.

—¿Sabías lo que hacías?

—Creo que sí, pero no me importaba. A veces no pienso en las consecuencias de mis actos.

Después de otro trago de la botella se la pasé a Fab. Lamentaba haberle gritado de aquel modo y haberlo agarrado del brazo. Aún no estaba seguro de que me hubiese perdonado, por eso me sorprendió verlo aceptar la botella, pegar un trago y después devolvérmela. Los temblores empezaban a remitir.

—Entiendo —concluyó Fabrizio con la boca empantanada de saliva a causa del whisky—. Heredaste la crueldad y el carácter agresivo de Papá.

—Ya... —dije—. El temperamento pero no el talento.

Seguimos por la Autovía de la Costa sin pronunciar palabra. Cada vez que le pasaba la botella a mi hermano, él me complacía y pegaba otro trago. Al llegar a la zona del embarcadero de Malibú —y aunque yo ya conociera la respuesta, sugerí que buscáramos un teléfono para averiguar si Jonathan Dante había muerto. Sin poner objeciones, Fabrizio detuvo el coche: el whisky le había aflojado las tuercas.

Una de las salas del restaurante donde decidimos descansar un rato estaba clausurada, la habían cerrado para reparar los daños causados por el incendio que recientemente había azotado toda la zona. Nos sentamos de espaldas a la barra, contemplando a los surfistas por el ventanal. Hacía calor para estar en diciembre, unos veinticuatro grados.

La camarera, una chica bonita, llevaba una blusa con volantes, almidonada y abotonada hasta arriba, y una pajarita. Se llamaba Wilson. La trama de su sujetador de encaje negro se mostraba a través de la blusa, tensa por la presión de sus tetas. Su

cabello era también oscuro, llevaba los labios pintados de un tono rojo-infierno y, por si todo aquello fuera poco, servía medidas generosas.

Fab se decidió a telefonar para enterarse del estado del viejo. Me negué a acompañarlo y se marchó solo a los servicios en busca de un aparato público. Yo me quedé en la mesa, haciendo de tripas corazón a la espera de las noticias, mientras Wilson me servía la segunda.

Al rato, mi hermano regresó y se sentó junto a mí.

—No se rinde —me dijo sonriente.

—¿Todavía no ha muerto?

—No ha mejorado, pero sigue vivo. Está aguantando sin respirador. Stein le ha dicho a mamá que su corazón no quiere dejar de latir. Es el único órgano que aún le funciona, y por lo visto no quiere detenerse. Es como un milagro.

Entonces se echó a llorar. La bebida actuaba como un lubricante que le permitía dar rienda suelta al amor que sentía por mi padre. Bebía y sollozaba. Media hora más tarde estaba completamente desbocado, había declarado su amor a Wilson y filosofaba acerca de la muerte. Su American Express yacía sobre la barra, así que Wilson siguió sirviendo.

En un intento por impresionarla, mi hermano se dedicó a explicarle cuánto amaba a su padre y lo dura que había sido la vida de poeta insatisfecho que había llevado el pobre viejo. Como era de esperar, Wilson no estaba al tanto de que ningún Jonathan Dante hubiese escrito algo alguna vez. Nadie excepto la gente del cine lo conocía, y la mayoría de ellos estaban muertos y enterrados.

El Dante que yo recordaba era no tan poeta y mucho más cabrón. Aquel bar me recordó a aquella ocasión en la que mi padre nos había prometido a mí y a mis amigos que nos llevaría a ver a los Dodgers, que jugaban en la ronda final de la liga de béisbol. Yo tenía entonces doce años. En lugar de cumplir con su palabra, había estado bebiendo y llegó tambaleándose a casa horas después de que el partido hubiera terminado.

Mi hermano comenzó a recitarle a Wilson los versos de un poema que había memorizado tiempo atrás. Yo daba sorbitos a mi copa mientras escuchaba. Las palabras, aunque familiares, me resultaban torpes, como algo sacado de los primeros escritos de mi padre, uno de esos pasajes líricos que aparecían en sus novelas.

Pero entonces, y para mi horror, caí en la cuenta de que se trataba de un poema mío publicado veinte años antes en el periódico del Instituto de Santa Mónica. Lo había escrito para la clase de lengua, pero más tarde lo había corregido y años después lo publicaron en la revista de uno de los museos neoyorquinos.

Escuchar recitar a mi hermano me produjo pavor y asco. Le tiré de la manga pero se resistía a callarse. Oír aquel poema de mi juventud me hizo ver al farsante que había demostrado ser como escritor: un niño pretencioso, inexperto y desvergonzado.

Me sentía como si uno de mis tíos italianos me hubiese obligado a subir a una

silla durante una comida familiar y hubiese relatado a voz en grito cómo me había descubierto masturbándome en un armario. Al menos no se trataba de un poema largo.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté.

—Lo aprendí del viejo, se lo sabía de memoria. Me enseñó la revista.

—No vuelvas a hacerlo.

Fabrizio se inclinó hacia Wilson.

—Es un poema muy bello, ¿a que sí? —se insinuó—. Como la instantánea de un sentimiento, como un haiku.

Wilson sonrió, plenamente consciente de que el silencio era uno de sus mejores atributos. Fab me rodeó con el brazo, empezaba a tener dificultades para hablar.

—... *arpa del poeta, sílabas untadas de verdad...* El viejo siempre ha dicho que tenías el don. Te quiere.

El año en que escribí aquel poema para el instituto recibí una carta con matasellos italiano dirigida a mí. Era de mi padre, que había estado en Roma rescribiendo las escenas de una peli de gánsters. Aquella fue la única carta que recibí de Jonathan Dante. No había en ella mención alguna al poema, pero yo sabía que era por mis versos que me había escrito. Era su modo de expresar su reconocimiento.

Aún tengo la carta. La guardé doblada en la solapa de un libro de cuentos de Pirandello.

Capítulo 6

Atardecía cuando Fabrizio y yo llegamos a la casa de Punta Dume. Conducía yo porque él estaba demasiado trompa, aunque yo también iba tostado y casi no podía mantenerme despierto por el cansancio. Mientras atravesábamos la verja trasera hasta el cobertizo, vi que la casa estaba oscura y abandonada, lo que quería decir que mi padre debía de seguir vivo.

Ayudé a bajar a Fab y caminamos juntos hacia la puerta de atrás. Me indicó dónde encontrar la llave. Estaba donde siempre la habíamos dejado, colgada de un clavo doblado bajo la caja del contador de gas, en el porche posterior, así que apuntalé a Fab contra la barandilla y tanteé en la oscuridad hasta que mis dedos dieron con ella.

Al abrir la puerta trasera oí un rumor a mi espalda. Era Rocco. Las costillas se le marcaban bajo los colgajos sucios de su pelaje, tenía el aspecto de un perro viejo y abandonado.

Llevaba algo en la boca, pero en la oscuridad era difícil adivinar de qué se trataba. Alargué el brazo y apreté el interruptor del porche. Bajo el brillo de la luz pude ver que era un animal pequeño, húmedo y sin vida, que apestaba como el mismo demonio.

Con el fin de atraer mi atención, Rocco emitió un lamento largo y agudo. Cerré la puerta del porche y baje por los escalones. Me aguardaba en posición de firmes y al verme dejó caer a mis pies el bicho muerto para que examinara con mayor claridad la pieza que había cobrado.

La alimaña —o más bien sus restos maltratados— consistía en una gran cabeza aplastada y un tronco rollizo y recubierto de un pelaje enmarañado. Sus patas parecían ser de roedor, pero su rabo era demasiado corto para pertenecer al género *Rattus*. Concluí que aquello era una ardilla terrera... un topo. Mi padre había mencionado alguna vez que a Rocco se le daba bien cazarlos.

Por lo visto el paciente animal había permanecido allí plantado junto a la puerta trasera de la casa, a la espera de la voz de mi padre, para hacerle entrega del trofeo.

Pero yo no era Dante y no sentía ningún cariño por los perros, aunque por un momento sentí cierta pena por Rocco. Pero ¿y qué? No pensaba darle la enhorabuena por asesinar a un topo.

Nos miramos el uno al otro durante un rato. Rocco parecía tenso y continuaba con aquel falsete lastimero, un gemido solo interrumpido de vez en cuando por alguna inhalación rápida, corta y profunda.

Era evidente que esperaba alguna reacción por mi parte, quizás que recogiese los pedazos del roedor, le diera unas palmaditas en la cabeza y dijera: «¡Ese es mi Rocco!».

No pensaba hacerlo. Giré sobre mis talones y comencé a subir por la escalera. Aquello fue un error. Rocco debió de molestarse, porque el zumbido fue subiendo de volumen, y cuando vio que mi intención era entrar en la casa, el gemido se convirtió

en un gruñido en toda regla. Me asusté. Que estuviera saturado de whisky no evitaba que sintiera miedo. Quizás estuviera a punto de atacarme. Mi viejo solía contar la historia de cuando Rocco mordió a un empleado de la compañía de gas después de que el pobre hombre hubiera cometido el error de acariciar la cabeza de mi hermana. No me apetecía disgustar a la fiera.

Improvisé entonces una maniobra de acercamiento: me detuve a medio camino de la cima de la escalera. Carecía de experiencia en el trato con perros contrariados, y por lo visto tampoco Rocco sabía lo que hacer porque se quedó allí esperando, estudiándome con una concentración intensa. Nos habíamos enzarzado en un pulso psicológico.

De pronto me vino a la mente algo que mi padre me había contado años atrás, algo acerca de cómo actuaba cada vez que le presentaban a alguien. Con el fin de marcar su territorio, mi padre tenía como costumbre insultar a su interlocutor en los primeros cinco minutos de la conversación. Aquel recuerdo me hizo pensar que tal vez el comportamiento de Rocco no era más que una imitación de la táctica de su amo.

Cuando me convencí de que no cargaría contra mí, me sentí un poco más valiente y decidí sentarme. Saqué el paquete de cigarrillos de mi americana y encendí uno. Rocco volvió a zumbiar, pero no se movió de su sitio. Como la luz, el pestazo del topo muerto atravesó las tinieblas del ciego que yo llevaba encima, la fetidez alcanzó a mi estómago y acampó allí como la punzada de una intoxicación alimentaria.

Así estuvimos otros cinco minutos. Finalmente Fabrizio, que aún estaba apoyado contra la barandilla, se inclinó sobre ella y soltó la pota. La escandalosa catarata espanto a Rocco, que recogió el topo y desapareció a toda prisa en la oscuridad.

Cuando por fin entramos en la casa, preparé una cafetera y empujé a mi hermano en dirección al baño, donde se limpio los restos de comida de su sudadera de la USC con una toalla y agua del grifo.

Yo estaba molido; demasiado exhausto para telefonear al hospital y arriesgarme a recibir malas noticias. La confusión en la que me hallaba sumido me ayudaba a mantener la mente atontada, bajo control. Arrastré a Fab hasta una de las habitaciones de invitados y lo senté en la cama. Se cayó de espaldas, rodó hasta asumir una posición fetal y un segundo después se quedó inconsciente.

Regresé a la cocina, me serví una taza de café con cuatro dedos de whisky y presioné la tecla de reproducción del contestador, que estaba junto al teléfono. Si había habido un cambio en el estado de mi padre, seguramente habría un mensaje.

Me resultó curioso escuchar las cosas que decían los amigos y conocidos del matrimonio Dante. Escuché los recados uno a uno, fisgando en las vidas de mis padres, intentando hacerme una idea de los detalles que se me hubiesen escapado durante mi infancia. ¿De qué manera expresa la gente sus esperanzas y sus angustias? ¿Qué emociones buscaban transmitir a mis padres? ¿Por qué a aquellas personas les gustaban esas criaturas extrañas que eran en realidad mis viejos?

En los últimos días habían llamado una docena de personas. Mi madre, Judith Joyce Dante, había ido almacenando los mensajes en el contestador, los estaba coleccionando y a buen seguro los contestaría a su debido tiempo. Los contestaría en el orden en que los había recibido, sistemáticamente, como hacía todo lo demás. Así es mi madre.

Eran llamadas de amigos acongojados del norte de California y de Colorado; de la hermana de mi madre y su marido; de dos primos italianos que expresaban su pesar dramáticamente, de vecinos preocupados y de algunos compañeros de la industria del cine.

Uno de los mensajes en particular me dejó perplejo. Era de Phil Asner, un antiguo compañero de póquer y amigo de Jonathan Dante, que en su tiempo había sido un productor y realizador de televisión muy prestigioso y conocido. Las muestras de aflicción y desasosiego de su viejo amigo parecían auténticas, sentidas. Aquello me sorprendió porque yo sabía que Dante y él no habían hablado durante años. La lengua viperina de mi padre había destrozado su antigua amistad. Dante tenía una increíble facilidad para descubrir el punto débil de los demás, y una vez lo encontraba esperaba el momento de mayor debilidad para abalanzarse sobre él con un hacha.

Quince años atrás, Asner y el viejo habían emprendido juntos un proyecto en el que formarían un tándem de guionista y director, lo que habría supuesto para Asner su primer largometraje tras una exitosa carrera en la televisión. Consiguieron la financiación necesaria para su realización, pero todo quedó en agua de borrajas cuando el estudio decidió producir otra película. Sin embargo, eso fue lo de menos, pues entre mi padre y Asner se había forjado una gran amistad. El hecho es que varios años más tarde Dante escribió una novela y envió a su amigo el manuscrito de la obra inédita, que él pensaba podría convertirse en un guión. Asner estaba muy ocupado por cuestiones de trabajo y cometió el error de no dar una contestación rápida a la oferta de mi padre. Seis semanas más tarde, cuando Dante consiguió por fin que le pasaran la llamada, Phil le dijo que creía que la idea necesitaría de muchas correcciones, que no le veía posibilidades como guión para una película. La réplica de mi padre acabó con su relación. Le dijo la razón por la que nunca había «franqueado» la puerta grande del cine era porque solo sabía reconocer el talento narrativo si se lo traducían antes a ese formato para memos llamado «comedia de situación». Y que su contribución a la historia de la televisión —prosiguió Dante— estaría eternamente unida a la del débil mental que había inventado las risas enlatadas. Los dos hombres jamás volvieron a dirigirse la palabra.

La última voz que sonó en el contestador fue la de mi madre. Dante todavía se resistía a la muerte gracias a su fuerza de voluntad, sin la ayuda de respirador ni de drogas. Los médicos no podían explicarse cómo era posible que su cuerpo no aceptara doblegarse. Por alguna razón, mi padre estaba reservándose el honor de apagar los rescoldos de su vida cuando él mismo lo dispusiera, obligando a los demás a hacer las cosas según sus condiciones. Su orgullo era admirable.

Decidí dejar un mensaje en nombre del viejo. Sabía que mi madre prestaría más atención a una petición mía si la oía entre las demás voces del contestador automático. No podría evitar hacerlo: sería otro mensaje grabado al que también debería dar respuesta. Apuntaría el nombre de su hijo y resolvería mi asunto como hacía con todos los demás que aparecían en su lista de «cosas pendientes».

Pulsé la tecla de grabar y empecé a hablar.

—Hola mamá... Te habla Bruno Dante. Quiero decirte algo: espero que cuando papá ya no esté entre nosotros alguien se ocupe de Rocco. Sé que ahora tienes mucho que hacer, pero me preocupa el perro. Está desconcertado, flaco y trastornado. Está medio muerto de hambre, abandonado. Sé que papá habría querido que alguien lo cuidase, ¿vale? Tommy (Fabrizio) tiene el tarro demasiado comido con ese manual corporativo-financiero que él considera un cerebro; y Maggie anda de un lado a otro, histérica, lamiéndole el culo a Benny Roth... Aun así, creo que el perro debería entrar en la lista de prioridades. Eso es lo que pienso. Gracias, mamá.

Di a la tecla de parada y me tomé de un trago el último sorbo de café.

Durante mi hospitalización me habían enseñado nuevas técnicas de supervivencia. Había aprendido, por ejemplo, que las duchas calientes a veces me provocaban el sueño, así que decidí pegarme una. No estaba tan jodido como para no darme cuenta de que si no conseguía dormir pronto me emborracharía todavía más. Y quizás acabaría por pillar una botella de vino para perder el conocimiento y después —por qué no— clavarme un cuchillo de bistec en el estómago.

Al llegar al baño me desvestí, me metí en la ducha y me puse bajo el chorro de agua más caliente que podía soportar. Me enjaboné bien, me lavé el pelo y hasta intenté cascármela con la espuma del jabón, pero desistí cuando vi que no se me pondría dura.

Durante un tiempo dejé que el agua corriera sobre mí, apoyado contra la pared para mantenerme erguido. Cuando por fin sentí que mi cuerpo se relajaba y mi mente comenzaba a quietarse, salí de la ducha, descansado y dispuesto a irme a la cama.

A consecuencia del agua caliente, mi mente, agradecida, se permitió omitir las reposiciones de imágenes, aquellas en las que aparecía yo recuperando el conocimiento y con la polla entrando y saliendo de los ojetes de varios hombres; y otras en las que despertaba en la cama rodeado de un hedor a diarrea que me ahogaba, presa de una depresión bestial... hasta que volvía a beber. Tener que vivir para enfrentarme a los terrores y espectros de mi pasado reciente era lo que hacía que morir se tornase cada vez más apetecible y necesario. Pero por ahora me sentía a salvo con mis secretos. Podría descansar. Me acosté en aquella habitación vacía y dejé que la oscuridad me tragara.

Capítulo 7

Cuando volví a abrir los ojos era todavía de noche. Al fijarme en el reloj digital de la mesilla, vi que habían pasado más de tres horas. Oí caer el agua en la ducha al final del pasillo y supe que Fabrizio ya se había levantado.

Me vestí en la penumbra de la habitación, metiéndome torpemente en la ropa, evitando mirarme al espejo. En la noche de Malibú, clara y sin contaminación, el brillo de una luna llena gigantesca y poderosa me atrajo a la ventana.

Afuera estaba Rocco, junto a los escalones del porche trasero. No se había movido del lugar donde lo había dejado hacía horas, se había plantado delante de la puerta con el topo muerto entre sus patas delanteras, a la espera de la aprobación de un amo que nunca regresaría.

Después de echar una meada, crucé el pasillo en dirección a la cocina. La puerta que daba al estudio de mi padre estaba cerrada. Me detuve. Nadie entraba allí sin su permiso expreso. Abrí suavemente la puerta de la habitación en penumbra esperando liberar sus demonios, pero ninguno de ellos se abalanzó sobre mí, así que di al interruptor y dejé que la lámpara de su escritorio iluminara la estancia.

Desde la última vez que lo había visitado para hablar con el viejo, nada había cambiado el estudio, y de eso hacía siete años. El mobiliario lo conformaban los clásicos de oficina, piezas viejas y sólidas, con patas gruesas y macizas, de roble y de caoba. Cada una de ellas había sido escogida a conciencia en una de las tiendas de muebles usados de la Avenida Western.

En la pared del fondo, encima de una librería, colgaba una fotografía antigua y de grano grueso de H. L. Mencken. En ella, el mentor del viejo llevaba el pelo austeramente peinado con raya al medio y el cuello de la camisa fuertemente almidonado. El gran iconoclasta seguía frunciendo el ceño.

Los libros que descansaban en la estantería ubicada detrás de su mesa de trabajo eran únicamente los imprescindibles. Los textos sagrados. A diferencia del resto de novelas que estaban repartidas por la habitación, esos nunca cambiaban de sitio salvo para ser releídos. Estaba toda la obra de Knut Hamsun, la de Sherwood Anderson, la de Jack London. En casa de Dante solo se hablaba de gran literatura y de grandes escritores; de hombres de logros, como él mismo. Hombres con carácter y a quienes había que temer. Cualquier otra cosa carecía de importancia.

Los otros libros —los desterrados de la estantería— cubrían el suelo formando pilas. La mayoría eran obras de buenos escritores, pero Dante nunca se había preocupado por leerlos de arriba abajo, lo que le gustaba era hojear. Era un lector extremadamente impaciente y casi nada merecía su admiración; solía leer libros de esa manera, saltándose trozos enteros. Leía la primera frase de un párrafo y si no le interesaba lo pasaba por alto.

Cogí de la librería un ejemplar de *Hambre*, de Knut Hamsun. Mi padre solía decir que ese había sido el libro que lo animó a convertirse en un escritor. Lo sujeté entre

mis manos y pasé algunas páginas. Encontré un folio de papel de carta de buena calidad. Estaba doblado en cuatro y parecía haber sido usado como punto. La parte superior, que había quedado expuesta al aire, se había amarilleado.

Desdoble aquel punto improvisado e inmediatamente reconocí la letra de mi padre, pero la firma que se repetía una y otra vez era la de Knut Hamsun, Knut Hamsun, Knut Hamsun. Toda la superficie del papel estaba llena de rúbricas, desde el principio hasta el final. Aquella excentricidad me sacó de mi sopor: yo había hecho lo mismo cientos de veces, había llenado blocs enteros con firmas de e.e. cummings. Parecía que, a pesar de todo, el viejo y yo teníamos algunas cosas en común.

Antes de colocar el libro otra vez en su sitio, volví a plegar el folio y me lo guardé en el bolsillo. Al salir de la habitación, busqué el interruptor de la pared y volví a sumir la habitación en la penumbra.

Cuando dieron las ocho de la mañana, me encontraba sentado en los escalones del porche trasero. Había tomado unas cuantas tazas más de café sazonado con whisky escocés y una idea difusa iba cobrando forma. Vi que Rocco seguía allí, custodiando a su roedor en la luz matinal, y se me ocurrió que el perro tenía derecho a ir al hospital a despedirse de Dante. Desde que era un cachorro, mi padre había sido su amo, y ahora le había llegado la hora a él también. Sentí pena por la situación de Rocco. De ahora en adelante su vida solo podría empeorar.

Me acerqué hasta el césped, donde perro y topo aguardaban a la espera de nuevos acontecimientos. Arrodillándome, le palmeé dubitativamente la cabeza. No respondió. Me percaté de que a aquel viejo chucho se le habían roto —o le faltaban— un par de dientes, y tenía una calva en la punta del rabo. Sobre aquel sucio lomo, pulgas y garrapatas encantadas campaban a sus anchas desde hacía una década. El animal que tenía enfrente se había quedado sin amigos y por lo visto tampoco se moría por tenerlos. Me recordaba a su dueño.

Cuando entré en la cocina y le conté a Fab que había decidido llevar a Rocco al hospital para que pudiera despedirse de mi padre, rechazó la idea de plano. Tanto en el hospital como en su ranchera, me dijo, los perros tenían la entrada prohibida. Mi hermano estaba de un humor pésimo por el resacón y me soltó un bronca allí mismo, como si él hubiese sido el responsable de las normas del hospital referente a las mascotas. Pero los dos sabíamos que se lo estaba inventando y aquello no hizo más que cabrearme todavía más y reafirmarme en mi postura.

Cuando le sugerí que la presencia de Rocco en la habitación quizás provocaría un cambio en la condición del viejo, Fabrizio se burló de lo que dijo parecerle un absurdo. En su opinión, la visita de Rocco no tendría efecto alguno.

A medida que iba desgranando su discurso, su vehemencia y su tono condescendiente me habían empezado a asquear tanto como su mirada ñoña y satisfecha de contable titulado. Sentí mi interior llenarse de rencor hacia la situación, y hacia mi hermano.

Decidí obviar todas aquellas gilipolleces, y para salirme con la mía decidí pasar a la acción demente. Le grité y lo acusé de ser un *yuppy* capullo y pollafría, y le dije que los panolis egoístas como él eran los responsables de que la gente como yo desarrollara tendencias suicidas y acabara encerrada y atada a la cama en centros de desintoxicación. Entonces arrojé mi taza de café llena de whisky contra la pared, donde explotó en mil pedazos. Después de aquello, Fab se echó atrás y accedió a que Rocco nos acompañara al hospital. Insistió, no obstante, en que el perro viajase en la parte de atrás de la ranchera.

No fue fácil hacer que el perro obedeciera. Rocco respondía únicamente a Dante y a nadie más y en aquellos momentos estaba abocado exclusivamente a cuidar de su topo muerto. No había ni collar ni correa con las que obligarlo a hacer lo que yo quería. Intenté darle órdenes, silbar, aplaudir, pero no hubo manera, y cuando intenté alzarlo en brazos me sacó los dientes.

Al cabo, caí en la cuenta de que la manera de incitarlo a colaborar era por medio del topo apestoso. Entré una vez más en la casa, regresé con unos trozos de queso Cheddar, y utilizándolos para distraerlo durante un segundo, pude arrebatarse el topo cogiéndolo por el rabo.

Evidentemente, había efectuado la maniobra correcta. Con el cuerpo del animalillo muerto colgando de mis dedos, Rocco me siguió atentamente a través del césped y luego por el camino de piedra que lleva al cobertizo del coche. Entonces, ofreciéndole el cadáver como incentivo, le hice seguirme hasta el portón trasero de la ranchera, a la que se subió sumisamente. Traje de la casa una petaca de medio litro de Jack Daniels y algunos trozos de queso y los deposité debajo del asiento para utilizarlos más adelante.

Con el perro en el maletero, cerré el portón y bajé la ventanilla hasta abajo. Rodeé el coche, ocupé el asiento del acompañante y pité para que Fab saliera. Me asegure de que la luz interior del vehículo estuviera apagada para que el tiquismiquis de mi hermano no pudiese ver el cadáver en vías de putrefacción colgando de las fauces de Rocco.

Fab estaba demasiado preocupado por cronometrar el viaje al hospital para ni siquiera advertir a Rocco y a su topo; hasta la resaca y el mal humor correspondiente se habían convertido en un asunto secundario. Lo que había vuelto a convertirse en un asunto crítico era nuestra HPL (Hora Prevista de Llegada) a la UCI.

Al tiempo que salíamos marcha atrás del cobertizo, Fab puso a cero el cuentakilómetros y cambió la función de su reloj a la de cronómetro. Giró la cabeza hacia donde estaba Rocco y murmuró algo, pero se mantuvo atento a la tarea que tenía entre manos.

Mi hermano pulsó el botón de arranque de su «G-Shock» y casi simultáneamente salió quemando caucho. Yo aproveché para echar un vistazo a Rocco en el maletero, pero todo lo que logré verle fue la crisma. No había topos en la costa.

Durante el trayecto, las corrientes de aire cambiaron y el coche comenzó a apestar

a carne podrida; para contrarrestarlo, y aunque hacía fresco, bajé la ventanilla de mi lado. Afortunadamente, mi hermano también necesitaba respirar aire frío para mantener la náusea bajo control y también bajó la ventanilla de su lado.

Se negó a aceptar mi oferta de trago y pitillo: la carrera hasta el hospital le exigía toda su concentración. Circulábamos a buen ritmo por las curvas de Punta Dume, camino abajo hacia la Autovía de la Costa, cuando Fab se llevó la mano a la nariz.

—¿Qué es ese olor? —exclamó con asco—. ¿No habrá subido el perro algún bicho muerto al coche?

Puse en marcha una maniobra disuasoria.

—No, qué va... Oye, ¿quién le da de comer a Rocco ahora que el viejo no está? ¿Tú no, verdad?

—Quizá lo esté haciendo mamá —respondió—, porque yo no.

—¿Entonces qué te importa si el perro apesta? No es tu mascota.

—Es que esta hecho un asco. Voy a decirle a mamá que haga algo con él. Como sabrás, últimamente me ha pedido que la ayude a resolver este tipo de asuntos.

—Me aterroriza lo que vas a plantear. ¿Te apetece un trago?

—No.

—¿Te gustan los perros?

—No.

—Entonces que te den.

En poco más de siete minutos a lo largo de la Autovía de la Costa cruzamos el camino Cross Creek. Fabrizio no tuvo tiempo de cabrearse conmigo porque le preocupaba más su HPL. Estábamos reduciendo su mejor marca en un minuto y medio. Cuando nos aproximábamos a una luz ámbar quiso celebrarlo acelerando a fondo el monstruoso motor V-8 de siete litros y medio, y gritando «¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii...!» a todo pulmón al tiempo que pasábamos por alto el semáforo en rojo como un bólido.

Cuando le dije que tenía que bajarme del coche a mear, apretó tanto el volante que los nudillos se le pusieron blancos.

—Por el amor de Dios, ¿no puedes esperar? —dijo entre dientes mientras echaba un vistazo al reloj—. ¿Es que hay que pasar por esto cada vez que subamos al coche?

—Lo siento, no es un ataque a tu persona. Solo detente donde puedas y mearé detrás del coche.

Volví a sentir la ráfaga de odio.

Medio kilómetro más adelante, habiendo dejado atrás el embarcadero de Malibú, distinguimos un cartel con la imagen del Coronel Sanders, reclamo de la cadena Kentucky Fried Chicken. Fabrizio aminoró la marcha para acceder al restaurante y detuvo el cronómetro, luego torció abruptamente a la izquierda. Tras el volantazo con el que terminó de aparcar, me gruñó:

—Tienes sesenta segundos, colega.

Estaba a punto de cruzar el umbral cuando mi cerebro recordó que iba a dejar a

mi hermano solo con el perro y el topo putrefacto. Deduje que con el coche detenido y sin ventilación, la hediondez se tornaría insoportable. Ya casi comenzaba a sentir la peste propagarse hacia el frente del vehículo. Rebobinando mis movimientos, volví a subir la pierna y cerré la puerta.

—Vámonos.

—¿Adónde? —contestó Fab.

—Lejos de aquí —imposté un tono de voz apurado, ansioso—. Se me hace imposible mear aquí.

—Qué problema tienes ahora ¿eh, Bruno?

—Es una cuestión política, estar aquí me da asco...

—¿Qué hay de político en echar una meada?

—El Coronel Sanders.

—¿Qué pasa con el Coronel Sanders? ¿Cuándo te ha importado a ti el puto Coronel Sanders?

—Es iraquí, por eso ya no sale en los anuncios de la tele. No voy a utilizar el aseo de una franquicia que apoya a una dictadura genocida. Nuestros muchachos dejaron sus vidas allí, eran la flor y nata de la juventud norteamericana.

—¡No digas gilipolces, Bruno! Ese tipo murió hace más de veinte años.

—Eso es una mentira que quieren que nos traguemos. Durante mi tratamiento me mostraron fotocopias de documentos publicados que demuestran lo contrario. El Coronel Sanders se oculta en algún sitio. Han descubierto una conexión entre él y Lee Harvey Oswald. El hombre que nosotros conocemos por el nombre de Coronel Sanders utilizó su fortuna para financiar la investigación que desarrolló el misil soviético SCUD.

—¡Corta el rollo, Bruno! Ya te vale, ¿no?

—Estoy orgulloso del legado de mis antepasados y de los hombres que lucharon por defender nuestra nación, eso es todo. Así que no mearé aquí. He adoptado una postura moral, me aguantaré hasta que llegemos al hospital.

Fab prefirió no perder más tiempo discutiendo. Metió la marcha atrás y salió de la plaza de aparcamiento disparado. A continuación presionó el botón del cronómetro, puso la primera y arrancó con un chirrido de neumáticos, cruzando de un lado a otro la Autovía de la Costa. Rápidamente habíamos alcanzado la velocidad de los otros automóviles que viajaban en dirección sur.

En el maletero, la fuerza de la aceleración había tumbado a Rocco un par de veces y lo había golpeado con un ruido sordo contra el interior del portón trasero. Trepé por el respaldo de mi asiento para poder mirar hacia atrás. Por lo visto el perro había conseguido trabar las mandíbulas en torno al cadáver del topo a pesar de los zarandeos del coche. El aire limpio de Malibú estaba llevándose la peste una vez más.

Cuando salimos de la Autovía de Santa Mónica a la altura del Bulevar La Ciénaga estaba claro que íbamos sobrados de tiempo, pero Fabrizio prefirió

asegurarse. Paso volando junto a un coche que teníamos a la derecha y aprovechó un carril de giro a la izquierda para poder sacarle un par de cuerpos a los demás automóviles antes de llegar al semáforo. Cuando la luz se puso verde, pisó el acelerador y se desvió otra vez hacia la derecha rodeando un coche aparcado con el propósito de cortarles el paso a otros conductores que tenían preferencia. «¡Síiiiiiiiiiiiiiiii...!»

Perdimos algo de tiempo en los dos semáforos siguientes porque estaban desincronizados, pero a Fabrizio aquello no parecía preocuparlo. Conocía de sobra el trayecto para poder prever las demoras y tomárselas con calma.

Dado que se trataba de una carrera excepcional, la confianza de mi hermano fue en aumento. Estábamos haciendo un tiempo significativamente menor a todas sus plusmarcas anteriores. Con cada manzana que dejábamos atrás, crecían su impaciencia y su seguridad. Su concentración era tal que se olvidó del tufo que llegaba desde el maletero del coche.

El mayor reto apareció en la intersección de Beverly Boulevard y La Ciénaga. Por alguna razón, había siete u ocho coches atascados en nuestro carril a la espera de poder girar a la izquierda. Aquello sacudió los nervios de Fabrizio.

Cuando por fin la flecha verde titiló indicando que nuestro carril podía avanzar, solo un vehículo consiguió pasar antes de que la flecha se pusiera en amarillo y después en rojo. Aquella señal estaba visiblemente mal sincronizada. En un instante nos habíamos quedado rezagados al último puesto de la fila.

Para empeorar las cosas todavía más, nos encontrábamos en una intersección séxtuple. Fab parecía estar cada vez más inquieto y no dejaba de mirar cada dos segundos su «G-Shock», sufriendo al ver cómo su mejor marca hasta la fecha se iba a la mierda. Enloquecido, empezó a aporrear el volante. Aseguró que la secuencia de noventa segundos cambiaría por lo menos seis veces antes de que llegara nuestro turno de girar a la izquierda. Solo quedaban dos minutos para recorrer una manzana y media y que Fab batiese su propio récord.

Sus labios iban pronunciando en silencio los números de la cuenta atrás. «Ochenta y ocho. Ochenta y siete. Ochenta y seis...» Un Jaguar convertible nos bloqueaba por delante, y por detrás un utilitario amarillo. Entonces, incapaz ya de controlarse, empezó a tocar la bocina, haciéndole señas enloquecidas a la conductora del utilitario para que diera marcha atrás.

Le llevó unos segundos entender el mensaje y hacer retroceder su vehículo un metro aproximadamente. Fab metió la reversa y aceleró marcha atrás, dando un buen golpe al parachoques del utilitario amarillo. Entonces, por el hueco que se le había abierto, maniobró la ranchera hacia la derecha, luego empujó a fondo la palanca, puso la primera y, trazando una amplia curva hacia la derecha, atravesó todos los carriles en los que no había coches detenidos. Yo sabía lo que iba a intentar, es una de las maniobras preferidas de los taxistas neoyorquinos, allí lo hacen constantemente. Cuando nuestro semáforo se puso en verde se colocó en medio de la bocacalle lateral

y esperó a que todos los vehículos que viajaban en nuestra dirección atravesaran la intersección. Cuando la luz ámbar del semáforo había hecho detener la circulación general y los coches del carril esperaban su turno para torcer a la izquierda, Fabrizio apareció desde atrás ejecutando un giro ilegal, dobló a la izquierda desde el costado más alejado y pasó por delante del Jaguar, el utilitario y los demás pringados con preferencia.

—¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii...! —gritó y hundió el acelerador a fondo.

Oí el lamento del perro cuando, por la fuerza centrípeta del volantazo, él y su topo fueron lanzados de una punta a la otra del maletero para acabar estampándose contra uno de los guardabarros alfombrados.

Entramos quemando caucho por Beverly Boulevard en dirección Oeste y con cuarenta y cinco segundos a nuestro favor. Mientras tanto Fab realizaba su cuenta atrás en silencio. Mi hermano menor aún confiaba en establecer un nuevo record para aquel trayecto.

Cuando nos faltaban treinta segundos, entramos en el aparcamiento del Cedars y nos colocamos en el carril de la máquina automática que da los resguardos. Sucedió que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, estábamos jodidos. Delante de nosotros había un Cadillac de veintidós años de antigüedad en perfecto estado. Su dueño, un señor gordo y bastante mayor, no había acercado el coche a la máquina para poder retirar su ticket.

Advertí que las mandíbulas de Fab se tensaban por la rabia mientras miraba a aquel viejo de brazos cortos que pugnaba por alcanzar la máquina a través del hueco de la ventanilla. Al final el viejo se vio obligado a abrir la puerta del Cadillac y estirarse para poder alcanzar el resguardo de color rosa.

Siete... Seis... Cinco... Fabrizio dio sendos puñetazos sobre la bocina y la dejó sonando. El pitido resonó infinitas veces por los techos bajos del aparcamiento.

(En una ocasión, en el bar St. Adrian's de Nueva York, para conseguir copas gratis, una chica de Kentucky imitó el largo y profundo mugido que suelta un buey en el matadero cuando le cae el mazazo en la cabeza. La bocina de Fab en aquel aparcamiento me recordó a aquella imitación.)

El pitido había estremecido al vejestorio del Cadillac, pero el tipo se recompuso y avanzó hacia el interior del garaje.

—Casi lo logramos —masculló mi hermano mientras adelantaba el coche y cogía su resguardo de la máquina—. ¡Mierda!

Yo ya estaba harto de tanta tontería.

—Carguémonoslo —le susurré a Fab—. Los dos somos medio italianos, ¿no? Venga, he visto que tienes una navaja en la guantera. Yo te cuido las espaldas. Seguimos al capullo, lo degollamos y dejamos que Rocco limpie la sangre de los asientos de cuero del Cadillac a lametones. Ese vejestorio probablemente esté despilfarrando el dinero de la seguridad social, hasta le haremos un favor al gobierno. Apuesto a que la guarra de su esposa, que debe de estar rondando los noventa,

también dilapida el dinero de nuestros impuestos. Y quien sabe, quizá ocupa una cama en la UCI, un sitio que bien podría utilizar otro paciente.

—Cállate, Bruno. No era más que un pasatiempo.

—Ya.

Fab no quiso entrar en el hospital acompañado del perro que nuestro padre tanto quería, por lo que tuve que aceptar regresar más tarde y entrar yo con Rocco. Lo deje en el maletero de la ranchera contemplando con arrobo los flecos de aquella rataapestosa.

Capítulo 8

Mamá era californiana de tercera generación, descendiente de los que llegaron con la fiebre del oro. Sus antepasados ingleses arribaron a Norteamérica en 1635. Se establecieron en Rumney, estado de New Hampshire, donde se dedicaron a la construcción de naves y en ocasiones a capitanearlas. Mamá se graduó con honores en Stanford, tres semanas antes de cumplir los dieciséis. Ahora tiene sesenta y seis, pero sigue leyendo cinco libros por semana y cuando habla con su mejor amiga por teléfono lo hace en un alemán modélico. También aprendió por sí sola francés e italiano, y antes de cumplir los veintiuno ya le habían publicado sus poesías en San Francisco. Y a lo largo de todos esos años, entre logro y logro, desarrolló también una adicción al *petit point*.

De niño yo estaba seguro de que ella lo sabía todo acerca de cualquier tema, pero de mayor comprendí que su mayor habilidad consistía en no llevarle nunca la contraria al volcánico Jonathan Dante.

Cuando Fab y yo regresamos a la sala de espera, mamá seguía sentada en el sofá, en el sitio exacto donde la habíamos dejado diez horas antes. Agnes y mi hermana Maggie la flanqueaban.

Había estado trabajando en uno de sus bordados. Era una casita hogareña en la campiña inglesa, motivo que durante muchos años creí el único disponible para los amantes del *petit point*. Cada cuarto de la casa de Punta Dume —con la única excepción de la cocina—, estaba repleto de cojines en los que se veía una casita hogareña en la campiña inglesa.

—He traído a Rocco para que se despidiera del viejo —la previne mientras Fab y yo ocupábamos el sofá de enfrente—. Quizás recobre el sentido si percibe que su perro está en la habitación.

—No ha sido una buena idea, Bruno.

—¿Qué tal está?

—Más débil, solo nos queda esperar. ¿Estás borracho?

—No.

—Pero has estado bebiendo...

—Yo bebo, mamá. Ya sabes que bebo.

—Los policías se llevaron al marica y a su amigo. Estaba drogado... imagínate.

—Me lo imagino.

—¿Dónde has dejado al perro?

—En el coche.

—Será mejor que se quede allí, Bruno. No quiero tener más problemas. Te veo muy inestable. Agnes me ha contado que estás peor que nunca, que han tenido que ingresarte en la unidad psiquiátrica y que solo hace un par de días que te han dado el alta.

—Agnes no tiene ningún derecho a andar ventilando los detalles de mi puta vida

privada sin mi puto permiso. Especialmente cuando mi padre se está muriendo en la puta habitación que está al fondo de ese puto pasillo.

—Agnes dice que, según el diagnóstico, eres un maníaco depresivo crónico, que tu alcoholismo es agudo y que tienes tendencias suicidas. ¿Es cierto que te has vuelto a clavar un cuchillo en el estómago?

—Fue un lapsus.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no lo dejas de una vez? Tu padre lo dejó, ¿o no?

—Me estoy quitando. ¿Podemos cambiar de tema?

—Agnes se quiere divorciar, y no la culpo. No creo que estés loco, Bruno. Hazlo por tu padre y por mí, haz un esfuerzo. Encarrila tu vida antes de acabar con SIDA o con muerte cerebral en alguna comisaría.

—¿Hay alguna norma que no permita la entrada de perros aquí?

—Naturalmente que la hay, estamos en un hospital. Ve y tómate una taza de café bien cargado y aclara esas ideas.

Más tarde, cuando me acerqué a la habitación de Dante, me invadió un miedo tal que fui incapaz de franquear el umbral. De pronto me asaltó la idea de que mi padre ya había muerto. Empecé a temblar y a sudar otra vez. Era otro ataque de pánico.

Di media vuelta. Al principio me tambaleé, pero pude alejarme pasillo abajo en busca de la calma y la seguridad del aparcamiento. Sentía como si me estuvieran rompiendo la cabeza a martillazos.

Tras torcer innumerables veces a la izquierda y a la derecha por aquellos pasillos, crucé de nuevo las puertas de aislamiento y aspiré una bocanada de gases tóxicos y un poco de aire. El fresco me ayudó a estabilizarme hasta que pude encontrar un sitio tranquilo entre dos coches aparcados. Me arrodillé en el suelo y me trinqué casi toda la petaca de Jack que llevaba en el bolsillo de la americana. Por fin pude respirar hondo. Inspirar... Espirar...

Al cabo de unos minutos los martillazos se aplacaron y me fumé un pitillo. Decidí aguardar un poco más, a la espera del «clic» que generalmente me produce un pelotazo de Jack. Encendí un segundo cigarrillo y me lo fumé. No hubo «clic», pero gradualmente los nervios se me fueron pasando.

Maté la botella y deslicé el casco vacío debajo del Mercedes verde oscuro que me había estado apuntalando. Los temblores habían desaparecido y ya era capaz de mantenerme en pie, así que empecé a explorar el aparcamiento en busca de la ranchera. Allí estaban mi petaca para emergencias y el perro de mi padre.

Encontrar la Country Esquire de Fab fue sencillo, pero olvidé que todas las puertas estarían cerradas con llave. No quería tener que regresar a la sala de espera, así que me senté en el parachoques y pensé en qué podía hacer. La conclusión fue que una personalidad obsesiva de un retentivo anal como mi hermano lo llevaría a esconder un oculta-llaves debajo del chasis.

No me equivoqué. Tanteando el interior del guardabarros, mis dedos no tardaron

ni dos minutos en dar con una pequeña caja magnética que en su interior guardaba un juego de llaves de repuesto.

Mientras abría la puerta del acompañante, eché un vistazo por la ventanilla de la puerta de atrás y vi que Rocco dormía con el bicho muerto, un revoltijo de pelo y huesos, entre las patas.

Al abrir la puerta de la ranchera, la luz automática del interior lo despertó. Rocco se incorporó y asomó por detrás del asiento su cabeza ancha y aerodinámica de tiburón, con el topo todavía colgando de su hocico. Fue entonces cuando el hedor postergado del animalillo descompuesto me alcanzó de lleno en la nariz. La intensidad de la pestilencia era tal que hasta la arcada se me atragantó.

Entrar en el coche era imposible. Tuve que abrir y batir las puertas como si fueran alas y aguantar la respiración durante un buen rato hasta poder subir, arrancar el motor, encender el aire acondicionado y volver a bajar para respirar de nuevo.

Cuando aquel tufo rancio finalmente desapareció, entré y me senté. Hallé la petaca de Jack debajo del asiento y le eché un par de tragos largos, confiando en que acallaran mi cerebro pulsátil. Mi peor enemigo siempre ha sido el pensamiento, el pensamiento y las migrañas.

Necesitaba tiempo para mí, tiempo para escapar. Necesitaba llevarme la ranchera de mi hermano, alquilar un cuarto de hotel y quedarme solo. Una revisión de bolsillos me hizo ver que tenía suficiente dinero para varios días. Encontraría un cine porno y me quedaría allí hasta que la boca de algún desconocido me la chupara en la oscuridad. Esperaría hasta que Dante estuviese bajo tierra, y entonces regresaría a Nueva York o a cualquier otro sitio. Esperaría hasta que pasara la tormenta, guardaría un discreto anonimato, sin tener que pensar. Sin tener que sentir.

El *bourbon* me había relajado lo suficiente como para poder elaborar aquel plan tan sencillo. Primero llevaría a Rocco al hospital y lo dejaría junto a la cama del viejo. ¿Qué tenía eso de malo? Benny Roth y Fabrizio eran hombres adultos y podrían encargarse de él.

Cuando los martillazos de la cabeza menguaron definitivamente, pasé a la acción. Sacar a Rocco de la ranchera fue bastante sencillo. Tal y como había hecho al conocerme, me sacó los dientes y gruñó demostrándome lo agresivo que era, pero usé los pedazos de queso Cheddar para distraerlo del topo, y entonces cogí al apestoso cabroncete de la cola.

Una vez me hube alejado del perro, eche mano a la bolsa de plástico para envolver el cadáver, no sin antes rociarlo de *bourbon* para contrarrestar la fetidez. El resultado fue tan satisfactorio que todo el proceso pareció mucho menos asqueroso. Obedientemente, Rocco me siguió a través del aparcamiento y después hasta la entrada del garaje; eso sí, siempre con la nariz pegada a la bolsa que contenía el topo.

Comprobé que no hubiese nadie y nos lanzamos por el pasillo. Para que Rocco se mantuviera pegado a mi espalda crucé los brazos por detrás y agarré la bolsa con ambas manos. Dando brincos, Rocco me siguió muy de cerca, con la mirada fija en

los restos inaccesibles del roedor. Tras haber recorrido la mitad del segundo pasillo, una filipina del personal de limpieza nocturno, con cara de mala hostia y ansias de represión, salió con su carrito de una de las habitaciones y nos pescó. Se detuvo como reflexionando sobre qué hacer. Su mirada pendenciera exigía por mi parte un contraataque ocular de desafío que estuviera a la altura. Afortunadamente, la mujer claudicó y el perro y yo proseguimos hasta el final del corredor.

Aquel fue el único incidente.

Cuando habíamos llegado hasta la puerta cerrada de la sala de espera, me detuve a otear por el cristal. El doctor Macklin estaba sentado junto a mamá, discutiendo un asunto que parecía privado; el resto de mi familia mataba el tiempo tumbada en los otros sofás. Nadie había advertido mi presencia, pero sabía que si lo hacían mi plan de huida se iría al traste: yo estaba de *bourbon* hasta el moño. Rocco y yo seguimos adelante sin detenernos hasta llegar a la puerta de la habitación 334: la habitación de Jonathan Dante.

Acompañado por el perro, reuní el coraje necesario para resistirme a salir de allí a toda velocidad. Me limité a esperar frente al umbral. Al rato, y aunque me temblaba todo el cuerpo, me precipité en la habitación.

Me quedé al pie de la cama. Volví a observar de cerca la boca abierta de mi padre y su infatigable empeño por hacer entrar aire a aquel cuerpo vacío. Parecía que se estuviera disolviendo ante mis ojos; sus respiraciones se volvían cada vez más cortas y los intervalos cada vez más largos. Era un panorama macabro.

No quería quedarme. Lo que ansiaba era dejar allí al perro, cerrar la puerta tras de mí y no regresar nunca más. Pero sabía que aquella sería mi última oportunidad, así que me senté al lado de la cama y cogí las manos de mi padre entre las mías.

Curiosamente, respondieron a mi contacto, y me sobresaltó la fuerza con que su mano presionaba la mía. A una parte de mí le aterrorizaba la muerte de mi padre, en tanto que la otra parte estaba en agonía al presenciar aquel dolor interminable. Cerré los ojos y con un tono lo suficientemente alto para que Dios o cualquier otro espíritu que pululara por la habitación pudiera oírme, le dije:

—Soy Bruno, papá. Estoy aquí, contigo. Déjalo ya. Por el amor de Dios, papá... ¿no crees que ya has sufrido bastante?

En algún pliegue de su mente, el viejo debió de registrar aquellas palabras, porque en aquel preciso instante su respiración se detuvo. Durante unos segundos más continuó aferrado a mi mano, pero yo sabía que todo había acabado. Volví a cerrar los ojos porque ya no podía tolerar tener que mirarlo.

Tras un silencio prolongado los abrí y me enfrenté a lo que temía: su cara estaba palideciendo, volviéndose translúcida, y noté que la sangre le abandonaba el cuerpo. De repente, Rocco se había acercado a los pies de la cama. Él también lo sabía. Estoy seguro de ello porque, por primera vez en todo el día, había perdido el interés en el puto topo de los cojones. Sus ojos negros saltaban de los ojos sin vida de mi padre a los míos, buscando una respuesta.

Solté la mano y dejé descansar el brazo arrugado de Dante sobre las mantas.

—Ha muerto, Rocco —le expliqué—. Papá ha muerto.

Aquel bull terrier se me antojó un marine blanco y mugriento que de pronto se erguía y se ponía en posición de firmes para atender mejor a mis palabras.

No iba a poder dejarlo allí con su amo muerto. No tenía el valor para hacerlo... ya no. En la confusión que sobrevendría a la familia, nadie se acordaría de él. Como le había ocurrido a mi padre, Rocco también se había quedado solo, y ahora tendría que venirse conmigo.

Saqué del baño una toalla blanca de algodón que necesitaba para envolver y transportar el roedor muerto, el señuelo que iba a tener que utilizar para que Rocco me escoltara fuera del edificio, hasta el aparcamiento.

Abrí la toalla. Las manos ya me empezaban a temblar por el síndrome, pero así y todo puse rápidamente los restos olorosos del animalillo en una esquina de la toalla y empecé a enrollarla en diagonal, del mismo modo en que los empleados de una fiambrería judía enrollan los sándwiches con papel de cera.

Me encontraba a punto de abandonar a Rocco y a su apestoso topo envuelto, cuando una idea perversa anidó en mi cerebro. Al otro extremo de la habitación avisté, entre los otros bolsos de mano, el de mi esposa. Recordé que dentro de él —en la cartera para ser precisos—, guardaba varias tarjetas de crédito que aún llevaban impreso «Señor y Señora de Bruno Dante». Nuestro matrimonio había llegado a su fin, es cierto, pero aquel descubrimiento me animó a exigir de Agnes un último sacrificio, mi último requisito como esposo: una de las tarjetas de crédito de su cartera. El razonamiento detrás de aquella idea era sencillo: «Que la folle un pez».

Abrí la cartera y revisé uno por uno los muchos separadores transparentes donde guardaba las tarjetas de crédito, hasta encontrar entre las demás una flamante VISA ORO. La saqué y la dejé caer en el bolsillo del pañuelo de mi americana.

Al tiempo que devolvía la cartera al bolso, se me ocurrió otra idea. Tenía que dejarle algo a cambio, un recordatorio... quería que fuese un trueque justo. Abrí el bolso y dejé caer dentro la toalla con el topo. A continuación, pinzándola entre mis dedos índice y pulgar, tiré de la esquina de la toalla y el rebujo se desenrolló descargando los apestosos restos de la alimaña en pleno centro del bolso. Ella y su puto novio profesor de gimnasia podrían usarlo como consolador.

Sacar a Rocco del hospital y llevarlo hasta la ranchera de mi hermano sin ayuda del topo no fue tan difícil como imaginaba. Ya había desechado la variante de suscitar su cooperación. Cargué con él y punto.

Habíamos completado la mitad del trayecto hasta el garaje cuando me di cuenta de que no podía dar un paso más, el perro pesaba demasiado. Entonces, de un carro cargado de ropa de cama limpia, saqué una sábana blanca y me inventé con ella una suerte de arnés que coloqué alrededor del cuello de la bestia. Así pude arrastrarlo por el suelo del garaje el resto del trecho.

«Nunca le has robado a tu hermano», me dije a mí mismo. Tan pronto el perro y yo tuviésemos un techo bajo el cual cobijarnos, llamaría a Fabrizio y le haría saber dónde podía recoger su ranchera Country Esquire de 1970.

Capítulo 9

En diciembre el tiempo en Los Ángeles se torna especialmente majara. La noche había traído desde Santa Ana más viento seco del desierto. Desde hacía algunos años, durante la temporada navideña, la gente se acercaba a los cañones a encender fogatas con la esperanza de que las llamas redujeran la ciudad a cenizas y la catástrofe se comentara en el telediario de la noche.

Cuando salía del aparcamiento del hospital, ráfagas intensas de un viento polvoriento y negruzco golpearon con ramas y restos de bolsas de papel el parabrisas de la Ford. Encontré el Bulevar Santa Mónica y me dirigí al oeste en busca de una tienda de licores que estuviera abierta. Rocco dormitaba en el asiento contiguo. Mi única intención era aturdirme, sedarme, y si lograba hacerme con dos botellas de Mogen David 20/20, el «Perro Loco», seguramente me saldría con la mía.

Tras la visita a la licorería, circulé durante horas por las calles casi vacías y las avenidas oscuras, mientras mi cabeza se ponía en orden, trataba de comprender los impulsos y sacar conclusiones. Cuanto más Perro Loco me echaba al colete, más sensatos y lógicos se tornaban mis pensamientos. Solo quería disfrutar de mi soledad y del rumor de los neumáticos sobre el asfalto.

Después de la primera botella ya me sentí mejor. Había conseguido soportarlo todo hasta el anochecer.

Llegué a la playa por la Avenida Ocean y torcí a la izquierda para coger el Bulevar Venice; después di la vuelta y me dirigí nuevamente al centro, al Downtown, disfrutando del silencio. De cuando en cuando, rachas de aire caliente, tupidas como bolas de algodón, zarandeaban la furgoneta en mitad de la noche. Los vientos del mundo soplaban a sus anchas.

Al llegar al Bulevar Sepúlveda puse rumbo al Norte otra vez, a las montañas, y continué hasta Pico, donde las ruedas golpeaban los restos lustrosos de las vías por las que los viejos tranvías de antaño habían circulado. En algunos lugares los raíles asomaban a través del asfalto. La luz de la luna los hacía brillar un par de metros y luego volvían a desaparecer bajo el pavimento, como anguilas nadando a ras de la superficie.

Seguí conduciendo, hice quince kilómetros, veinte... Decidí bajar por el Bulevar Olympic hacia el Downtown y después regresar por el mismo camino, pasando por Nickel Street (la calle de los cinco centavos), el ayuntamiento y Chinatown.

En los alrededores del Bulevar Venice y el Bulevar La Ciénaga había un supermercado que hacía las veces de tienda de licores. Rocco se había despertado; lo noté inquieto y supuse que tenía hambre, así que frené y me adentré en el aparcamiento.

Al verme entrar, el joven mejicano que estaba al otro lado de la caja registradora me siguió con la vista. Sabía que con solo mirarme me había puesto en la categoría de tarugo o de borrachín vagabundo. Lo supe sobre todo por su actitud chulesca y

agresiva cuando le pregunté dónde estaba la comida para perros. Murmuró algo y señaló uno de los pasillos. Mientras me alejaba, vi detrás del mostrador a una mujer prácticamente oculta, sentada en un taburete. Era su chica.

Algo mayor que el chaval, parecía asiática, vietnamita o camboyana, y era muy sexy. Llevaba los labios pintados de un rojo rojísimo, el cabello negro largo hasta la cintura y una blusa bordada negra y trasparente. Vi toda su cara cuando levantó la mirada de su revista. Durante un segundo nuestros ojos se encontraron. Los suyos eran hermosos e inmisericordes, ojos de haber sobrevivido a la carretera. En cuanto a los míos... pues yo sabía que estaban vacíos. Cuando le sostuve la mirada, ella la desvió. Yo siempre miraba demasiado.

Fui al pasillo de comidas enlatadas y cogí un par de botes de comida barata para perros, pero cuando estaba a punto de volver al mostrador recordé que llevaba encima la tarjeta de crédito de mi esposa. Caí en la cuenta de que podía permitirme todo lo que quisiera: yo no era otro fracasado comemierda de los que pululan por el bulevar.

Volví a poner los botes de comida barata en su sitio. Regresé hasta la caja registradora y cogí una cesta de plástico, todo bajo el escrutinio tenaz del joven empleado. Sin duda, se percató de que algo no iba bien cuando me vio coger al azar paquetes de patatas fritas y chucherías de queso y meterlos en la cesta.

Agarré también muchas latas de comida para perros de buena calidad, varias bolsas de Fritos y un abrelatas nuevo (pero no uno de esos de metal, cutres, que te rebanan los dedos, sino de los de \$9.98, los de las cómodas asas de plástico). Seguí por el pasillo y pillé un salami genovés, diez bandejas de comida congelada, galletas saladas, mayonesa, aliño para ensaladas y una docena de fiambres distintos envasados al vacío.

Ahora nadie iba a detenerme. Alentado por el Perro Loco y mi buena fortuna, volví al mostrador y deje caer ruidosamente mi cesta llena. Pero no me detuve ahí: cogí otras dos mientras mi primer cargamento de compras iba siendo apilado junto a la caja registradora.

Toda la atención del empleado estaba enfocada hacia mi persona, pero yo ni siquiera levanté la vista. No quería darle el gusto de que me taladrara con la mirada.

Mientras me afanaba en la sección de herramientas, sentía sus ojos como cuchillos que se me clavaban en la espalda, y los seguí sintiendo mientras metía en las cestas un par de paquetes de bombillas eléctricas, extensiones de cable telefónico y linternas en envoltorios de cartón y plástico termomoldeado. Cuando pasé al siguiente pasillo, el mejicano se desplazó lateralmente por detrás del mostrador para poder vigilarme. Estaba haciéndome perder la concentración, y como represalia decidí comprar la góndola de las galletas. La góndola entera.

Cargué en la cesta varios paquetes de galletas Oreo y Malomar, y docenas de esas que llevan trocitos de chocolate; y mantequilla de cacahuets, y copos de avena; e incluso veinte paquetes de macarrones con sabor a coco, con la absoluta certeza de que jamás iba a comérmelos. Me había embarcado en una misión y la iba a cumplir.

Ahora, desde atrás del mostrador, la chica asiática ya no podía evitar observarme. Miraba a su novio, después a mí, y más tarde a la creciente montaña de productos que se apilaban sobre el mostrador; semejante exhibición la tenía absorta. Pero la calma tensa se desquebrajó cuando el chico me pescó sonriendo a su novia. Perdió los nervios y espetó:

—Ya párale, ¿no? ¿Con qué va a pagar todo esto un desgraciao como tú?

El tipo había picado. Lo sabía y me tomé mi tiempo. Un ciudadano norteamericano en posesión de una visa oro, cuyo límite es de 5.000 dólares, no tiene por qué darse ninguna prisa. Intencionadamente, volví a otear en dirección a la chica oculta detrás del mostrador. Quería estar seguro de que aún me estaba prestando atención. Entonces le sonreí a él también:

—¡Con lo que tengo aquí en el bolsillo, *carnal!* —repliqué.

—Pues ándale y muéstramelo —dijo con una sonrisa burlona.

—Cuando haya acabado, *mi cuate*, te lo haré saber. No tienes por qué preocuparte, te pagaré esta compra hasta el último centavo. A ver si lo entiendes, te daré pesos norteamericanos por productos gringos. ¿Lo has pillado, *Pancho* o como coño quiera que te llames?

Sin esperar a que me respondiera, giré en redondo y me dirigí en línea recta hacia la góndola de las galletas; eso sí, algo fuera de control debido a los efectos del Perro Loco y mareado por el esfuerzo dialéctico.

Arramblé con dos estanterías más de mini-donuts, panecillos rellenos de crema y magdalenas que fueron a parar a mis dos cestas. Cada una pesaba entre quince y veinte kilos, y tuve que arrastrarlas los últimos cinco metros que me separaban de la caja.

Empezaba a descargar mi compra en el mostrador cuando el chico me cogió del brazo.

—Para el carro, tío. Ya vale —refunfuñó lanzándome una mirada pendenciera.

Me solté de un tirón y le devolví la mirada. Yo era más corpulento. Un cobarde, pero más corpulento.

—¡Vuelve a poner todo eso en su sitio! —me ordenó—. Estás loco, hombre. No tienes intención de comprar nada de esto y llevas un pedo que te caes. Así que no se te ocurra armar lío en mi tienda porque te voy a chingar vivo.

Suavemente, como un jugador de dados que sabe que va a lanzar el siete ganador, deslicé por el mostrador la visa oro de mi mujer. Entonces me acerqué a unos dos centímetros de su cara y le grité:

—¡Llama, lumbreras! ¡Llama y compruébalo! Y no vuelvas a ponerme la mano encima, ¿entendido? Porque aquí y ahora, para ti... ¡SOY EL PUTO DONALD TRUMP!

El chaval no sabía qué hacer, ¿pelearía o cogería el plástico? Finalmente aceptó la tarjeta a regañadientes y emitió un sonido a medio camino entre un carraspeo y un esputo. Después marcó el número de la compañía para asegurarse de que mi Visa no

era robada. Y repitió el procedimiento, por las dudas. Entonces pidió volver a ver la foto de mi permiso de conducir antes de ponerse a cobrar la compra. Le entregué mi carné con una sonrisa. No tenía nada que esconder.

Le llevó veinte minutos cobrarme todo lo que había comprado. El ticket de la caja registradora se hizo tan largo que empezó a enrollarse en el suelo. Mientras tanto, su atractiva novia se puso de nuevo a leer su revista.

Recuerdo que entonces tomé una decisión provocativa y estúpida, la misma que siempre me ponía en una situación de desventaja y que hacía que todo acabara siempre de la misma manera. Cuando el chaval ya había terminado de hacer la suma, le dije que añadiera dos botellas de Mogen David 20/20. Mis problemas suelen empezar cuando soplo demasiado vino.

El total de mi compra sumaba seiscientos diecinueve dólares, había llenado siete cajas de cartón que ahora habría que trasladar hasta el coche. Firmé el recibo de la tarjeta con una rubrica florida, llena de círculos y tirabuzones: e.e. cummings. El chaval ni siquiera se dio cuenta.

Mientras arrancaba el motor, aproveché para echar un largo y último vistazo a la chica. Seguía sentada en su taburete al extremo del mostrador, todavía enfrascada en la lectura de su revista. Ella sabía que la estaba mirando, pero no levantó la vista. Interpretaba a la dama de hielo y conocía su papel a la perfección.

Desenrosqué la tapa del Perro Loco y con la botella en alto brindé a su salud, después le di un trago largo y succulento. Ya no me importaba la actitud hierática de la china. Por más baches que uno encuentre a su paso, el Perro Loco allana cualquier camino.

Con todo lo ocurrido, había olvidado que la borrachera de vino en la que me estaba embarcando era la primera desde mi salida del hospital. Para alguien como yo, una parranda a base de Mogen David 20/20 era como lanzarse a follar con una gorila de doscientos cincuenta kilos. Más allá de esa línea ya no existe la voluntad, pues es la gorila quien te hará saber cuándo has de acabar. Así es el vino dulce.

Al ver que Rocco lamía los restos de alcohol de la tapa, vacié sobre el asfalto del aparcamiento todo el contenido de un bote de leche y desgarré el cartón para usarlo como cuenco. Serví en él un dedo de vino y Rocco se lo bebió.

Entre sorbo y sorbo, envuelto en el calor de la noche, proseguí mi camino hacia el Este por el Bulevar Venice, mientras la ciudad de Los Ángeles pasaba entre destellos por el parabrisas. Cuando llegué a la Avenida Western, torcí a la izquierda y continué hasta pasar el Teatro Wiltern en el Bulevar Wilshire. Solamente quería conducir, me apetecía recorrer la ciudad sin rumbo fijo. Pero al ver el teatro recordé que me encontraba a unas pocas calles de la primera casa que la familia Dante tuvo en Los Ángeles. Estaba situada a las afueras del Parque Hancock, en la Avenida Van Ness. Aquella fue la primera casa que el viejo había comprado con un sueldo ganado en Hollywood. Dinero del cine, dinero diabólico. Encontré la casa y aparqué frente a

ella.

Volver a ver aquella casa sumida en la oscuridad hizo que se arremolinaran en mi cabeza las imágenes de una vida pasada. Desde la época en que la habíamos habitado habían pasado treinta años, quizás más.

El viejo había comprado la casa porque su representante, Harry Gladstone, consideró que aquella era una buena zona para un guionista de Hollywood, y porque estaba cerca de los estudios Paramount. Harry había conseguido la propiedad por un precio excepcional.

La nueva residencia se pagó íntegramente con el dinero que Dante ganaba en la industria. El viejo empezó a aceptar los encargos de guiones muy lucrativos que antes había rechazado; había dado la espalda por completo a su vocación de novelista. Calculo que, después de años de dedicarse a escribir novelas y casi morirse de hambre, tomar aquella decisión debió de haber sido muy fácil.

Nos habíamos mudado a Malibú cuando yo todavía era joven, pero recordaba perfectamente aquella casa y las rabietas del viejo. Fue aquí donde, día tras día, corregía pilas de guiones y reescribía los diálogos de las escenas a contrarreloj, mientras se rodaban las películas. Había comenzado a ganar dinero a puñados. El éxito y la rabia impregnaron cada una de aquellas paredes como una marea negra.

Fue en aquella casa donde aprendí lo que ocurre cuando un artista apasionado abandona lo que ama y acaba por detestarse a sí mismo. Allí fui testigo de sus borracheras. Allí lo vi tratar a sus seres queridos con desprecio y resentimiento, mientras las sumas de los cheques que cobraba eran cada vez más elevadas.

Habían pasado treinta años. Frente a aquella casa, sentado en la ranchera robada, con las Navidades a punto de llegar, pude imaginarme cómo Jonathan Dante debió de haber pasado las noches de verano. Cómo habría recorrido de una punta a la otra el balcón del dormitorio principal, con el vaso de whisky escocés apoyado en la barandilla, imprecando al cielo con sus puños de obrero; maldiciéndose a sí mismo y a Dios por haberle permitido cagarse en su talento a cambio de un cheque de Hollywood.

Capítulo 10

Decidí conducir un poco más y hacer el tour completo de Los Ángeles. Le estaba dando duro al Perro Loco, echando un par de tragos cada vez que me detenía en un semáforo. Atravesé el Parque Hancock, Mid-Wilshire, y después otra vez hacia West Hollywood. Cuando llegué a La Brea torcí una vez más a la derecha. Mi plan carecía de plan: acaso flotar... beber...

cada vez más y más
el vino iba bajando
la persiana
de mi mente
hasta que
tuve conciencia de solo algunos
fragmentos de
tiempo...
añicos y otros
restos de
lucidez gris...
y entonces...
d-e-r-e-p-e-n-t-e
todo
se volvió
completamente
negro.

Al llegar a la esquina del Bulevar Santa Mónica me detuve en un semáforo en rojo. Entonces los vi: chaperos, chavales... En la mortal confusión en que me hallaba sumido me los quería follar a todos, y en un arrebató de frenesí chupar cada una de sus pollas.

Un chico rubio de unos dieciocho años que llevaba un top rojo sin espalda y unos vaqueros cortos me saludó desde su puesto junto a una cabina de teléfono. Cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando, se cogió el paquete y me sonrió.

Intenté acercarme al bordillo para charlar con él, pero mi pierna no estaba prestando mucha atención a las órdenes de conducción que le enviaba mi mente. La cámara lenta se había adueñado de mi cerebro. Sabía que el pie terminaría por desplazarse desde el pedal de freno hasta el del acelerador, pero aquel simple movimiento me estaba exigiendo una gran concentración. Cuando el semáforo se puso en verde, oí un claxon enfurecido detrás de mí.

Mientras estaba replanteándome qué instrucciones enviar para conseguir pisar el acelerador, advertí la presencia de un tipo negro, joven, de pie junto a la puerta del pasajero y con dos dedos en alto.

—Dos calles, macho —me dijo con ojos lascivos—. Solo llévame dos calles más abajo, hasta Fountain. Anda, enróllate...

Asentí.

—Vale, sube.

Mi pie volvió funcionar como era debido y pisó el acelerador. El negro trató de subir, pero el gilipollas que teníamos atrás no dejaba de pitar, y Rocco —que daba la impresión de haber perdido el conocimiento y la movilidad—, se resistía a hacer un poco de sitio. Tuve que arrastrarlo de las patas traseras para que el chaval pudiera entrar.

Cuando el negro hubo subido y ya nos alejábamos de la intersección, su tono de voz cambió.

—Cojonudo, oye... ¿Y tú en que rollo andas, eh? —inquirió—. ¿De qué vas tú, tío?

—Esta noche voy de chupar y follar... y nada de pensar.

—Y tu perro, tío... ¿está fiambre?

—A él le va dormir.

Al pasear la mirada por el interior del coche, el chaval vio que el asiento de atrás estaba lleno de cajas de cartón repletas de botes y docenas de chucherías y galletas.

—Conque te molan los dulces y las patatas fritas...

—Mmm...

—Te mentí, tío —me dijo medio burlándose—. No necesitaba que me llevaras a ninguna parte.

Se lo veía tenso. Parecía que hubiese fumado crack o tomado algún tipo de anfet. La sonrisa dibujada en su rostro era una farsa.

—¿Y qué era exactamente lo que tenías en mente? —pregunté sin quitar la vista de la carretera. Quería asegurarme de que estaba llevando el coche razonablemente bien.

Cuando volví a mirarlo se había bajado la cremallera y estaba meneándose el rabo, un rabo negro y flácido.

—¿Te apetece chupármela?, son cincuenta pavos —y sin esperar mi respuesta comenzó a rajarse como una ametralladora— Si te la chupo yo, son cincuenta también... Follarme son cien... Vuelta y vuelta son ciento cincuenta... Ese es el menú, nene.

—Qué bien —le mentí.

De golpe yo había perdido toda la excitación. Sospeché que lo que buscaba el chaval no era sexo sino pasta para fumarse una dosis de crack. Me entraron ganas de bajar al negro del coche y así poder volver en busca del chaval del top rojo, o en su defecto aparcar el coche y echar un sueñecito.

Notó que estaba perdiendo el interés.

—¿Te van los chochitos, tío?

—Es uno de mis pasatiempos favoritos.

—Entonces escucha lo que voy a decirte... Tengo uno joven, blanquito y dulzón alojado en mi casa... Un coñito bien prieto... Es guapa, de Nueva York, y le encanta pimplar, como a ti... Tiene quince tacos; te lo juro, tío, he visto su DNI... Esa nena va a chuparte la polla hasta gastártela... Y hace todo lo que le pido... Solo tienes que darle esa mierda roja que bebes tú y dejarla jugar con tu perro... Le encanta mirarse en el espejo cuando se la metes por el culo, y cuando se traga tu polla... Uf, es muy guarra... Te la dejo toda la noche... ¿Qué me dices?

El rollo de vendedor que me estaba soltando me cabreó.

—¿Cuánto? —dije en tono aburrido.

—Doscientos pavos toda la noche.

Su mente estaba a punto de entrar en barrena.

—Olvídalo.

Pero el chaval estaba desesperado, paciencia era justamente lo que no le sobraba.

—Joder. Vale, tío... Te la dejo por cien... Necesito la pasta... ¡JODER! ¿No me ves la cara, tío? ¿No ves que estoy necesitado?

—Veinticinco —dije para quitármelo de encima.

—Vale, sí... Lo que tú digas... ¡JODER! Pero dime, ¿cómo sé que de verdad tienes la pasta si estas... si, si estás como una puta cuba, tío?

Nos encontrábamos en el cruce de Sunset Boulevard y la Avenida La Brea, a casi un kilómetro de donde lo había recogido. Ya no me apetecía conducir más, necesitaba aparcar en alguna parte y dormir un poco.

Asentí al tiempo que sacaba el puñado de billetes de cinco y diez dólares del bolsillo de mi pantalón, parte del dinero que había sacado de mis últimos cuatro cheques del paro:

—Soy rico, ¿no lo ves?

—Vayamos a mi casa... está a cinco minutos de aquí... y te la tiras toda la noche... Está en Santa Mónica, pasando Western... no es muy lejos... Mi amiga te sacará lustre a esa polla, tío... pero antes apoquina los veinticinco.

Golpeé la Ford con el bordillo al detenerme.

—Tráemela aquí —le dije—. Te esperaré, te esperaré veinte minutos.

—No va a querer salir de casa... Tienes que venir conmigo, tronco... la tía no se fía de nadie.

Saqué un billete de diez y se lo entregué, después alargué el brazo hacia atrás y de las cajas cogí tres bolsas de galletas Malomar y un par de paquetes de otras con raspaduras de coco y chocolate.

—Tú dale esto y el dinero —le expliqué—, ya verás como viene. Y dile que Bruno le desea una Feliz Navidad.

—Bruno, tío... esa zorra quiere pasta, no galletas.

—Tráela hasta aquí. Si lo haces te doy cincuenta más.

—Estás mal del tarro, Bruno... Estas loco, tienes pinta de colgao... Has estao dándole a ese vino venenoso durante demasiado tiempo y se te ha ido la olla... Así que no me hagas ir a buscarte el chocho si luego te vas a dar el piro... ¿vale?

Le di otro billete de cinco.

—Te esperaré aquí. ¿Cómo se llama?

—Amy.

—Bien, ¿y tú?

—Me llamo McBeth... como la obra de teatro.

—Ya.

Debía de haber pasado bastante tiempo cuando Rocco me despertó: le ladraba a alguien que me miraba por la ventanilla de mi lado. Era una chica joven, de unos quince o dieciséis años. No era guapa y estaba algo esmirriada, pero me sonrió. Le devolví la sonrisa.

Mientras se me iba aclarando el pensamiento, vi a McBeth mirando por la ventanilla del acompañante haciéndome señas para que le dejara entrar. Quité el seguro, pero no se atrevió a abrir porque Rocco empezó a gruñirle. Para evitar incidentes, cogí al perro por el collar.

—Lo siento, Bruno, tío, me ha costao encontrar a esta zorra... Dos putas horas.

Por la expresión de mi rostro McBeth comprendió de inmediato que su amiga no me había impresionado.

—No te voy a mentir, tío... Sé que es un fideo y que hasta los caballos dicen que tiene la cara larga... Pero te va a echar unos polvos que acabarás pidiendo por favor que te devuelva la polla... Y además es lista... Oye, ¿qué cojones le pasa a tu perro, tío?... Antes estuvo cariñoso...

—Antes estaba dormido.

Lo alce y lo deje detrás de mi asiento, en el hueco para las piernas. Al verse allí, Rocco no pudo evitar la tentación y se hizo un ovillo. McBeth y Amy subieron al coche.

Amy abrió la boca para hablar, pero solo salió un tartamudeo muy acentuado.

—¿Este pe-pe-perro es pe-pe-peligroso? —preguntó.

—¿Lo es tu amigo McBeth? —pregunté.

Ma-ma-McBeth es un pa-pa-panoli y un ne-negociante de mi-mi-mierda, pero no es pe-pe-peligroso.

—Entonces tendrás que arriesgarte —le dije.

La chica volvió a sonreír.

—Me en-ca-ca-cantan las galletas ma-ma-Malomar.

McBeth sugirió que saliéramos rumbo hacia el oeste por Sunset Boulevard en dirección a Laurel Canyon, y que de allí siguiéramos en dirección norte adentrándonos en las colinas. Le eché un nuevo vistazo a Amy y calculé que no

pesaría más de cincuenta kilos; tenía el cuerpo de una criatura. Su disfraz —unas botas negras de tacón que le llegaban hasta los muslos y un top abierto por detrás— le hacía parecer, más que una buscona hollywoodiense, una preadolescente jugando a ser mayor. Y las tetas que escondía aquel top elástico no eran más que protuberancias del tamaño de mis nudillos. Tras haber avanzado una milla por el interior del cañón, McBeth me indicó que detuviera el coche detrás del aparcamiento del supermercado Country Store. Así estaríamos en la penumbra, lejos del tráfico. Hice lo que me señaló y aparqué la ranchera.

—Dale un poco de vino a la churri —sugirió McBeth—. Le encanta ponerse estúpida con ese veneno.

Le pegué un buen trago al frasco y se lo pasé a Amy. McBeth tenía razón. Amy no apartó los morros de la botella durante medio minuto largo; sus tragos eran generosos, salvajes.

—¡Coño! —exclamé sorprendido—, ¡sí que eres una bebedora profesional!

—Pu-pu-puedo be-be-beber como el que ma-ma-más —repuso. Después abrió un bolso que estaba a reventar de galletas Malomar. Abrió un paquete al azar, cogió una galleta y le dio un gran mordisco.

Desde lo más profundo de mis entrañas se me escapó una risa. Aquella situación se me antojaba hilarante: la chica, McBeth, el viejo bull terrier de mi padre y yo en medio de un aparcamiento desierto en las colinas de Hollywood, comiendo galletas y bebiendo Perro Loco. Era como estar presenciando un delirio desde fuera de mi propia cabeza. Le acerqué la botella a McBeth y le pregunté si le apetecía echar un trago.

La rechazó.

—Lo que quiero es mi pasta, tío. Habíamos quedao en cincuenta pavos. Estamos hablando de negocios, ¿recuerdas? Dime, ¿vas a tirarte a esta zorra o qué?

—No lo sé —contesté, todavía riéndome. Me era indiferente el hecho de que pudiera o no acabar follando, pues había caído presa de la insensibilidad feroz que me producía el Perro Loco. Sin embargo, para animar a McBeth, comencé a sacar puñados de billetes doblados del bolsillo y a desplegarlos sobre el asiento para separarlos. Amy tomó aquello como si fuese su pie para entrar en escena y, de un salto, con una galleta en cada mano, pasó por encima de Rocco y se acomodó en el maletero de la ranchera. Medio minuto después ya se había quitado la ropa sin haber tenido que soltar ninguna de las dos galletas. Era escuálida, paliducha y carecía de vergüenza, como los críos de diez años.

Se me estaba haciendo difícil separar los billetes y al mismo tiempo prestar atención a Amy haciendo de las suyas. Para mí, todo lo que hacía era gracioso. Entonces se asomó desde el maletero y comenzó a darle a Rocco palmaditas y trozos de galleta; sus nalgas puntiagudas sobresalían por encima del respaldo del asiento trasero. Aquello también me hizo gracia.

McBeth se movió como un relámpago. Con una mano apoyada en el asa de la

puerta, cogió de un puñado cuantos billetes pudo, salto del coche y salió corriendo. Cuando quise darme cuenta ya se había ido, y lo único que llegué a oír fueron sus pisadas. Y aquello también me pareció gracioso.

Se me ocurrió gritarle:

—¡Eh, McBeth, negrata chorizo, cabrón! ¡Llévatela también a ella, no me la endilgues a mí!

Afuera en la oscuridad, escuché unos pasos que volvían hacia la parte trasera del coche, cerca del portón del maletero.

—Vale, colega —le oí gritar—. Tienes razón, lo justo es lo justo.

Entonces el portón del maletero se abrió de golpe y McBeth se metió en el maletero junto a Amy.

Forcejearon entre ellos, y pese a que ella intentó detenerlo, él era más fuerte y mucho más veloz en sus movimientos, por lo que acabó llevándose toda la ropa y el bolso de su protegida. El negro salió de un brinco de la ranchera y volvió a cerrar el portón con un fuerte golpe.

—Ahora la nena es toda tuya... blanquito, loco hijo de puta —me gritó—. A ver si eres tan listo como para salir de esta, Bruno... Estoy hasta el culo de vosotros y me largo... ¡Que os jodan a los dos!

Cuando conseguí salir a gatas a la noche cálida, McBeth se había largado hacía mucho tiempo con las pertenencias de la chica y mi dinero. Pero no me importó. De hecho, ya nada me importaba: el vino había cumplido con su cometido.

Bajo el haz cenital que proyectaba la luz interior del coche, pude ver el desconcierto en la cara de la chica, sus brazos y piernas delgadas le cruzaban el torso pálido. Era como otro balsero más, desnudo y a su suerte. Me quité el chaquetón militar verde oliva que llevaba puesto y se lo di. A continuación consideré necesarios un par de pimples de vino; no porque quisiera evaluar la situación, sino porque no había nada mejor que hacer.

Pasaron las horas. Ella seguía en el maletero y yo frente al volante. Encendí un cigarrillo, y después otro. Podía ver cómo sus ojos me observaban por el retrovisor, pero no noté en ellos ninguna expresión.

Finalmente, algo cohibido, le sonreí. Tardó un par de segundos, pero al final también me sonrió. Estiré el brazo hacia el asiento trasero y le pasé la botella de Perro Loco y un paquete nuevo de Malomars. Entonces me dije, ¿y por qué no?

Cuando desperté estaba empapado en sudor. El dolor que me atenazaba los ojos era distinto en cada uno de ellos: uno era como una puñalada, el otro dolía como un pinchazo. Me sentía atacado por dos grapadoras de distinto tamaño a intervalos de medio segundo. De repente sentí que me pisaban la cabeza, respiraban sobre mi nuca y me husmeaban... Entonces me acordé de Rocco.

Hasta entonces había estado durmiendo sobre algo duro y pedregoso, por así decirlo. Entrecerré los ojos y una resolana intensa acompañada de un calor sofocante me dieron de lleno. En aquel momento caí en la cuenta de dónde estaba: en el

maletero de la Ford Esquire de mi hermano Fabrizio.

No tenía la menor idea de dónde había aparcado, pero al menos estaba seguro de que no era la cárcel. Esparcidos a mi alrededor y por todo el suelo del coche pude ver montañas de comestibles. Había comida por todas partes: paquetes de fiambres y pilas de copos de maíz derramados, rebanadas de pan, cajas de galletas rasgadas flotando en un mar de jabón en polvo. De almohada había usado una bolsa abierta de Frito Chips, cuyos trozos aún me colgaban del pelo. Despegué algo pringoso de mi pecho cubierto de sudor. Era media galleta Malomar con el relleno de chocolate y merengue pegado a mi piel.

A mi lado dormía un chavalín huesudo y sin rabo. Empecé a reconstruir una sucesión de destellos descoloridos, fragmentos de recuerdos de la noche anterior. ¿Era Angie? ¿Edith? Ah, sí... ¡Amy!

El contratiempo más apremiante eran el calor brutal y el resplandor del sol. No sin esfuerzo, levanté la cabeza y miré hacia atrás por el cristal deslumbrante del portón de la ranchera. Tuve la impresión de que nos encontrábamos en un sitio que simulaba la estructura de un aparcamiento. Por el ángulo en el que caían los rayos, la parte posterior del vehículo ardía bajo aquel sol feroz. La parte delantera parecía a salvo; allí se estaba mucho más fresco.

La Ford de mi hermano estaba equipada con elevalunas eléctricos, pero el simple esfuerzo para desplazarme hacia el interruptor, situado justo a la derecha del volante, era impensable. Quizás me hubiera sido posible arrastrarme hasta la sombra del asiento trasero, pero aún me sentía incapaz de intentar nada. Mi cuerpo no respondía. Resolví entonces matar la botella de Perro Loco y humedecer así mi garganta rasposa. Fue todo un acierto.

Gradualmente, advertí el estrépito de las puertas de los coches al cerrarse, los pasos, las voces... La rodilla huesuda de Amy descansando en mi entrepierna. Su cuerpo desnudo también sudaba, relucía en medio del calor.

Cuando alejé su rodilla de mis pelotas, ella abrió los ojos y sonrió. Yo procuraba darle forma a una idea para luego expresarla verbalmente, cuando un tipo, un guardia jurado o un vigilante o lo que coño fuera, con su uniforme, su camisa blanca y los parches correspondientes, comenzó a dar puñetazos al capó de la ranchera.

—¡Eh, eh! —ladró el tipo, que llevaba galones como los polis de la autovía de peaje Garden State, en Nueva Jersey—. ¡Tiene que retirar inmediatamente este vehículo de aquí! ¡Impedir el acceso a una entrada es una infracción!

Rocco se abalanzó sobre el vidrio y gruñó hasta hacer que el payaso aquel se alejara un poco. Con la mano que tenía libre me cubrí los genitales. Trepé por encima de los asientos hasta el sitio del conductor y con saludos y gestos le aseguré que sí, que haríamos lo que nos decía. Así se marcharía de una vez.

Entonces intenté mirar otra vez por el cristal del portón, entrecerrando los ojos para atravesar el implacable resplandor del sol y comprender qué era lo que había enfurecido tanto a aquel tipo. Descubrí que la ranchera estaba aparcada a pocos

metros de una puerta. El letrero decía HOSPITAL CEDARS. MORTUORIO. ENTRADA DE ACCESO.

A la Ford aún le quedaba un cuarto de depósito cuando decidimos dejar atrás Hollywood y dirigimos al Oeste por Sunset. Si quería comprar algo que me calmara el dolor de cabeza, íbamos en el sentido equivocado. Sucedió que aún no lograba pensar con claridad.

Mientras conducía lentamente, maté la última petaca de Ten High sin que me provocara efecto alguno. Amy estaba acurrucada contra la puerta del acompañante, totalmente desnuda debajo de mi chaquetón militar, que llevaba con la cremallera bajada, abierto de par en par. Se zampaba a puñados las galletas con raspaduras de chocolate, y de vez en cuando compartía alguna con Rocco. Creí entender que evitaba conversar a causa de su tartamudez, lo cual me pareció comprensible.

Encontró un cepillo en la guantera y empezó a desenmarañarse el pelo mientras se miraba en el espejo del parasol. Tarareaba alegremente, feliz por el nuevo día que comenzaba. De pronto recuperó la voz:

—¿E-e-eres rico, Bruno, ca-ca-cariño?

Yo no tenía ganas de hablar.

—Nada de cariño, solo llámame Bruno.

—Me-me enca-ca-cantaría que me-me invitaras a una tata-taza de ca-ca-café y que me pa-pa-pagaras por lo de a-ano-che. ¿Crees que hay alguna po-po-posibilidad de que eso va-va-vaya a su-suceder?

—Es probable —dije avergonzado por el esfuerzo que tenía que hacer para meter mi mano temblorosa en el bolsillo—. Ahora te lo digo...

Pero entonces recordé a McBeth barriendo con todos mis billetes y largándose a toda velocidad.

Probé en el otro bolsillo de mi pantalón, el izquierdo, donde habitualmente tengo los billetes más grandes. (Solía guardarlos allí porque en los bares, algunas veces, conseguía olvidarme de que también llevaba dinero en el bolsillo izquierdo; otras conseguía hacer creer a mi mente que lo tenía vacío y consecuentemente ese poco no me lo gastaba.) Tanteé un bulto y supe que el fajo grueso todavía estaba en mi poder, aunque me sorprendió que ella no me hubiera desplumado mientras dormía la mona.

—Parece que estamos de suerte —dije palmeándome el bolsillo—. Es día de pago.

Ella pescó mi indirecta al instante.

—¿Pe-pe-pensabas que te-te ha-ha-había robado tu-tu di-di-dinero?

—Se me ocurrió...

—So-so-so-sopla pollas para ga-ga-ganarme la vida, pe-pero no soy una cho-choriza. Son dos cosas mu-mu-muy dis-ti-ti-tintas —después de lo cual se deslizó el dedo entre los muslos y me lo puso húmedo y oloroso debajo de la nariz—. Ahora pa-pa-págame. Me-me-me lo he ga-ga-ganado.

—De acuerdo, ¿pero cuánto era? —pregunté reaccionando con náusea al olor.

—Ve-ve-veinti-ti-ticinco. Suelo co-co-co-cobrar cincú-cu-cuenta, pero como Lady Ma-Ma-McBeth se pi-pi-piró con tu dinero so-so-solamente me de-de-bes ve-ve-veinti-ti-ticinco.

Le entregué el fajo, incapaz de sacar los billetes de uno en uno a causa de mis temblores.

—Coge cincuenta —mi cabeza se estremeció como si me hubieran atizado un martillazo.

Amy sacó el billete y me devolvió el fajo.

—Gracias —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Gracias por la bo-bo-bo-bo-bo-bonifi-fi-fi... por la propina.

—No hay de qué.

—¿Te a-a-apeetece una ma-ma-madita mientras co-co-con-duces? Te-te a-a-aseguro que te vas a co-co-correr. Después te se-se-sentirás me-me-mejor, ya verás.

Miré su cuerpecillo desnudo y sin encanto. No tenía tetas, solamente un par de pezoncitos rosados que le abultaban las costillas; ni caderas, su culo recordaba al de un beisbolista de ocho años que lleva pantalones dos tallas más grandes. Como fulana su única baza era su sentido del humor. Así que rechacé la oferta con un gesto.

—Lo que necesito —le expliqué—, es una aspirina. Y algo que me asiente el estomago. Y vino, un montón de vino.

—Estas e-e-enfermo, Bruno, ca-ca-cariño. ¿Po-po-por qué no te vas a tu ca-ca-casa y de-de-descansas un po-po-poco?

—El vino y lo demás me pondrán bien.

—Te enca-ca-canta ese vi-vino, ¿ve-ve-verdad?

La cabeza me estallaba en gritos que era necesario acallar. Mi cerebro bombeaba a chorros una toxina, un destilado de odio en estado puro que irrumpía en mi mente como el agua salada que se mete en el casco partido de un buque que se va a pique. La única manera de insensibilizar mi mente era beber más vino. No me daría pelotazo alguno, ni siquiera placer, únicamente olvido y la necesidad de beber más. A veces mis escapadas con el Perro Loco duraban dos o tres días, a veces semanas. Porque cuando follas con la gorila, no eres tú el que decide cuándo se acaba.

Ahora que el Perro Loco había soltado la presa que era mi mente, se dispondría a morder y arrancarle las tripas a mi conciencia, hasta que me fuera imposible pensar. Libre de los efectos del vino, mi cabeza solamente recordaba maldades: un chuloputas yonqui me había robado mi dinero, y yo me había dejado follar por una criatura absurda y minusválida. La cobardía de haber abandonado a mi familia en el hospital la noche anterior y no haber querido afrontar la muerte de mi padre eran actos de un egoísmo rayano en la inconsciencia. Y además le había robado el coche a mi hermano. Yo era un degenerado dotado de una capacidad infinita para la perversión. Era capaz de todo, excepto de dejar de beber. Me sentí incapaz de cambiar.

El bullir de mi mente se había tornado atronador. De no haber estado Amy a mi lado, de haber estado completamente solo, habría lanzado la ranchera a las ruedas del autobús que se precipitaba en dirección contraria. Habría hecho lo que fuera por acallar aquel ruido ensordecedor.

Amy observó que me encantaba el vino; le respondí que el Perro Loco allanaba cualquier camino.

—Si e-e-encuentras un Se-se-seven E-e-eleven, te vo-voy a co-co-comprar un me-me-medicamento. Pe-pero antes de-de-detén el co-coche un momento para que tu pe-pe-perro pueda ir a ca-ca-cagar. Está a pu-pu-punto de e-explotar, el po-po-pobre.

Eché un vistazo a Rocco. Amy tenía razón.

Después de recorrer un buen trecho de Sunset en dirección Oeste, Hollywood desaparece abruptamente para darse de bruces contra Beverly Hills. Las aceras de cemento y las torres de oficinas acristaladas se convierten de pronto en casas señoriales con jardines de ensueño.

Allí setos y matorrales aparecen en forma de inmensos pájaros amenazantes o de gansos con cuellos sinuosos de dos metros. Por todas partes, jardineros con pinta de extranjeros bajan las cortadoras de césped de sus camionetas de treinta mil dólares con tracción en las cuatro ruedas. Esos son los únicos seres humanos que pululan por la zona, a excepción —claro está— de los pocos adeptos al *footing*, que con sus auriculares y su paso cansado recorren las verdes aceras de Beverly Hills, lentos como el lento discurrir de un atasco de autovía.

Torcí a la izquierda para salir de Sunset. Me detuve en una calle lateral frente a una mansión de tamaño mediano precedida de un gran jardín. La franja de césped entre la calle y la acera media al menos unos seis metros, por lo que no corríamos el riesgo de que el perro de mi padre depositase su carga en propiedad privada. Amy se mostró dispuesta a pasear a Rocco, así que yo me quedé en el coche fumando y ultimando la única botella de vino que me quedaba, procurando que no me entrara el pánico.

Desprovisto de correa, Rocco plantaba su pino en las inmediaciones del coche, en medio de aquel prado de césped verde y tupido, cuando una pareja de corredores de mediana edad pasó por su lado dando saltitos, seguidos de un elegante retriever pelirrojo asido a su correa. Los vi acercarse con sus chándales a juego y sus auriculares, sin recordar que el viejo chucho de Jonathan Dante todavía tenía un instinto asesino. La migraña y la estupidez en la que navegaba a causa del vino habían hecho mella en mi raciocinio. Aunque Rocco se me figurara cansado y vencido, aunque le faltaran la mitad de los dientes y arrastrara una de las patas traseras al caminar, aunque no pareciera suponer una amenaza para nadie, Rocco seguía siendo un bull terrier.

A pesar de todos sus impedimentos, en cuanto vio pasar a los corredores Rocco arremetió y aprisionó entre sus mandíbulas a la mascota de los corredores. Del susto,

Amy no pudo ni moverse, se quedó allí plantada, con el chaquetón militar abierto que apenas cubría su cuerpecillo desnudo. Estaba paralizada.

La corredora se espantó y soltó la correa que sujetaba su can, y las dos bestias se alejaron riñendo hasta el medio de la calle, obligando a frenar a los vehículos que pasaban. Las mandíbulas de Rocco se habían afianzado en un mordisco mortífero en torno al cuello de su oponente.

Yo sabía que Rocco acabaría muy pronto con el pobre retriever, y solo se me ocurrió una maniobra que conseguiría separarlos. Cierta vez, hace ya muchos años, en Nueva York, precisamente en Central Park, yo había separado a un bulldog de nombre Winston de un spaniel levantando a aquel por las patas traseras. Lo hice para impresionar a su dueña, una poetisa con la que aquella noche iba a citarme por primera vez. Alcé a Winston cogiéndolo por sus patas traseras, separándolas, lo que le dio al dueño del otro perro la oportunidad de poner su mascota a salvo. Aquella noche, con la ayuda de una botella de tequila, mi salchicha terminó chupada por la dueña de Winston.

Ahora tenía que intentar la maniobra de nuevo. Tan pronto como pude, salí de la ranchera y me abrí paso hasta el lugar de la refriega. En apenas unos segundos, la sangre del retriever se había convertido en una pasta pringosa de un rojo sucio sobre el pelaje blanco de Rocco. Mientras el corredor volvía a tirar de la correa de su animal para alejarlo, atiné a levantar a Rocco por las patas traseras alzándolo cuanto pude del suelo con la esperanza de que soltara al retriever. Pero no funcionó. El cabrón de Rocco no quiso destrabar las mandíbulas que atenazaban el cuello de su enemigo. Entonces, mientras aún lo sujetaba por encima de mi cabeza, intenté retorcerlo como un esparadrapo mojado. Le dolió, hizo una mueca de dolor y aulló, pero aun así no quiso soltar a su presa. La sangre ya me cubría la cara y la ropa. A nuestro alrededor se había formado un corro de curiosos, aterrorizados por el espectáculo que estaba dando aquel perro blanco con cara de tiburón empeñado en acabar con la vida de un indefenso retriever. Amy hizo lo posible por cerrarse el chaquetón y ocultarse entre el gentío.

Todo el mundo había tomado partido por el can herido, incluso yo. El cráneo me iba a estallar, estuve a punto de vomitar y desmayarme. Porque aunque ya me había acostumbrado a la compañía de Rocco, en aquel momento también lo odié.

Al final, presa del pánico, hice lo único que se me ocurrió: le mordí la oreja. Se la mordí hasta sentir el sabor de la sangre. Eso lo sacudió. Rocco lanzó un gáñido fuerte y por fin soltó a su presa. El corredor aprovechó entonces para llevarse a su mascota lejos del peligro.

Me senté en el bordillo, asqueado y exhausto, sujetando a Rocco por el pecho con ambos brazos. El retriever, a salvo ya pero amedrentado todavía, se había escapado calle abajo en una clara demostración de lo que significa «el instinto de supervivencia». Sus dueños corrieron y corrieron detrás de él y, a la distancia, los vi doblar una esquina corriendo y perderse.

Había llegado el momento de llevarse a Rocco de allí, pero me encontraba en un estado de angustia que no me permitía levantarme. Temí que los dueños del retriever regresasen de un momento a otro a discutir los detalles legales y las facturas del veterinario, ya que en Beverly Hills una querrela potencial rara vez queda sin investigar. Además, estaba seguro de que alguien ya habría dado aviso a la policía.

Los espectadores allí reunidos —los jardineros, una niñera, un grupo al parecer de residentes, y los conductores que habían visto detenido su tránsito— empezaban a marcharse. Miré en derredor en busca de Amy y la divisé manzana abajo subiendo al asiento trasero del coche de mi hermano. La pelea había bloqueado el tránsito, y un Mercedes descapotable había aprovechado para taponar la salida a la ranchera.

Al cabo de unos minutos, me encontré lo suficientemente bien como para cargar a Rocco hasta el coche. Me puse en pie y lo arrastré a lo largo de la calle utilizando mi cinturón a modo de correa. Durante todo el tramo Rocco opuso una resistencia tenaz, tal vez con la esperanza de poder hincarle el diente otra vez al maltrecho retriever.

En cuanto nos aproximamos a nuestro vehículo, un hombre ataviado con un traje de tres piezas y un sombrero vaquero salió del Mercedes y se interpuso entre la ranchera y yo.

—Confío en que no estará usted pensando en marcharse —dijo—. Aquí hay asuntos inconclusos que deben ser atendidos.

Deduje por su acento que era del Medio Oeste, probablemente de Chicago. De vaquero no tenía nada, pero calzaba botas tejanas y me llevaba una cabeza, además de superarme en unos veinticinco kilos.

—Mi perro está herido —mentí—, y necesita que lo lleve al veterinario.

Desde mi posición logré ver que el vaquero había colocado su coche en un ángulo tal que su parachoques trasero se situaba justamente delante del parachoques delantero del mío, cerrándonos el paso intencionadamente. Detrás de la ranchera, una furgoneta de una compañía de televisión por cable hacía lo propio; es decir, estábamos encajados y bien encajados si aquel tipo no apartaba el Mercedes.

—Ese monstruo suyo de ojos rosados ha dejado al otro perro hecho pedazos. Sus heridas parecían graves, así que nos vamos a quedar aquí hasta que regresen los dueños del retriever y decidan qué es lo que quieren hacer.

Era demasiado grande para atacarlo frontalmente, así que lo rodeé con Rocco en ristre. Le hice una seña a Amy para que abriese la puerta y a continuación luché con el perro hasta acomodarlo junto a ella en el asiento trasero.

Cuando llegue a la puerta del conductor, es decir, a una distancia prudencial del vaquero, le grité:

¡Yo me largo! ¡Y se lo advierto: quite el puto coche de ahí y no se le ocurra meterse conmigo!

Esbozando una mueca de desprecio, se acercó al descapotable, metió la mano por encima de la puerta del pasajero y sacó un teléfono móvil conectado a un cable largo. Entonces sonrió con aire de suficiencia y empezó a marcar.

Calculé que no teníamos mucho tiempo que perder. Arranque la ranchera, puse la primera y pisé el acelerador a fondo. La potencia de nuestro motor de siete litros y medio reventó sin esfuerzo el neumático trasero derecho del descapotable contra el bordillo, estallándolo como un globo muy hinchado. Aterrado y sacudiendo los brazos enloquecidamente para que yo parara, el tipo vio el maletero de su Mercedes aterrizar sobre el césped un metro más allá.

Aún nos encontrábamos emparedados entre los dos vehículos pero ya tenía algo más de margen de maniobra, así que metí la reversa y salí quemando rueda marcha atrás. Al volver a poner el coche en primera y estamparlo nuevamente contra la parte trasera del descapotable, mi cerebro recobró la paz y la dicha. Esta vez el maletero no aguantó el impacto y el Mercedes del vaquero se desplazó otro medio metro en dirección a la acera. Con muy buen tino, el vaquero optó por no interponerse en el camino de los derrapes y bandazos que hice dar a la ranchera de mi hermano.

Con la tercera embestida explotó el segundo de los neumáticos del descapotable. A aquellas alturas Amy ya había empezado a chillar y a pedirme que la dejara salir del coche, por lo que comprobé si ya me había hecho un hueco lo suficientemente grande para salir. En efecto, ya podíamos continuar nuestro camino.

Estaba seguro de que había destrozado la ranchera, pero en el interior todo parecía funcionar normalmente y el motor rugía como siempre. Cuando por fin salimos a Sunset y hubimos recorrido unas dos manzanas en dirección a Hollywood, me volví a mirar a la chica y al perro.

—Perdona —dije—. Me parece que me he levantado con mal pie.

Capítulo 11

Continuamos hacia el Este alejándonos de Beverly Hills hasta llegar a la Avenida Western, donde torcimos al sur. Aún no había llegado la hora punta matinal y el viento cálido arrastraba por las calles vacías hojas de palmera, polvo y basura. Amy parecía enfadada y se había acurrucado contra la puerta trasera. Tenía las rodillas contra el pecho y los pies ocultos bajo mi chaquetón. Lo único que asomaba era su cabeza. El perro yacía exhausto, y con cada respiración soltaba un quejido y algún que otro pedo silencioso. Galletas y vino convertidas en gases: pedos letales.

Hasta llegar al Bulevar Santa Mónica dejé las ventanillas bajadas. Pasamos por el local de lucha libre femenina en el barro, por los sexshops... Amy no me había dirigido la palabra en todo el trayecto. Decidí romper el silencio.

—¿Se puede saber a dónde te estoy llevando? ¿Dónde quieres que te deje?

No hubo respuesta.

—Amy —le rogué—, la cabeza se me parte del dolor. Háblame o bájate del puto coche.

—Pa-pa-para en la esqui-qui-quina siguiente, ca-ca-cari-ño. Ahí do-donde está esa ti-ti-tienda —dijo finalmente—. Ahí me ba-ba-bajo.

Era un mini-mercado y licorería. Di un volantazo y aparqué en una plaza alejada de la puerta principal, luego apagué el motor.

Me lanzó una mirada furiosa.

—Lo que aca-ca-cabas de hacer ha sido una lo-locura. Ca-ca-casi me me-me-me-me encima del mi-mi-miedo.

—Ya te he pedido disculpas. No aguanto a la gente que se cree superior —pero rápidamente se me ocurrió otra excusa—: Además, odio a los tipos que usan sombrero de vaquero.

Amy se bajó, rodeó la ranchera y se acercó a mi puerta. Sonreía, pero era una sonrisa de despedida.

—¿Qui-quieres que te-te-te traiga algo para el e-e-estóma-go a-antes de irme?

No rechacé su oferta porque quería quedarme en el coche todo el tiempo posible. Con gran dificultad bajé mi mano temblorosa hasta el bolsillo izquierdo de mi pantalón y saqué como pude el fajo de billetes por la ventanilla.

Ella me arrebató el dinero, parecía impaciente.

—De-de-déjame a mí —susurró—. Estás he-he-hecho un a-a-asco, jo-jo-joder.

Con suma rapidez alisó los billetes, los contó, y después me informó del total: sumaban doscientos setenta dólares en billetes de veinte y de diez. Era todo el capital que me quedaba del paro de Nueva York; eso sin contar la tarjeta de crédito. Amy me entregó el fajo.

—¿Qué qui-quieres que te-te-te traiga?

—Más vino —contesté dándole un billete de veinte—, dos botellas de Mogen David 20/20 y aspirinas. Ah... y Kaopectate para el estómago.

Te-te-te crees que e-eres la o-o-ostia, ¿no es cierto? A veces te compo-po-po-po-portas como si fu-fu-fueras el pu-putopre-pre-presidente.

—¿Lo dices en serio?

¿Qué te-te-te has creído?, ¿que ti-ti-tienes la po-po-polla más la-la-larga que la de To-To-Tom Se-Sellnock?

—¿Quién coño es Tom Sellnock?

Volvió a sonreír.

No te pre-pre-preocupes, Bruno. De-de-desde el primer mo-mo-momento en que te-te vi, su-su-supe que eras de los que si-siempre se pa-pa-pasan tres pu-pu-pueblos; y que estabas más lo-loco que una pu-pu-puta cabra. Ti-tienes ojos de pi-pi-pirado.

Los suyos eran grandes y castaños. Suavizaban la dureza de sus rasgos.

—¿Qui-qui-quieres que pa-pase el día co-co-contigo? Ya-ya sabes, ma-ma-matar el tiempo ju-juntos... Mira, voy a co-co-comprar el vi-vino y nos va-va-vamos para tu ca-ca-casa, ¿vale?

—No tengo casa. Acabo de llegar hace dos días.

—¿De-de-desde do-dónde?

—De la gran manzana, de Nueva York.

—E-e-estuve allí hace a-a-algún ti-tiempo. Me-me-me gustó.

—Mi padre murió anoche en el Cedars. Yo nací aquí.

—Co-co-geremos un cu-cuarto en a-algún mo-mo-motel. Ti-ti-tienes di-dinero, ¿no-no-no?

—¿Cuánto me costarás tú?

—Hoy reco-co-cojo mis co-co-cosas y me largo del a-a-apartamento del hijo de pu-pu-pu-puta de Ma-Ma-McBeth. Vi-vive a dos ca-ca-calles de aquí. Se a-a-acabo. Te-te lo prometo.

Una de las botellas nos la regalaron porque Amy *conocía* al encargado del mini-mercado. Proseguimos el viaje por la Avenida Western hasta la calle Romaine y allí torcimos hacia el Este. Cien metros más adelante nos detuvimos en una vivienda de la época anterior a Hollywood. Era una casa de madera de los años veinte, del tipo «Craftsman» que se alzaba a una distancia considerable de la acera y cuyas dos columnas de piedra sustentaban el techo del porche. Los escalones, ahora hechos pedazos, habían sido levantados con cemento macizo.

—Qui-qui-quítate la ca-ca-camisa y da-dámela —me ordenó.

Lo hice. Entonces ella dejó que el chaquetón se le deslizara hombros abajo y seguidamente se cubrió el cuerpecito con la camisa, que aún estaba abotonada. Cuando se puso en pie, casi le llegaba a las rodillas. Descalza y de puntillas subió por el camino que llevaba al porche. Sacó una llave de debajo de un tiesto y franqueó la entrada.

El calor de la mañana me produjo escalofríos y me aticé un pelotazo de Perro Loco. Descendió por mi garganta y un segundo después me sentí estremecer. Sabía

que muy pronto los latidos que retumbaban en mi cráneo se disiparían, y con ellos también mis pensamientos.

Mientras Amy rebuscaba en la casa traté de fumar un cigarrillo pero solo conseguí provocarme un par de arcadas, así que me tragué una aspirina y le pegué otro trago a la botella mientras escuchaba las noticias. Rocco seguía inmóvil en el suelo del coche, profundamente dormido, soltando ligeros quejidos en sus sueños. El locutor de la radio comentaba que había habido tiroteos en una ciudad costera cercana, y que en un centro comercial, para zanjar una disputa sobre un bono de descuento navideño, se había usado un arma automática. Todo aquello me hizo desear que Amy no hiciera ruidos en la casa, o al menos que estos no fueran a despertar a McBeth, que quizás estuviese roncando en una cama junto a un camello de crack llamado Bubba, al que no le agradan los blanquitos como yo.

Cuando oí el suave golpe contra el marco de la puerta mosquitera, volví a despegar la mirada del suelo: era Amy, que ahora bajaba los escalones de puntillas. Llevaba dos bolsas de supermercado llenas de ropa. Al llegar al coche las dejó sobre el capó y después asomó la cabeza por la ventanilla.

—Te-tengo que ha-ha-hacer una co-cosilla más —susurró mientras hacía sonar un juego de llaves y señalaba en dirección a un Toyota descapotable aparcado en la entrada para coches—: E-ese es el co-co-coche que usa Ma-Ma-McBeth, no e-e-es su-su-suyo. Hizo que uno de mi-mi-mis clientes lo a-alquilara y a-ahora el ca-ca-cabrón no lo qui-qui-quiere de-de-devolver.

La observé corretear hasta el impresionante coche rojo. Le apuntó con el mando y se oyó un escueto gorjeo electrónico que indicaba que la alarma había quedado desactivada. Una vez dentro del vehículo, se subió los faldones de la camisa por encima de las caderas desnudas, se acuclilló encima del asiento del conductor y meó sobre el tapizado de piel de oveja.

Cuando hubo acabado, bajó, cerró la puerta y con un nuevo gorjeo volvió a activar la alarma. Dando brincos de satisfacción, Amy corrió hasta el porche y dejó caer las llaves por la ranura del buzón. Luego regresó a la ranchera, se sentó en el asiento del acompañante y cogió la botella de Perro Loco que yo protegía entre mis piernas. Le pego un trago colosal y soltó:

—¡A me-me-menear el es-que-que-queleto!

El motel Starburst estaba situado en la Avenida La Brea, no lejos del Sunset Boulevard. La marquesina que sombreaba la entrada delantera anunciaba CANAL DE CABLE HBO y cocina americana; otro cartel escrito a mano y pegado con cinta adhesiva a la ventana del encargado rezaba HABITACIÓN ESPECIAL \$29,95 AL DÍA. Amy prefería una habitación en la que pudiera cocinar, así que me detuve frente a la entrada y pasé a la oficina. Se me habían ido los temblores, por lo que estimé que no me ocurriría nada aunque estuviera solo.

Al final resultó que si queríamos una de las habitaciones con cocina americana y

HBO nos costaría treinta y nueve dólares diarios; los diez dólares extra correspondían a la cocina. Tenían dos habitaciones de esas características y aceptaban mascotas. Una tenía ventana y la otra era interior. Las dos contaban con aire acondicionado y estaban disponibles. Eché un vistazo a ambas y le conté a Amy lo que había visto. Tener un sitio agradable donde quedarse significaba mucho para ella, por lo que si nos quedábamos con la más bonita de las dos, la de la ventana, me garantizaba que dejaría que le metiera el puño hasta el codo por donde quisiera. Lo que me decidí fue que estaríamos cerca de la máquina de cubitos; digamos que me pareció una ventaja importante.

El tipo nos cobró dos dólares más por alguna oscura razón farfullada en urdu o farsi, lo que sumaba ya cuarenta y un dólares. Eso sin contar los diez de depósito de seguridad por las llaves y otros tantos más en concepto de impuestos, además de ocho dólares adicionales por el seguro de mascotas. Cuando hubo acabado, el cuarto nos había salido por sesenta y tres dólares en total.

Resolví el asunto pagando una semana por adelantado con la tarjeta de crédito, que ya había sido autorizada telefónicamente por la compañía. Lo hice porque temía que en cualquier momento mi mujer la cancelara y recibiera a cambio una nueva a su nombre, no al nuestro.

Al caer la tarde, cuando ya nos habíamos acomodado con todas las pertenencias y los alimentos que llevábamos en la ranchera, cuando el aire acondicionado funcionaba ya a plena potencia llevándose todo el calor de Santa Ana, cuando ya nos habíamos ventilado media botella de Perro Loco y mi cerebro aún funcionaba como debía, descubrí que Amy no tartamudeaba cuando estaba borracha. A medida que bebía más y más vino, menos se le trababa el habla. La priva le desenchufaba el sistema tartajeador.

Le encantaba poder hablar sin limitaciones, y aquella —pronto lo comprendí— era la razón de que le gustara beber. Sin el impedimento, Amy tenía libros enteros y hasta edificios llenos de palabras que deseaba compartir. Las soltaba en ráfagas por toda la habitación, como el fuego de ametralladoras que se ve en las películas de James Bond.

Y me vi obligado a escuchar cada una de ellas. Su coeficiente intelectual superaba los ciento treinta. Era de Muncie, Indiana. Había recibido la cuarta mejor calificación en las pruebas de inteligencia de su instituto. (Quien la desplazó del tercer puesto por un punto fue Celeste Depue, me explicó. Pero claro, la madre de Celeste era una bollera que enseñaba gimnasia en un instituto para chicas, y ella, Celeste, no era más que una gilipollas a la que ni su madre bollera quería. Así que no haber ganado el tercer premio tampoco le quitaba el sueño.)

Las palabras seguían saliendo a chorros, como viajeros de los vagones del metro durante la hora punta. Hacia doce semanas que había abandonado el instituto y se había venido a Hollywood con su novio, un camello codicioso que pasaba crack. Su

nombre de guerra era «El Cojeras», porque —a causa de un accidente de motocicleta que había sufrido a los doce años—, su pierna derecha era cinco centímetros más corta que la izquierda. Después de que El Cojeras se pirara para siempre dejándola con el muerto de dos días de alquiler en una pensión de la Avenida Selma, ella y una amiga algo más mayor empezaron a mamársela a los conductores en Sunset Boulevard. Allí fue donde Amy conoció a McBeth, quien, por cincuenta dólares al día, le dejó dormir en un colchón tirado en el suelo de uno de los cuartos vacíos de su casa.

El Cojeras tenía una prima llamada Debbie, a quien Amy había conocido en el restaurante IHOP, en Sunset. Cada noche, Amy se pasaba por el IHOP para ver si lograba coincidir con Debbie y persuadirla de que le hiciera llegar un mensaje al Cojeras. El mensaje de Amy era el siguiente: que lamentaba mucho que él la hubiese visto hablando con Boyd aquella única vez, ya que en realidad no había nada entre ella y Boyd. Según Amy, aquella probablemente fuera la razón de que El Cojeras la hubiera dejado sin ni siquiera decirle una palabra o despedirse.

Los dos bebimos pero yo me limité a escuchar. Las sílabas llegaban como balseros suplicando acogida. Daba la impresión de que Amy intentaba utilizar todas y cada una de las palabras que conocía antes de perder el conocimiento o estar demasiado pedo para poder seguir hablando.

Me habló de su madre camarera y de su hermana mayor; las dos eran alcohólicas. Me habló de su aborto. Me habló de toda la tristeza y la brutalidad y la estupidez que les toca sufrir a aquellos que sobreviven en la calle buscándose la vida como buenamente pueden. Eran sagas que había oído cientos de veces en los programas de recuperación para alcohólicos y en las unidades de psiquiatría a las que iban a parar los locos de atar. Amy parloteaba y tragaba galletas y yo me concentraba en las películas que ponía la HBO, pero con el volumen bajado. Ambos seguimos bebiendo mientras Rocco dormía al otro extremo de la cama.

Para compensar su personalidad hogareña y su incapacidad para comunicarse, Amy había leído todo lo que había caído en sus manos: historia, poesía, narrativa, ensayo... Y también los libros de mierda: desde las memorias de Nixon hasta las de Donald Trump, Og Mandino e Irving Wallace. Es decir, dos o tres libros a la semana desde que cumpliera los diez años. Su pasión eran los penes y los libros.

También conocía a los que leía yo: Hubert Selby, Hemingway, Steinbeck, e.e. cummings y Eugene O'Neill. Su escritor preferido era William Faulkner. Mientras bebía, Amy se expresaba con el estilo narrativo de Faulkner.

Cuando comenzábamos a ver el culo de la primera botella, Amy se sintió agradecida de pronto y quiso satisfacer mis necesidades sexuales, sin importarle que yo no tuviese ninguna. Era una comepollas altamente cualificada, y durante el primer par de minutos se lanzó a su oficio con gran entusiasmo, pero tuvo que parar cuando se dio cuenta de que chuparla interfería con el discurso que me estaba soltando acerca de lo bien que se le daba soplar pollas. Así pues, la mamada de agradecimiento se

convirtió en una paja que, naturalmente, sí le permitía proseguir con su alocución.

Al cabo de un rato me tocó hablar a mí. Le confesé que la tarjeta de crédito de mi esposa estaba a punto de ser cancelada, pero ella me interrumpió para explicarme cómo El Cojeras solía «trabajarse» a sus clientes para que obtuviesen adelantos en efectivo de la compañía, adelantos que sobrepasaran el límite de gastos de la tarjeta. Me explicó que ella solía ayudarlo y que había hecho varias de aquellas llamadas fraudulentas. Así que se ofreció a echarme una mano con mi tarjeta.

Cogió el teléfono que había en la habitación y llamó. Se presentó al gerente de la sucursal del banco local (que ya había comprobado la autenticidad de nuestros datos) como la señora de Bruno Dante. Acto seguido pasó a informarle de que necesitábamos dinero en efectivo para comprar un capricho, una rareza... Se trataba de una mesa de estilo Queen Anne para nuestro salón. Pero que no podríamos contar con el dinero en metálico hasta regresar a Nueva York. Me pareció que Amy estaba exagerando su histrionismo cuando empezó a soltarle al gerente un rollo acerca de la mala suerte que habíamos tenido en nuestro primer viaje a Los Ángeles; y de que preferíamos el parque temático de los estudios Universal a Disneylandia, por la mayor cantidad de atracciones en directo para los niños que ofrecía el primero.

El gerente la puso en espera y comprobó el historial de cancelaciones de pagos de la tarjeta —o lo que fuera que comprueba esa gente—, y poco después le contestó que sí, que no habría inconveniente. Me vestí, cogimos el coche y nos marchamos a recoger los dos mil quinientos en efectivo antes de que el banco cerrase a las cuatro.

Como habíamos logrado hacernos con el dinero, seguí consagrado al vino durante tres días, encerrado en la habitación, intentando acallar mi cerebro. Lentamente estaba cayendo en la cuenta de que mi padre había muerto. Dejé bajadas las persianas y sintonicé la HBO y las demás cadenas de largometrajes en la televisión.

Aquella primera tarde intenté componer un poema para el viejo. Hacía años que no escribía y el resultado fue desastroso. No valía nada, había pasado demasiado tiempo. Así que lo dejé, mi prioridad en aquel momento era el vino.

Amy era demasiado joven para conducir, pero tras revisar la guía telefónica descubrimos una tienda de licores a la vuelta de la esquina, en Sunset, que llevaba comida y priva a domicilio si les dabas buenas propinas. Amy se encargó de eso y también de pasear a Rocco.

Lo único que me apetecía era quedarme en la habitación chupando Perro Loco, pero al segundo día empecé a sufrir mis lapsus. Mi mente empezó a borrar horas enteras. Supe que el vino consumido empezaría a jugar en mi contra, pero ya estaba demasiado liado para retirarme. Mi estado empeoró, dormir se me hacía casi imposible, y para remediarlo bebí todavía más.

A veces conseguía echar una cabezadita pero me despertaba unos minutos más tarde, después de haber vuelto a soñar con el pelotón de fusilamiento que marchaba y los inmensos picos negros que los asesinos lucían por narices.

Pasaron doce o quizás veinte horas. Seguía despierto o al menos eso parecía.

Al día siguiente, sin embargo, Amy me contó todo lo ocurrido. Yo me había puesto a hablar de la muerte y habíamos visto juntos una película de Claude Rains. Después quise llamar a mi ex psiquiatra, en Nueva York. Pero no llegué a contarle que la melancolía me estaba matando y que esta sería la última vez, porque quien había cogido la llamada era la operadora del servicio de mensajes. Amy me contó entonces que habíamos caminado hasta un puesto de periódicos, donde me había puesto como loco porque, en mi delirio, me pareció ver que el vendedor había cogido mis cincuenta pavos y me había dado mal el cambio intencionadamente. Además yo había tirado al suelo uno de sus expositores lleno de revistas y las había desparramado por la calle. Todo aquello había tenido lugar, y sin embargo yo no recordaba *niente*.

Mi comportamiento la había asustado, por eso aquella misma noche Amy me obligó a llamar a Fabrizio. Mi hermano y yo conversamos durante media hora. Le pedí perdón, acepté la responsabilidad de haber destrozado su Country Esquire y prometí devolvérsela. Amy me relató más tarde que Fab y yo habíamos comentado el funeral, y que yo le había prometido que asistiría.

Mi memoria era una hoja en blanco, pero al clarear el día siguiente Amy me despertó y me repitió el final de aquella conversación y el resto de lo ocurrido. Tras hacerme levantar de la cama, me hizo soltar la botella para que me diese una ducha. Al acabar me bebí un par de cervezas para prevenir el síndrome.

Pese a estar consciente, poco después se me aparecieron mil serpientes perversas dotadas de piernas humanas, que desde el interior del cráneo me mordisqueaban los ojos. Luego sentí cómo una bala calibre 22, candente y mellada me entraba por la sien y me atravesaba la cabeza de lado a lado. Finalmente, como si de una hilo dental se tratara, una cadena de bicicleta me despejaba el orificio.

Vomitó prolongadamente, y después tomé cuatro aspirinas y media botella de un líquido rosado para aplacarme las tripas. Amy me obligó a tragarme una pizza fría, y por fin logré dormir un par de horas.

Mientras me vestía para asistir al funeral, Amy quiso que le hablase de mi relación con mi padre, pues ella ni siquiera recordaba al suyo. ¿Qué se sentía al tener un padre para después perderlo? Le respondí que el viejo y yo nunca habíamos tenido una relación íntima, que vivíamos a poco menos de cinco mil kilómetros el uno del otro pero que la distancia que nos separaba era inconmensurable. Que él y yo estábamos compuestos de distintos colores: yo era verde y él era rojo, o quizás azul. Le expliqué que nunca habíamos conectado, y que yo había sido una gran decepción en su vida. Le aseguré que yo no sentía nada por su muerte, pero Amy miró en lo más profundo de mis ojos y dijo que lo que veía en ellos era dolor.

Me marché del motel en la ranchera Ford y me alejé por Sunset Boulevard hasta el tramo en que sus curvas y contracurvas atraviesan la Autovía de la Costa del Pacífico. Entonces puse rumbo al norte, hacia Malibú. Era un camino más largo, pero

me sentía débil para conducir por la autovía. Amy se quedó con Rocco en el motel a ver las películas de la HBO.

Capítulo 12

Construida en los años cuarenta, la capilla de Nuestra Señora de Malibú es una edificación de madera de secuoya con techo a dos aguas que se eleva en las estribaciones del Cañón de Malibú, sobre la ladera más próxima al mar. Cuando yo era niño, la humedad de la brisa marina enfriaba los duros bancos de roble hasta hacerte tiritar, y el suelo de baldosas grises ostentaba un brillo esmerado de capa de hielo. Aquel era un lugar ideal para Dios. Todos los sermones que el padre Brundage daba desde el púlpito solo tenían una cosa en común: no guardaban relación alguna con las experiencias vitales de los seres humanos comunes y corrientes. A medida que me acercaba en busca de un aparcamiento próximo a la iglesia, avisté a algunos miembros de mi familia de pie en los escalones de la entrada, junto a las limusinas y el coche fúnebre.

Me quedé fumando en la ranchera, con las ventanillas subidas, hasta que todo el mundo hubo entrado. En mi mente —que se encontraba en un estado crítico de abstinencia alcohólica y necesidad de sosiego—, se agolpaban pensamientos chiflados y presentimientos de un desastre inminente. El pánico a lo que pudiera suceder me tenía sujeto al asiento del coche.

Cuando finalmente conseguí reunir las fuerzas para entrar, me detuve en el vestíbulo de acceso, junto a la pila de agua bendita, y dejé que el frescor del lugar ventilara mis ropas empapadas de sudor. Respiré hondo y me mantuve todo lo erguido que pude.

A pesar de que la misa ya había comenzado, los bancos de la iglesia se encontraban casi todos vacíos, a excepción de la fila completa de nuca de la familia Dante y de mi esposa Agnes. En total ocupaban la mitad del primer banco, el más cercano al féretro. Al advertir la presencia de mi mujer, el estómago se me hizo un nudo.

Desperdigadas por la sala había unas doce personas: nuestros vecinos de Malibú, un famoso escritor de Los Ángeles que admiraba los libros descatalogados de Dante, un director de comedias televisivas y unos pocos guionistas, colegas de mi padre. No me hizo falta mirar dentro del féretro para saber que la expresión de aquel fiambre refrigerado no sería la de Dante, sino una versión muy particular que mi madre, Fabrizio y algún embalsamador que pierde aceite se habrían inventado para hacer más aceptable la dura realidad.

Mi mano no dejaba de temblar, se resistía a sumergirse en el agua bendita tibia de la pila, pero un acto reflejo de buena voluntad me ayudó a hacerlo, al tiempo que alguien detrás de mí también sumergía la suya.

Al volverme reconocí a un antiguo vecino de mi padre, Townsend O'Hagen, vestido para la ocasión con un trasnochado tres piezas de raya diplomática y un sombrero de fieltro con cinta roja. Verlo me calmó los nervios.

Durante la caza de brujas que el anticomunista McCarthy llevó a cabo en la

década de los cincuenta, Townsend fue incluido en la lista negra de los guionistas. Poco después, él mismo complicó aún más su situación al desvelar por televisión los nombres de sus compañeros ante el Comité de Actividades Antiamericanas, en un intento por salvar el pellejo.

Como nadie en mi familia había mencionado su nombre durante mucho tiempo, yo lo creía muerto. Pero Townsend había abierto hacía años una tienda de libros usados en Santa Mónica y tenía un aspecto estupendo, casi radiante a pesar de sus ochenta años. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Su hija Kerry y yo fuimos juntos a la escuela primaria, y desde aquella época aún se acordaba de mi nombre.

—Tú eres Bruno, ¿verdad? —susurró—. ¿Sabes quién soy yo?

—Claro, Townie O'Hagen.

Me dio el pésame por lo de mi padre y después me siguió hacia los bancos. Recorrí el pasillo hasta ocupar el asiento entre mi hermana y Benny Roth. Townie se sentó en la segunda fila, junto a Paul Matsumoto, el representante de mi padre en Hollywood.

En media hora —mientras los pensamientos de los presentes y las plegarias del padre Brundage resbalaban por la superficie lustrosa del ataúd— todo había acabado. Desconsolados y vestidos de negro nos alejamos por el pasillo para apiñarnos en la entrada de la capilla. Los demás asistentes se acercaron a abrazar a mamá y a mi hermana. Fabrizio estrechaba manos, destacando entre todos nosotros con su traje de Armani, que le había costado 900 pavos en May Company.

Yo me situé a un costado, encogido de miedo, fumando cigarrillos uno detrás de otro. Maté el tiempo hablando con Townsend y con mi primo John, excelente camarógrafo y un mecánico de primera línea, quien se empeña en darme consejos técnicos sobre qué características debían tenerse en cuenta al comprar un coche de segunda mano. Conversar con ellos ayudó a aplacar las voces que desde el interior de mi cabeza no cesaban de mofarse y criticarme.

Entre toda aquella gente de pie, con los sentimientos a flor de piel y presa del pánico, abracé impulsivamente a mi madre y le mentí. Le dije que tenía una entrevista de trabajo y que no los acompañaría al cementerio. Besé a mi hermana Maggie, estreché la mano de Fabrizio y volví a pedirle perdón. Él cogió las llaves de la Ford, pero no me miró ni quiso dirigirme la palabra.

Estaba a punto de alejarme, ajeno al hecho de que no tenía cómo volver a Los Ángeles, cuando Townsend mencionó que vivía en un dúplex de alquiler por Benedict Canyon («cerca precisamente de donde Valentino hizo inseminar a su primer caballo públicamente, lugar histórico que consta en el recorrido turístico de la zona»), y se ofreció a llevarme.

Cuando estábamos a punto de partir, mi mujer me salió al paso. Exigía saber dónde había estado metido los últimos cuatro días. Mientras mi madre y mi familia

nos contemplaban con aprensión, mi esposa siseó que quería el divorcio y me acusó de ser un drogadicto, un portador de SIDA que le había robado la tarjeta de crédito y arruinado la vida.

Aquello me hizo perder el control allí mismo, en los escalones de entrada a la iglesia, y rompí a gritar como un loco. Mi cuñado Benny Roth intervino para intentar calmarme, y fue entonces cuando Agnes se apartó. Se había dado cuenta de que no había escogido el momento correcto —en el sentido político del término— para lavar los trapos sucios y revolver la mierda.

En unos pocos minutos, ella y mi familia habían subido a las limusinas y se habían marchado al cementerio. Localicé a Townsend al otro extremo del aparcamiento; me hacía señas desde su asiento detrás del volante de su viejo Cadillac descapotable. Me subí y juntos emprendimos el regreso a Hollywood.

Alejarme del ataúd y de la iglesia me hizo sentir mejor. En las proximidades del Cañón Topanga, le pedí a Townie que parara en una tienda de licores para comprar cigarrillos. Salí de allí con los pitillos y una botella de Shenley's para los dos. Al principio rechazó el whisky irlandés, pero después de un par de tragos a morro se puso de buen humor y empezó a cantar *Tura Lura Lura* y la versión en latín de *Venid a mí todos los creyentes*. Entonó ambas con un fuerte acento dublinés, mientras nos pasábamos la botella de whisky.

La priva le soltó la lengua y quiso compartir conmigo las historias de actrices famosas y asistentes de producción con las que él y Robin Hood habían montado sus famosas orgías.

Townie era un magnífico contador de historias, su voz resonaba con el timbre de los viejos locutores de culebrones de la radio: peleas a puñetazos, pedos de una semana, ex esposas armadas con cuchillos, pleitos, encarcelamientos... Townie llenaba el coche de poesía. Gran parte de todo aquello no eran más que exageraciones, es cierto, pero eran exageraciones mágicas.

De pronto se puso serio. Me dijo que era importante que yo supiera cómo era la vida de los guionistas de cine hacía cincuenta años en Los Ángeles, de escritores como mi padre y como él. Me contó con pelos y señales el funcionamiento del sistema de contratos impuesto por los estudios, y como antes de que existiera el Gremio de Escritores los productores podían maltratar a los guionistas de la casa, mercenarios a sueldo, sin voz ni voto.

Al principio, cuando le pregunté acerca de las listas negras, no quiso hablar de ello. Pero después de un buen lingotazo de Shenley's, cambió de opinión y empezó a rajar. Había acudido a dos o tres reuniones de «simpatizantes», me dijo, porque una actriz de tetas grandes lo había invitado y él quería echarle un polvo. Según Townsend, aquellos encuentros estaban compuestos en un 80% de cata de cócteles y en un 20% de charloteo. Eran reuniones inofensivas que no planteaban una amenaza para nadie, pero alguien apuntó los nombres de los concurrentes y más adelante

aquella lista causó la caída en desgracia de mucha gente.

Me aseguró que Jonathan Dante había tenido suerte, porque siempre había rechazado formar parte de ningún grupo, no deseaba ser asociado con los egos, la falsedad y la gilipollez hollywoodienses. Mi viejo nunca tomó parte en todo aquello.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la industria del cine entró en un periodo de recesión. Las influencias y los contactos con los ejecutivos de los estudios se convirtieron en armas fundamentales para conseguir los trabajos de calidad. Mi padre era —según la definición de Townsend— alguien que había sido puesto en la «lista negra negativa». Aquello había ocurrido porque mi padre rehuía los grupos influyentes y se negaba a relacionarse socialmente con la gente adecuada. Townsend se echó a reír y me aseguró que la «buena suerte» de mi padre había radicado en ser demasiado directo con sus compañeros, haber cambiado de agente demasiadas veces, y haberse labrado una reputación de escritor con mal genio. Lamer culos era una tarea imposible para Dante, que en una ocasión llegó incluso a noquear de un puñetazo al productor Val Lewton.

Townsend recordaba que mi padre pasó los dos años siguientes, es decir, hasta 1951, trabajando en una novela. Ya no le encargaban trabajos para la gran pantalla. Pero al cabo de un tiempo, un productor desesperado, con poco dinero y aún menos tiempo para rodar, lo llamó: necesitaba un escritor de confianza para arreglar un guión chapucero.

Recorriamos la Avenida La Brea en dirección norte, y cuando dejamos atrás Sunset le indiqué a Townsend que me dejara frente al motel Starburst. Le pasé la botella y le pegó un último trago, un buen trago. Cuando la bajó vi las lágrimas en sus ojos. Mi padre y él habían pertenecido a la otra ciudad, al Los Ángeles que ya no volvería.

—Me recuerdas a tu viejo —farfulló—, tienes su mal genio... Que tengas suerte, chico, y que el camino se eleve hasta encontrarte.

—Gracias por traerme —dije. Lamentablemente no se me ocurrió otra cosa.

Pero cuando abrí la puerta Townie ya estaba sonriendo de nuevo. Me estrechó la mano por última vez y al alejarme lo oí tararear las primeras notas de una canción navideña, el tema principal de una película ñoña de la década de los cuarenta, cuyo nombre no conseguí recordar.

Rocco estaba enfermo. Nos gruñía si intentábamos acariciarlo o si nos acercábamos al cuenco donde comía. Amy me confesó que desde la pelea con el retriever el perro no había probado casi bocado, y que la mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo. Volví a salir del motel y me fui caminando hasta la tienda de licores, donde compré un bote de leche, un par de botellas de Mogen David y un litro de Jack Daniels. Se me ocurrió que a los perros suele gustarles la leche.

En la estantería, junto a las revistas, había toda una sección de periódicos y publicaciones que anunciaban coches de segunda mano. Compré la más gorda de

todas, la que contenía más anuncios.

Intentamos convencer a Rocco de que bebiera un poco de leche, pero se negó. Amy calentó un cazo en la estufa, vertió en la leche un chorro de *bourbon*, y entonces Rocco sí accedió a beberse más de la mitad del contenido. Amy me explicó que su madre siempre había tenido perros, y que por experiencia sabía cuándo les ocurría algo.

—Está su-su-sufriendo. Por eso se ha be-bebido esa popo-porquería. Un pe-perro no be-bebe ni vi-vi-vino ni bu-bu-*bourbon* a me-me-menos que esté enfe-fe-fermo.

Cuando fui a abrir una de las botellas de Perro Loco, Amy me amenazó con marcharse. Le prometí que no bebería, y lo cierto era que dejarlo durante un tiempo no podría hacerme demasiado mal. Traté de terminar una vieja novela de Daniel Mainwaring, pero mis pensamientos siempre acababan por derivar hacia mi padre. Hacía tiempo que no me ponía a escribir poesía en serio, pero quería intentarlo. Al cabo de media hora, los folios cubrían cada rincón de la habitación. El resultado fue un palabrerío lleno de pretensión y egolatría. Tenía poco de poesía, era peor que la peor bazofia de Ferlinghetti: afectada, pomposa, delirante... Las bobadas y necedades de un colgado. Aquello me confirmó que yo no era más que un farsante, un patético impostor, y desde luego no un poeta.

Amy me reconfortaba con aquello de que seguramente yo estaba siendo muy crítico conmigo mismo. Me dijo que le gustaría escucharme leer uno de mis poemas y me chantajeó con hacerme una mamada si cumplía con mi parte del trato. Intenté recitar en voz alta el mejor de la serie, pero era tan malo que al llegar a la mitad tuve que parar y acabé destrozándolo y arrojando los pedazos de papel por toda la habitación. Amy se rió de mi reacción, pero me hizo la mamada de todos modos. Se comió mi polla hasta el fondo, liberándola y volviéndosela a tragar en engullidas largas y cosquilleantes, hasta que consiguió que me corriera hasta Marte.

No quería un coche japonés, así que escogí un Dodge Dart de seis cilindros, fabricado en Estados Unidos. Un modelo de 1971 con un motor de tres litros y medio. Alguien me había dicho una vez —creo que fue un taxista neoyorquino— que aquel motor de Crysler, con sus seis cilindros en diagonal, había sido el mejor y más fiable jamás construido.

Se suponía que este tenía más de ochenta y dos mil kilómetros en su haber, pero acababa de ser reparado a fondo por Carlos. Carlos era salvadoreño y tenía el fondo de su casa lleno de tartanas prehistóricas; unos ocho o diez coches con el capó levantado, en distintas etapas de reparación. Parecían dinosaurios oxidados con la boca abierta. Nos abrimos paso entre media docena de ellos hasta llegar al Dodge. Carlos sonrió, nos hizo un ademán y nos mostró el Dart como si nos estuviera presentando a un viejo amigo.

—Este de aquí es el mejor de toditos los que tengo. Ronronea como un Mercedes Benz.

A pesar de ser centroamericano era un tío alto. Medía al menos un metro ochenta, y por lo visto creía que sus habilidades de vendedor eran sobresalientes. Nos dijo que se ganaba la vida reparando coches viejos. Carlos tenía un incisivo de oro macizo y sonreía demasiado.

Nos contó que en El Salvador había sido algo así como jefe de taller en un concesionario de automóviles usados. A Amy el comentario la impresionó. Carlos añadió que si comprábamos el coche nos repararía cualquier fallo mecánico que ocurriera en los primeros seis meses sin cobrarnos ni un solo dólar. Después nos sonrió para demostrar su sinceridad, y Amy le devolvió la sonrisa a modo de rúbrica por nuestra parte.

Nuestro Dart contaba con caja de cambios automática y era de color azul oscuro, o al menos lo era la tercera capa de pintura que ahora veíamos. Los neumáticos estaban todos en buen estado y los cuatro tapacubos seguían en su sitio. Las dos puertas tenían abolladuras de poca consideración y le faltaba parte de la rejilla del radiador, pero en general parecía un vehículo decente.

Las butacas estaban recubiertas por un tapizado de piel de carnero de imitación que ocultaba la funda de plástico que desde hacía veintiocho años forraba los asientos, pero eso carecía de importancia. En el salpicadero no faltaba ni un botón ni una sola perilla, y cuando encendí la radio AM-FM sonó un viejo blues de Jimmy Reid. Lo tomé como un buen presagio.

El taxi que nos había llevado desde Hollywood a Downey para comprar el coche había costado treinta y ocho dólares más la propina. Después de dar una vuelta en el Dart para ponerlo a prueba, le entregué a Carlos y a su diente de oro mil doscientos pavos en metálico. Mientras pelaba los billetes de diez y de veinte, el diente de Carlos lanzó un destello. Los gastos hicieron descender mis fondos hasta poco menos de cuatrocientos dólares.

Como sabía que tendría que hablar con desconocidos, Amy se había estado adobando en Jack Daniels durante el trayecto. Pero se había pasado. La muy guarra se puso demasiado cariñosa y entonces me vi obligado a presenciar un flirteo muy irritante entre ella y el mecánico de pelo grasiento. Hice lo posible por ignorar sus devaneos hasta que vi a Carlos perder el hilo de las negociaciones. Mientras contaba el efectivo, el centroamericano empezó a distraerse y a mirar con lascivia la entrepierna de mi acompañante. La transacción había pasado a un segundo término.

—Disculpadme —exclamé para romper el hechizo.

—¿Qué pasa, cariño? susurró Amy en un tono sedoso destinado más a impresionar al mecánico de ojos azules que a calmarme a mí. Había dejado de tartamudear.

No pude controlar mi lengua.

—¿Vas a soplársela a este sudaca *antes* de que le compre el coche, o tendrás la cortesía de esperar hasta *después*, cuando haya terminado de contar mi dinero?

Sin duda había escogido mal mis palabras, porque ella se puso hecha una furia.

—¡Que te-te-te den por el cu-cu-culo, Bruno! ¡Eres un ce-ce-cerdo y un ca-ca-cabrón; yo no te de-de-debo nada!

De perdidos al río. Entonces miré a Carlos:

—Si te la mama, quiero un descuento de cincuenta dólares sobre el precio del vehículo. ¿Te parece justo?

Inmediatamente Carlos dejó de sonreír.

Una vez en nuestro flamante Dart, Amy asumió el papel de heroína mancillada y ocupó el asiento trasero, con Rocco descansando su cabeza cónica sobre su regazo. En el camino de vuelta, Amy no paró de beber de la botella de whisky y de dirigirle palabrotas a mi nuca. Parecía una cobra indignada.

—No eres más que un ca-ca-capullo malvado y sa-sa-sabe-lotodo, Bruno. Un puto bo-borrachín con un ca-carácter de mi-mi-mierda que se cree mu-mu-mucho más listo que to-to-todos los demás... Para que lo sepas, prefiero fo-fo-follarme a Ca-Carlos y cogerme un herpes y empujar un ca-ca-carrito de supermercado y dormir en los po-po-portales de Hollywood Boulevard a tener que a-a-a-aguantarte un puto día más. Ya no te qui-qui-quiero, y si eso no te ba-basta, ¡que se-se-sepas que te o-o-o-o-odio!

Aunque estuviera borracha, cuando Amy se cabreaba su impedimento se volvía más marcado.

Al cabo de unos minutos se le había pasado el enfado, y ya se contentaba con rezongarle al pobre perro. A partir de aquel momento ya no habló más, se quedó pensativa y no dejó de fumar hasta que llegamos a Hollywood.

Tras salir de la autovía y detenernos en un semáforo, a escaso kilómetro y medio del motel, Amy abrió bruscamente la puerta y se bajó del coche. La botella vacía de Jack Daniels había quedado tirada junto al perro.

—¡Eh, sube al coche! —grité.

—¡Que te de-de-den, carapolla! ¡Eres lo opu-pu-puesto a un príncipe azul! —me chilló en la cara mientras intentaba mantener el equilibrio—. ¡Y que le den también a toda esa familia tuya de mu-muertos en vida y aso-so-sociales! Me debes o-o-o-ochocientos pa-pavos. Doscientos al día durante cu-cu-cuatro días. ¡Págame!

Estábamos parados en medio del tránsito, a dos carriles del bordillo.

—Joder, Amy, ¡sube al coche de una vez!

—Ni de co-coña —chilló mientras aporreaba el techo metálico del coche con la palma de la mano—. ¡Me has estado fo-follando durante cu-cu-cuatro días! ¡Uno! *Pum* ¡Dos! *Pum* ¡Tres! *Pum* ¡Cuatro! *Pum*... ¡En total, eso su-su-suma o-o-o-ochocientos dó-dó-dólares! *Pum. Pum. Pum.*

El eco de semejante barullo acabó por enfurecer a Rocco, que empezó a ladrar y gruñir. Yo contestaba a sus gritos con los míos, pero intentando hacerla entrar en razón.

—¡Si sigues armando bulla nos van a meter presos! ¡Y además tú sabes de sobra

que yo no tengo ochocientos dólares!

—¡Eso no es a-a-asunto mío! ¡Ese es tu problema! Tu pa-pa-padre te quería, pero como no lo hacía a tu ma-ma-mane-ra lo ahuyentaste a él también. *Pum. Pum.* ¡Ca-ca-capullo mal hu-humorado! ¡Po-po-pollahielo!

Las palmadas sobre el techo finalmente lograron sacarme de quicio. Bajé por el lado del conductor con intención de obligarla a parar. Los coches nos pasaban demasiado cerca... aquello era una locura.

Al verme ir a por ella en mi estado de valentía ética, Amy cerró la puerta de un empujón y aprovechando que una camioneta venía en sentido contrario se escabulló hasta la acera. Disfrutaba mofándose de mí.

—¡Si ni siquiera puedes cu-cu-cuidar de tu pu-pu-puto pe-perro!

Decidí dejar que se marchara. Estaba demasiado borracha, loca y rebotada, así que me subí al coche y la observé alejarse a trompicones hacia el Norte. Iba en dirección a Sunset Boulevard, berreando insultos dirigidos a mí por encima del hombro.

Capítulo 13

La salud de Rocco estaba empeorando. El resto del día lo pasó echado en el mismo rincón del cuarto del motel prácticamente sin moverse, pues cada vez que intentaba ponerse de pie gemía a causa del dolor. La mañana siguiente se negó a comer nada de lo que le ofrecí, ni siquiera la leche con whisky. Amy no había vuelto y mi relación con el perro se había convertido en una gélida tolerancia mutua.

El Dart necesitaba gasolina y yo mis cigarrillos. Dejé al perro en la habitación con la televisión encendida y una caja abierta de galletas Oreo.

Cuando llegué a la gasolinera conté todo el dinero que tenía en los bolsillos. Pagar otra semana entera de alquiler reduciría mis fondos a poco más de cien dólares. Recordé que la ropa de Amy aún seguía en el suelo del ropero, en una bolsa de plástico. Si me decidía a dejar el motel, el encargado se la guardaría, pero encontrar un sitio que admitiera perros y con una tarifa más barata sería complicado. Al cabo de un par de días, a lo sumo, estaría sin blanca. Llegué a la conclusión de que lo mejor sería ir al cine, comer palomitas y no pensar en ello.

Por la noche, de camino de vuelta al motel, me detuve en una tienda de licores para pillar una botella y un ejemplar del *Los Angeles Times*. Quería ver qué posibilidades me ofrecían los anuncios de empleos. Periódico en mano, enfilé hacia la sección de comestibles y escogí un paquete de trescientos gramos de mortadela de primera calidad para Rocco. Me sentía mal por haberlo dejado solo y a oscuras durante tantas horas en la habitación.

Al llegar al motel, abrí el paquete de fiambre, despegué varias lonchas y las dejé caer en su cuenco. Rocco ignoró mi ofrecimiento, así que añadí leche a la mortadela y arrastré el cuenco bajo sus narices. No obtuve respuesta.

Entonces se me ocurrió añadirle un chorrito de whisky, algo menos de un chupito. Rocco evaluó mi diligencia con un resoplido y un lametazo indeciso de su lengua rosada y ancha, como el chef experto que prueba el caldo de su joven aprendiz. La mezcla le gustó tanto que se comió casi la mitad del contenido. Pero de tanto en tanto, y para que no hubiera confusión al respecto, levantaba la vista para recordarme que era él quien me estaba haciendo un favor a mí.

Me había quedado sin blanca y necesitaba algún tipo de ingreso con urgencia... necesitaba un empleo. Al abrir el *Los Angeles Times*, tuve la tentación de llamar a los anuncios de barman, creyendo que quizás tuviese la potra de ganarme el sueldo poniendo copas. Ya lo había hecho en dos locales de Nueva York, hasta que aprendí que liarse a puñetazos era un gaje fundamental del oficio.

De todos modos, había solamente seis avisos escuetos en la sección de empleos. En cinco de ellos pedían personal para restaurantes formales y hoteles, todos curros de categoría. El sexto, me di cuenta por el prefijo, estaba lejos de Hollywood, y un barman tiene que poder llegar a casa andando, así que abandoné la idea.

A continuación busqué trabajo de teleoperador con la esperanza de poder volver a

dedicarme a ello. Se ganaba dinero fácilmente, y machacar a los ilusos con ganchos engañosos y absurdos era una actividad que en Los Ángeles es el pan de cada día. Con un par de copas encima volvería a garantizar la excelente calidad de aparatos de televisión a color y de vacaciones en Hawai; endilgaría a recepcionistas, curritos y subdirectores camiones enteros de cartuchos de tóner para fotocopiadoras, material de repuesto para oficinas, detergente quita-aceite para los patios de las gasolineras, excedentes de cable y alambre, herramientas, cinta para impresoras y préstamos inmediatos en efectivo... «¿Es usted la señora Washington? Soy Bill Baxter, de la consultora United Credit. Usted nos había llamado... Su solicitud de préstamo está a punto de recibir el visto bueno. Estoy casi seguro de que recibirá buenas noticias en el transcurso de esta misma semana. Sin embargo, necesitamos que nos haga llegar los honorarios de tramitación HOY MISMO para poder terminar con el papeleo... La espero mientras va a buscar el talonario de cheques... El préstamo es inmediato, naturalmente. En esta empresa hacemos un seguimiento personal de todas y cada una de las operaciones...»

El único inconveniente era que en Los Ángeles yo no conocía a nadie del mundillo del telemarketing, y apostar por el camelo equivocado podía significar la pérdida de los ingresos necesarios para sobrevivir un día más. Ninguno de los anuncios garantizaba al operador un sueldo base a la semana o una paga diaria en efectivo, así que preferí ir a lo seguro y pasarlos por alto.

Mientras ojeaba las otras ofertas de empleo, me pimplé la mitad de la botella de medio litro que acababa de comprar.

Fui marcando con un círculo los que me parecían interesantes, pero en el fondo odiaba tener que enfrentarme a aquellos anuncios.

De las columnas que buscaban «Chóferes», «Conductores» y «Dependientes» pasé a la de «Aprendices». Nada me inspiraba. Finalmente, revisando los anuncios que buscaban comerciales, me topé con uno escueto pero apetecible. Al parecer, Media Naranja Internacional estaba buscando asesores comerciales para su nueva sucursal de Westchester:

SUELDO BASE SEMANAL
COMISIONES ELEVADAS
INCENTIVOS DIARIOS EN EFECTIVO
EL ASPIRANTE DEBERÁ CONTAR CON VEHÍCULO PROPIO
Y ESTAR DISPUESTO A GANAR MUCHO \$\$\$\$\$.
NO SE REQUIERE EXPERIENCIA PREVIA.
CURSO DE CAPACITACIÓN
PRESENTARSE ÚNICAMENTE
ASPIRANTES SERIOS Y MUY MOTIVADOS.

Debajo venía un teléfono al que se podía llamar las veinticuatro horas. Leí el anuncio otras dos veces —sobre todo para asegurarme de que me encontraba muy motivado— y acto seguido marqué el número.

Me contestó una grabación con instrucciones. La voz femenina del mensaje me indico que pulsara una serie de teclas. Las presione y recibí más instrucciones, di a varias teclas más y entonces escuche la voz de un hombre que me soltó un rollo interminable acerca de lo espléndido que sería trabajar como asesor para MNI. La grabación se deshacía en elogios a un nuevo empleado llamado Glen Manoff. En su primera semana, Glen se había embolsado mil pavos en comisiones e incentivos. El mensaje prosiguió, asegurándome que Mitch Glickman, un asesor veterano, ganaba unos tres mil a la semana.

Se trataba de una presentación larga y sofisticada sobre la eficacia de las vídeo-citas y el camino hacia la independencia económica que el empleado emprendería de la mano de MNI.

Hice lo que la voz me dijo. Dejé mi nombre, un número de contacto y mi mensaje:

—Soy comercial de carrera, estoy muy motivado y tengo un deseo irrefrenable de conseguir mi independencia económica. Señores, su oferta suena como la senda que lleva hacia el éxito, la realización personal y la gloria. Espero que contesten en breve a mi llamada para poder unirme al equipo ganador de MNI.

Pulsé la tecla «almohadilla», tal y como me lo indicaban las instrucciones, y a continuación una voz distinta a las anteriores me deseó felices vacaciones. Colgué.

Tras aquel esfuerzo comunicativo, la cabeza me palpitaba, el cuerpo me hervía por la sobrecarga de adrenalina: era el miedo al empleo. No esperaba recibir la llamada del MNI, pero encendí las luces y me acerqué al armario de todos modos. Me haría falta ropa adecuada.

La tosca americana de tweed gris que había llevado puesta para el viaje en avión y para el funeral tenía un aspecto pasable. Mis únicos pantalones oscuros, sin embargo, lucían un roto inocultable en la entrepierna, estaban arrugados y no tenían raya, pero tras una visita a la tintorería pasarían la prueba. Mi única camisa de vestir y mi única corbata estaban manchadas con algo. No sé qué era, pero parecía imposible de quitar y olía a mil demonios, a algo así como líquido de frenos. Mis zapatos marrones de a diario darían el pego si lograba limpiarlos.

El resto de la noche la pasé fumando, viendo películas de la HBO y leyendo poesía. Hice de todo menos dormir. La idea de volver a tener un empleo después de la cura de desintoxicación y los casi seis meses de inactividad me tenía más que inquieto.

Dando vueltas en la cama sin poder dormir, culpé a Rocco de mis desventuras. Al verlo hecho un ovillo en el suelo, junto a la rejilla de la calefacción y soltando gemidos mientras dormía, caí en la cuenta de que darle un lugar en mi vida equivalía

a atarse un saco de arena a la cintura antes de cruzar a nado un río. Gracias a él —a la deuda contraída con mi padre—, me había convertido en un prisionero.

De haber estado solo, habría podido dormir en el coche y ahorrarme trescientos dólares a la semana en alquiler. Pero con el chucho dependiendo de mí, me veía obligado a proveerlo de comida y afecto, como si fuera un niño.

¿Qué iba a hacer yo si aquel perro de aliento corrosivo se había dislocado la cadera, o necesitaba que le extrajeran un par de dientes, o había desarrollado un cáncer canino cuya cura requería de cientos o miles de dólares en gastos de veterinario? ¿Qué iba a hacer yo entonces? El resto de la noche mi cerebro se ocupó de buscar la manera de deshacerme de la bestia.

Cuando se hicieron las nueve de la mañana llamé a información y conseguí el número de la perrera. Marqué, pero me contestó un ordenador con menú de instrucciones. Pulsé la tecla correspondiente y el ordenador me pasó a un sistema telefónico de llamada en espera. Aproximadamente un minuto más tarde por fin me atendió un ser humano. Hacía treinta horas que no pegaba ojo.

—Tengo un perro enfermo —le dije a mi interlocutor—, y necesita atención veterinaria.

—Disculpe, señor, pero no somos veterinarios —respondió el tipo—. Aquí nos encargamos de las mascotas abandonadas.

—¿A quién debo llamar entonces?

—Si tiene un animal enfermo llame a un veterinario.

—No puedo pagarlo. ¿Qué pasaría si este animal fuera abandonado?

—Entonces pasaríamos a recogerlo.

—Pues este animal será abandonado porque yo me voy a mudar. ¿Y ahora que se hace? ¿Qué procedimiento se sigue?

—Enviaremos a uno de nuestros empleados para que recoja al perro. Voy a necesitar el peso aproximado y el color del animal, además del lugar donde fue visto por última vez. ¿Cuál es la intersección principal más cercana al sitio donde fue visto por última vez?

—¿Me está hablando en serio?

—Por supuesto.

—Mire, le daré la dirección: motel Starburst. Está en la Avenida La Brea, la primera hacia el norte después de Sunset. Bien, ¿y ahora qué? ¿Qué le pasará al perro?

—Lo recogeremos y lo retendremos durante setenta y dos horas hasta que alguien venga a reclamarlo. Usted no es el dueño, ¿me equivoco?

—No; no se equivoca. ¿Y si nadie acude a reclamarlo?

—Después de las setenta y dos horas que manda la ley, lo sacrificamos.

—¿Cómo que lo sacrifican?

—Oiga... aquí hay mucho que hacer. Usted está informando de un perro extraviado, ¿no es cierto?

—Gime mientras duerme. Ha estado gimiendo de dolor toda la noche porque algo le duele mucho. ¿Qué me recomienda usted que haga?

—Encuentre al dueño o tráigalo a la perrera.

—Su dueño ha fallecido, ahora soy yo el responsable del perro.

—¿Cuántos años tiene el animal?

—Muchos..., doce o trece.

—Deje que lo sacrifiquemos.

—No puedo, era el perro de mi padre.

—Entonces llévelo al veterinario.

—Ya le he dicho que no tengo dinero para pagar a un veterinario.

—Lo siento, no puedo ayudarle.

—Le he pedido un consejo.

—Acabo de dárselo.

—¡Ve y que te den por el culo!

Aquel día, después de las doce, me despertó el teléfono. En un principio creí que era Amy, pero se trataba de una tal Susan Bolke, la ayudante de un tal señor Berkhardt. Susan me devolvía la llamada en nombre del señor Berkhardt, el vicedirector de ventas de MNI. Su voz sonaba joven y formal.

Me comentó que mi mensaje había impresionado mucho a su jefe y que este quería concertar una entrevista para el día siguiente. Susan me dio la dirección de las oficinas de MNI en Westchester. Vomité durante diez minutos y después me di una ducha larga con agua hirviendo. Aquello me ayudó a aquietar mis pensamientos.

Rocco no había querido comer, pero cuando me acerqué a la puerta para marcharme él también se levantó, como disponiéndose a irse. Recordé lo que se siente al quedarse encerrado en una habitación a solas, y decidí dejar que me acompañara. Parecía que, a pesar de todo, el perro y yo teníamos cosas en común.

Lo primero que hicimos fue ir andando por Sunset en dirección a la tintorería, situada al final de la manzana. El perro todavía cojeaba, pero eso no le impidió pararse a mear unas quince veces. Hasta lo hicimos a dúo contra un mismo arbusto.

El reclamo colgado en el escaparate anunciaba: LIMPIEZA EN 24 HORAS en letras grandes, como si LIMPIEZA EN 24 HORAS fuese el nombre del local. Me lancé a probar suerte.

El tipo quería cobrarme dieciséis dólares por el remiendo y el lavado. Yo regateé al estilo norteamericano, pero él respondía al estilo oriental, asintiendo con la cabeza. Cuando le pregunté por el precio del arreglo, asintió repetidamente y me dijo que me costaría doce dólares. Llegamos a un acuerdo: él solo limpiaría la prenda pero sin remendar el roto. Eso me iba a costar seis pavos, más un cincuenta por ciento extra porque lo necesitaba para el mismo día. Asentí, asintió y cerramos el trato.

Ayudé a Rocco a subirse al asiento trasero del Dart y me dirigí a Revuelva y Ahorre, unos almacenes en la Avenida Western. En la sección de hombres, encontré

dos camisas blancas de vestir con taras por \$14,99 (venían a pares en un envoltorio de plástico). Habían sido confeccionadas con una fibra sintética y milagrosa que obviaba el algodón. Eché las camisas dentro de mi cesta de alambre y seguí mi camino.

Los almacenes Revuelva y Ahorre se especializaban en mercancía de saldo: liquidaciones, mercadería con taras, mercancía de fin de temporada. No encontré corbatas en la sección de hombres, pero en el pasillo de ropa para niños descubrí un expositor con una selección bastante amplia de ellas eran demasiado cortas o inadecuadas, estampadas con motivos infantiles. Al final me hice con una corbata azul muy clásica con gomita y clip, en la que unos cerditos blancos galopaban aquende y allende por toda la superficie. La corbata porcina también fue a parar a la cesta de alambre.

En otra de las secciones hallé un extraño betún líquido con aplicador que costaba ochenta y cinco centavos. Como ardid publicitario debió de haber resultado un fracaso estrepitoso porque cientos de aquellos envases de plástico rematados con sus aplicadores de esponja ocupaban siete metros de estantería. Me decidí por el «Marrón Calicó», pero me llevé además un envase de «Ébano», por si en el futuro decidía ampliar mi vestuario para acoger un par de zapatos negros.

Capítulo 14

El perfume de Susan Bolke era tan sexy como su voz. Me recibió en la entrada con su carpeta sujetapapeles, sus pezones saltones, y su cabello suelto y rizado como el de la chica del anuncio de desodorante íntimo. Todos los que trabajaban en Media Naranja Internacional iban de punta en blanco, como si fuesen a presentarse a una entrevista de trabajo. Los tíos vestían trajes cruzados y las mujeres llevaban medias pantis y toneladas de bisutería.

Susan me llevó hasta el vestíbulo y nos sentamos en un par de confidentes blancos que hacían juego. Me informó del sistema de comisiones y del sueldo base de \$250 semanales que la compañía otorgaba durante los primeros quince días.

Sonrió en señal de aprobación al verme apagar mi cigarrillo, y me explicó los detalles del curso de capacitación, tres días indispensables para entender a fondo cómo presentar el servicio de vídeo-citas a los clientes de MNI. Todo dependía de mi entrevista con el señor Berkhardt, era él quien contrataba al personal. Susan me mostró unos estudios comparativos sobre la ciencia de la vídeo-cita y utilizó la frase «según los datos demográficos» unas cinco o seis veces. En mi cabeza resonaba todavía el eco de los \$250 de sueldo base.

Charlamos durante algunos minutos más, mientras Susan tomaba apuntes ocasionales y marcaba las casillitas del impreso en su sujetapapeles. Noté que me temblaban demasiado las manos y que mis dedos estaban manchados de amarillo por la nicotina. Ella se dio cuenta de mi apuro, pero siguió sonriendo para tranquilizarme. Al cabo de un rato, me entregó mi propia carpeta sujetapapeles con la solicitud de empleo y un bolígrafo barato. Luego se marchó.

Mientras la rellenaba, miraba de reojo una gran pantalla de televisión montada en la pared, sobre el escritorio de recepción. En ella se sucedían las entrevistas de los candidatos al servicio de vídeo-citas, adultos solteros y disponibles hablando de sus carreras, sus gustos y sus manías. El volumen estaba muy alto, pero la gente entrevistada parecía normal y sonaba sincera. MNI apuntaba a un cliente de ingresos altos y clase media alta.

A medida que leía las preguntas respondía mintiendo, me ponía impaciente o simplemente la pasaba por alto. Y el temblequeo de mis dedos no ayudaba a rellenar el formulario.

Antes de terminarlo mi mente llegó a la siguiente conclusión: había sido un panoli por venir en coche desde Hollywood únicamente para participar en un concurso de vestuario. Todo aquello me venía grande, y mi impreso parecía haber sido rellenado por un niño de seis años. Rocco seguía en el aparcamiento, preso en el coche con las ventanas cerradas; me lo podía imaginar devorando las fundas de los asientos como venganza, mi castigo por haberlo dejado solo demasiado tiempo.

Decidí marcharme y responder a los otros avisos del *Los Angeles Times*. Pero antes de que pudiese devolverle la carpeta sujetapapeles a Susan, Morgan Berkhardt

ya había salido de su oficina y venía directo hacia mí.

Tenía todo el aspecto de ser el jefe. Llevaba un traje de chaqueta cruzada del que sobresalía su cuello grueso de jugador de rugby, y sus dientes relucían a juego con la piedra roja encastrada en el anillo de graduación de su universidad. Se presentó y nos dimos la mano. Cogió mi solicitud y fue revisando las respuestas.

Mientras él comprobaba el cuestionario, la televisión del vestíbulo comenzaba a emitir otro vídeo promocional. Pero aquel captó mi atención, era diferente. No iba dirigido a promover el servicio de citas para solteros, sino el de matrimonios. Me encontraba lo suficientemente cerca para escuchar la voz en off del locutor: «... todos los días, trescientos sesenta y cinco días al año, otro cliente de MNI se compromete de por vida con el amor. Usted podría ser uno de ellos... ¡Únase hoy a MNI!»

Morgan Berkhardt había terminado de leer mi solicitud y me sorprendió mirando el vídeo promocional.

—Un concepto de marketing extraordinario, ¿verdad, señor Dante?

—¡Ah, sí! Y muy imaginativo también —profirió el lameculos que hay en mí.

—Por favor, sígame.

Cruzamos una alfombra con motivos florales hasta llegar a una elegante puerta de roble con pomo de bronce que llevaba a su despacho. Pasamos y nos acomodamos. Él se sentó al otro lado de un escritorio de roble señorial, y yo en una pequeña butaca de patas endebles.

En las estanterías que se extendían detrás del butacón de cuero de Berkhardt observé una serie de libros y vídeos de motivación. Yo ya había leído material de ventas y de autoayuda en mi primera visita a la sala de observación del San José de Cupertino, porque no había nada que hacer allí después de las diez de la noche, hora en la que apagaban la televisión. No conseguí dormir durante semanas, así que pasaba las noches leyendo a Tommy Hopkins, Og Mandino y Charles Roth.

Saltaba a la vista que Berkhardt era un gran admirador de Brian Tracy. En las estanterías se alineaban varios de sus cursos en vídeo. Tracy enfatiza que la audacia es la llave del éxito, así que decidí tomar las riendas de la entrevista.

—Bruno... —dijo levantando la vista de mi solicitud—, ¿puedo llamarle Bruno?

—Por supuesto. ¿Puedo llamarle Morgan?

—Si lo prefiere...

—Veo que es un admirador de Brian Tracy, Morgan.

—Así es.

—Creo que *La psicología del éxito* es una obra clave. Me gusta su enfoque sistemático del crecimiento personal.

—Qué grata sorpresa, Bruno. Poca gente de la que llega a este despacho conoce a Brian Tracy.

—No me sorprende, Morgan. En mi opinión, la mayoría de la gente, las masas, los mediocres, los borregos que pueblan nuestras calles y que no tienen donde caerse muertos, son demasiado vagos para movilizar sus culos irresponsables y hacer lo qué

hay que hacer para alcanzar el éxito. El crecimiento personal requiere entrega, implicarse, usted y yo lo sabemos. Uno debe coger a la vida por los cataplines y tirar. En lo personal, le diré que he tomado decisiones inspiradas gracias a la información que hay en esas obras. Quiero ser un ganador.

—Me alegra oírle decir eso, Bruno.

—Eso es lo que pienso. Sí, señor.

—Por cierto, al apuntar sus distintos empleos debe de haber confundido las fechas. No cuadran demasiado bien.

—Me disculpo por cualquier inexactitud, Morgan.

—Hay algo aquí que me tiene un poco confuso. Usted trabajó en la misma empresa de venta telefónica durante doce años, ¿correcto?

—Correcto, Morgan. Siempre en la misma empresa, pero se fue a pique. Entonces decidí mudarme a Los Ángeles. Ya sabe lo que dicen: una nueva ciudad brinda nuevas oportunidades. Decidí comenzar desde cero y lanzarme a ello con decisión.

—Un buen historial laboral es muy importante. ¿Qué vendía usted en Omni Incorporated?

—Consumibles: disquetes, cinta de impresora, material para procesamiento de datos...

—Doce años en un empleo requieren una entrega y una implicación considerables.

—Gracias, Morgan. Me precio de mi sentido de la lealtad, la seriedad y el buen hacer. Siento que voy a por todas. ¿Es eso lo están buscando en MNI?

—Es MNI. Y veo que también es escritor...

—Así es, Morgan.

Mis putas manos habían empezado a sacudirse como locas, así que a una de ellas la aplasté con el muslo y la otra me la puse debajo de la axila.

—Qué interesante, ¿y qué escribe exactamente?

—Poemas, Morgan. Pero lo dejé cuando me propuse dedicar toda mi energía a las ventas y el marketing.

—¿Libros de poemas?

—No. Sobre todo textos sueltos, excesivos y autocomplacientes.

—¿Llegaron a publicarse?

—Sí, en revistas y periódicos. Pero ya hace mucho tiempo que no publico nada.

—No abundan los poetas millonarios, ¿verdad?

—Por eso estoy aquí, Morgan.

—Aunque tiene usted un excelente historial de ventas, no cuenta con la experiencia necesaria para el puesto que ofrecemos en MNI.

—Yo lo veo de un modo distinto, Morgan. He venido aquí en busca de una carrera en la que pueda sobresalir por mis méritos y conseguir mi independencia económica. Mi experiencia laboral demuestra que soy un empleado muy motivado y que en el trabajo me dejo el culo. Soy de los que no toman prisioneros cuando vendo

por teléfono, y puedo enrollarme y camelar a un esquimal para que me compre cubitos de hielo... no sé si me explico. Estoy seguro de que ese es el tipo de persona que usted está buscando para formar su equipo de comerciales en MNI.

—Si los datos de su solicitud son correctos, usted se dedicó durante quince años a escribir. Poesía.

—Vale, sí.

—Eso suma un total de veintisiete años en el mundo laboral. ¿Entiende por qué estoy confuso?

—Me equivoqué, por el amor de Dios. A veces me pongo impaciente cuando tengo que rellenar formularios complicados. Yo nunca miento en las solicitudes de empleo. ¿Estoy siendo execrado o es una sensación mía? ¿No estará usted insinuando que falsifico información?

—Claro que no.

—Bien.

Lo veo nervioso. La agresividad es una cualidad encomiable, Bruno, pero debo cumplir con mi trabajo. Me gustaría hacerle un par de preguntas más.

De pronto me vi poniéndome en pie como un resorte, incapaz de refrenarme.

—Quiero dejar una cosa muy clara, Morgan, porque no estoy dispuesto a perder ni un minuto en mi camino hacia el éxito laboral. Se lo diré en pocas palabras: este servicio suyo lo vendo con los ojos cerrados y silbando el himno nacional por el ojete al mismo tiempo. Soy un candidato de primera, un n° 1 indiscutible.

—¡Haga el favor de sentarse!

—¡Dejemos los rodeos, si le parece! ¡Dígame si la respuesta es sí o no! ¿Cuándo puedo empezar?

—¡Haga el favor de sentarse y hacer lo que se le dice!

—¿Qué me dice de empezar hoy?

—Mire usted... —Morgan Berkhardt se puso en pie— estoy perdiendo la paciencia.

Me tuve que sentar. Mi camisa estaba empapada de sudor y mi estómago hecho un nudo.

—Oiga —le supliqué—, solo intento que me tenga en cuenta. Quiero este empleo.

Antes de abandonar la oficina de Berkhardt, me hizo saber que por la tarde tomaría una decisión acerca de a quien contrataría para el puesto. Y si había sido yo el escogido, Susan Bolke me telefonaría al número garabateado en mi solicitud.

Cuando por fin regresé al motel Starburst ya había oscurecido. De camino a casa, después de una parada en una librería de segunda mano en el Bulevar Venice, me había automedicado dos dosis de medio litro de Jack para calmar los nervios.

Me di cuenta enseguida de que Amy había estado en la habitación, y Rocco también. Olisqueó, resopló y no quiso sentarse.

Abrí la puerta y oteé el suelo del armario en busca de su bolsa de ropa. No estaba. En el espejo había una nota adherida con un pegote de barra de labios. Al parecer, las palabras pertenecían a una canción, no sé a cuál.

Bruno...

Puedes arrastrar tu ropa sucia por la Primera Avenida
Y pasar el rato en esa droguería a la que llamas mente.
No importa lo que uno piensa, sino lo que hace.
Tengo un par de calcetines que me hacen más feliz que tú.
Así que gracias, pero no gracias,

Amy

La lucecita de mi teléfono titilaba. Me acerqué a recepción a averiguar quién me había llamado.

El encargado nocturno me alargó el papel rosado con el mensaje. Era un recado de Susan Bolke. Mientras iba leyendo las palabras fui dejando volar mi imaginación y así poder aspirar de nuevo su perfume y volver a ver esos pezones gordos tensar su blusa transparente.

El mensaje decía que tenía que presentarme al día siguiente a las ocho de la mañana en Media Naranja Internacional para recibir un cursillo de capacitación de dos días. Me habían contratado. Y para celebrarlo por todo lo alto me volví a mi cuarto a ver la tele.

Capítulo 15

Era miércoles por la mañana y faltaban dos semanas para las Navidades. La sala para cursos de formación de MNI estaba abarrotada. Éramos una docena de aspirantes, casi todos hombres. Se nos informó de que harían falta dos jornadas completas de doce horas para que aprendiéramos a vender el servicio. Yo ya tenía asegurado mi cheque para las dos próximas semanas, y la compañía se encargaría de darnos de comer y de cenar.

El trabajo de Berkhardt consistía en explicarnos las exitosas fórmulas que aplicaban en MNI. Seguramente pensó que yo tenía posibilidades, porque pillaba rápidamente la información del material didáctico que se me había entregado y porque le hacía preguntas constantemente.

Durante todo aquel tiempo Rocco permaneció en el Dart, con las ventanillas bajadas, aparcado a la sombra de un árbol. En los descansos, me acercaba y lo sacaba a pasear con la correa en una mano y mi vaso de plástico lleno de vodka barato en la otra. Mientras él meaba en los arbustos, yo me pegaba un par de lingotazos. La primera tarde, mientras le sujetaba la correa, Rocco me sorprendió con un beso, un lametón abarcador y húmedo que me llenó de babas la mejilla y me llegó hasta la nariz. Por lo visto estaba encariñándose conmigo.

Durante la salida al aire libre pasamos frente a la esquina del edificio, donde la señorita Bolke tenía su despacho. Nos vio a través del muro de cristal y saludó con un gesto, una especie de cortesía para pringaos, reservada para los aspirantes masculinos y demás inútiles con ingresos inferiores a cincuenta mil al año. Le devolví el saludo.

El segundo día, Berkhardt llegó a la sala de reuniones acompañado de Mitch Glickman; quería mostrarnos a los aspirantes las fotocopias de los últimos cheques de Mitch. Eran talones de cinco, seis y siete mil dólares por dos semanas de trabajo, lo que significaba la friolera de 175.000 dólares al año. Mitch era el vendedor estrella de la sucursal de Westchester y dirigía un equipo de ventas de seis asesores. Llevaba tres años en la empresa, y ofrecía una enorme sonrisa y un sincero desprecio hacia todo lo que le rodeaba.

Aquella tarde Mitch nos invitó a algunos de los aspirantes a un bar de *striptease* del Bulevar Century para celebrar el final del curso de capacitación. Encerré a Rocco en el Dart y me marché de MNI en el Porsche negro de Mitch. Durante mi etapa de prueba, me asignarían a su equipo de ventas.

Él corrió con todos los gastos, tanto de las entradas como de las bebidas. Después de un par de copas todos se marcharon. Mitch ya estaba trompa. Me confesó que le habían ofrecido el puesto de gerente de la franquicia —incluso antes que a Berkhardt— y que lo había rechazado. Me contó que, durante la fiesta de Acción de Gracias de MNI, escondidos en el armario donde se guardan los materiales de oficina, Susan Bolke le había hecho una paja. Además le pareció necesario hacerme saber que era dueño de cuatro bloques de apartamentos y un centro comercial, y que su novia había

aparecido en la página central de una revista.

Mientras conversábamos, Mitch se piraba cada dos minutos al servicio de caballeros para meterse un tirito por la napa. Al volver se sorbía los mocos, se limpiaba la nariz, le susurraba algo pícaro pero inteligente a la bailarina más próxima a nosotros y después proseguía con su discurso egocéntrico. Cuando decidimos marcharnos le dio a la chica que nos servía cien dólares de propina. Yo tomé nota rápidamente... Mitch: candidato al sableo de un par de billetes cuándo y dónde se tercié.

MNI contactaba a sus clientes potenciales por teléfono y durante el día. Después del horario de oficina, cada asesor debía realizar dos presentaciones de los servicios de la empresa.

Por las tardes, todos los asesores nos presentábamos a una reunión comercial a las cuatro y media para recoger la ficha de visitas en la que constaban las señas de nuestros clientes potenciales. Entonces Berkhard nos soltaba un discurso un poco más motivador de lo habitual acerca de las capacidades que cada uno de nosotros poseía o no. Nos hacía declarar a qué categoría de comerciales pertenecíamos. Cuando me llegó el turno, levanté la mano. Yo iba a por todas.

Aquella noche hice mi primera visita, mi cliente era un cocinero del restaurante Denny's. El tipo ni siquiera se dignó a presentarse. Desde el restaurante llamé a la oficina de MNI, y Berkhardt me indicó que, aunque fuese algo temprano, me presentara a mi segunda visita.

Se trataba de la señora Kerns, de Redondo Beach. Tara Kerns vivía en un edificio de apartamentos construido hacia cinco años. La esquina la ocupaba un Burger King y la acera de enfrente un concesionario de Nissan. Recordé el viejo eslogan de la campaña de Datsun: «LA FUERZA NOS GUÍA». Y me sentí inspirado.

Tras haber aparcado el coche, me eché un par de tragos de vodka matarratas al garguero y después me rocié un poco de colonia para disimular el olor a priva. Tras dejar a Rocco algunas galletas Oreo en su cuenco, cerré el coche con llave y saqué del maletero el equipo de demostración de los servicios de MNI. Este consistía en un maletín que contenía un reproductor de videocasete portátil y una caja de cintas en las que figuraban los candidatos masculinos más apropiados. Dejé el vídeo en el coche porque en la ficha de visitas la casilla de TIENE REPRODUCTOR DE VÍDEO había sido marcada con una cruz.

La ficha de la señora Kerns mostraba que ganaba entre sesenta y setenta mil dólares al año, lo cual la situaba en la categoría «A». Era propietaria de una tienda de uniformes y estaba divorciada desde hacía once años. Según otra de las casillas marcadas en el formulario a Tara le gustaban los deportes y le habían sido otorgadas todas las tarjetas de crédito más importantes. Acababa de caer el sol cuando llamé a la puerta del apartamento número veintiocho.

La mujer que me recibió medía casi un metro noventa con los tacones puestos y pesaba por lo menos unos ciento diez kilos. Su cabello era de un rojo vivo, lo mismo

que sus labios, y sus pies y manos no tenían nada que envidiarle a los de un hombre. Al enfrentarnos cara a cara, noté que mi cabeza apenas le llegaba al mentón.

Tuve suerte de llegar temprano a la cita. Resultó que Tara ya había dado buena cuenta de una considerable cantidad de Johnny Walker etiqueta negra. Llevaba un vaso en la mano y, al fondo de la estancia, en el mueble de las bebidas, divisé la botella abierta y una cubitera llena. La bebida le otorgaba a aquella mujerona una suerte de ternura y delicadeza que el alcohol provoca a veces en cierta gente. Enseguida advertí en que etapa ética estaba la señora Kerns. Sabía que a partir del punto en el que se encontraba, uno se emborracha tranquilamente o se emborracha y se caga en todo. Me presenté y le expliqué por qué llegaba antes de la hora prevista. Me hizo pasar.

Nos sentamos, yo en el sofá y ella en frente, en una silla. Reparé en un antiguo botellón de agua de veinte litros a medio llenar de monedas. Eran todas de níquel, de veinticinco centavos para arriba, nada de calderilla. Su talonario de cheques seguía arriba de la mesa junto a varios sobres con sellos, lo que indicaba que había estado pagando facturas. Una señal auspiciosa.

Apoyé el maletín de presentación en el suelo, junto a la mesa de centro. A través del cristal distinguí en la balda inferior un catálogo de ropa interior sexy. En la televisión sonaba a un volumen atronador *La rueda de la fortuna*, un concurso muy popular. El ruido era molesto. Una capulla de culo gordo iba en cabeza y cada vez que ganaba lanzaba un berrido.

—¿Le apetece una copa? —me preguntó Tara.

—Gracias, me vendría bien —respondí, con plena conciencia de que el consumo de alcohol en compañía de un cliente implicaba una infracción de la normativa recomendada por MNI.

—Por cierto, ¿no le molestaría bajar un poco el volumen del aparato? Creo que le ayudaría a apreciar a los candidatos que le traigo para sus citas futuras. Podría ser interesante.

Bajó el volumen con el mando a distancia y frunció la cara demostrando que solo lo hacía por complacerme.

—¿Está mejor así?

—Sí, gracias.

En el lapso en que Tara se marchó a la cocina en busca de mi copa, abrí el maletín y saqué los videos de los candidatos más prósperos. Yo ya había repasado la cinta durante el cursillo, y había escogido a dos grandullones, ex deportistas que, según mi parecer, le iban a Tara Kerns como anillo al dedo.

Regresó y posó mi copa sobre la mesa. Escocés con hielo, aunque más whisky que hielo.

Mantener la distancia profesional era un asunto de suma importancia en MNI y yo quería hacer las cosas bien. Saqué el cuestionario de compatibilidad de mi maletín y lo prendí en mi carpeta sujetapapeles. Mientras yo rellenaba el impreso con sus datos,

Tara cambió de canal y subió el volumen a todo trapo.

—Nada de nenes de mamá —siseó a punto de quitarme la carpeta de las manos. Después volvió a bajar el volumen.

—Entendido.

—Estoy escaldada y sé lo que quiero. Dime, ¿me has traído calzonazos y quejicas? ¿Cómo puede saber una de vuestras clientas con quién va a salir con solo ver al tipo en un vídeo, eh?

Di un trago de mi copa.

—No lo sé.

—Nada de calzonazos y quejicas, ¿vale?

—No solemos clasificarlos de esa manera —repuse. Pero de pronto oí mi bocaza proferir—: Pero si le apetece conocer macarras puede probar en un bar de moteros, allí encontrará a todos los ex presidiarios y quinquis que le apetezcan. La empresa que represento, en cambio, se especializa en adultos solteros que buscan relacionarse con personas normales.

No hace falta ponerse maleducado. Tu compañía me cobra un riñón por su servicio, lo único que quiero es no tirar mi dinero. ¿Y qué pasaría si empiezo a salir con alguien y descubro que él y yo somos incompatibles? ¿Qué pasa entonces?

—Cásese con él. Eso hice yo.

Ella apoyó el vaso en el cristal y me miró fijamente a los ojos durante unos segundos.

—¿Cuánto hace que vendes este servicio de citas? —preguntó.

—¿Quiere decir que cuánto hace que soy asesor de MNI?

—Sí, cuánto hace que te dedicas a esto. Sé sincero.

—Veinte minutos.

Los dos soltamos la carcajada, y entonces entendí quién era Tara.

Los años me han enseñado que existen dos tipos de mujeres triunfadoras: la primera es aquella que, para probar de lo que es capaz, tiene que aplastar y vencer a todo ser que se cruce en su camino, especialmente a los hombres; con ellas todo se reduce a la lucha por la supervivencia. La del segundo tipo ha logrado salir adelante por haber sido una buena persona y haberse roto el culo como todos los demás, por eso y por haber sabido aprovechar la mucha o poca suerte que le ha tocado, como nos suele suceder a todos. Yo estaba seguro de que Tara pertenecía al segundo grupo. Grandota, acomplejada y cariñosa, como un setter irlandés de labios rojos. Su rudeza no era más que una fachada.

La bebida le había hecho soltarse, así que decidí tratar con ella de igual a igual, con franqueza, y llevarla al terreno de los negocios. Pero nuestro cuestionario la aburría, y además noté que Tara había bebido demasiado whisky y ahora parecía mirarme con cierta lascivia, como evaluándome.

De niño, recuerdo cómo le quitaba el envoltorio a los chicles Juicy Fruit. No lo

hacía para comérmelos, sino para lamerlos hasta disolver todo el azúcar, después les daba la vuelta y pasaba mi lengua húmeda por el otro lado. Sabía con certeza que el sabor deseado estaba allí, pero intentaba demorar todo lo posible el placer que me producía. Para Tara Kerns, me había convertido en un chicle Juicy Fruit.

Necesitaba el empleo, y el viernes cobraría el sueldo base correspondiente a toda una semana. Además, tenía un perro enfermo que alimentar, y tampoco me parecía tan mala idea seguir durmiendo bajo un techo y en una cama, en lugar de verme obligado a sobar en el asiento trasero del Dart. El talonario de cheques de Tara seguía sobre la mesa, pero me daba miedo perder la venta si me la tiraba, así que intenté llevar a buen término la presentación.

Acabamos con el cuestionario. Por el tono de las respuestas era evidente que mi habilidad para manejar al cliente era nula o casi nula. Su interés se había esfumado, yo había cometido el error de dejarla beber y ahora se me estaba despistando.

—Veamos un vídeo —dije resuelto.

—Espera un minuto —exclamó. Se puso de pie, sonriente, mostrándome sus dientes blancos manchados de carmín y farfullando las palabras—. Antes de nada tenemos que volver a llenarnos los vasos.

Cuando regresó yo ya había puesto la cinta de Phillip Kessler que ahora aparecía en la pantalla. En la etiqueta de la caja venían el nombre del candidato y unas pocas señas. Phil medía uno con noventa y siete y pesaba ciento cincuenta kilos. Era dentista y estaba divorciado.

Tara alargó el brazo, me entregó un vaso medio lleno de whisky con hielo y se sentó a mi lado en el sofá.

—Está usted trompa —le dije.

—Pues sí.

—Me gustaría terminar con mi presentación. Esta es la primera presentación que hago, así que o cerramos el trato o me largo.

—Vale, estoy acostumbrada. Cierro tratos todo el día, así que hagamos negocios... por mí no hay problema.

—Me gustaría que viera a alguien que físicamente pueda ser su tipo. ¿Le parece bien?

—Claaaaro —respondió sugerente.

La cinta empezó a rodar y apareció Philip describiéndose a sí mismo. Se me había olvidado que, además de calvo, Philip era arrogante: «Soy Philip Kessler, el doctor Philip Kessler. Tengo treinta y ocho años. Me gusta ir al cine, bailar, y era un fanático del tenis hasta que me lesioné la rodilla... ja, ja... Tengo barco y amarre en Marina del Rey y paso mi tiempo libre navegando... También tengo un piso en una urbanización y una cabaña de esquí en Mammoth Mountain y...».

Detuve el vídeo con el mando a distancia. Percibí el enfado de Tara.

—Y... ¿qué le parece?

—Un nene de mamá... Un nene de mamá pijo.

De repente me odié por tomar parte en aquella mascarada. Sabía que la había cagado y que no me importaba. La estupidez de intentar venderle nuestro servicio de citas a aquella mujer se había convertido en un esfuerzo demasiado pesado.

El mayor atractivo de Tara eran sus tetas, unas tetas grandes y blandas que pesaban unos cinco kilos cada una. Al menos me van a echar un polvo, razoné. Quise hablarle a la cara pero en realidad me estaba dirigiendo a sus tetas:

—¿Quiere cargar la cuota de inscripción al servicio a su tarjeta o prefiere pagar con talón?

—Con tarjeta —repuso babeante.

Cuando empezamos a follar me llamó «polla angelical», pero treinta segundos después de metérsela, Tara ya se había puesto a roncar.

Capítulo 16

Dormí bien. Me quedé leyendo su ejemplar de la *Antología Oxford de poesía inglesa* y bebiendo su whisky escocés hasta las dos de la mañana. Finalmente caí rendido; pasarían unas cuatro o cinco horas. Cuando me desperté por la mañana, había un vaso de tubo lleno de whisky esperándome en la mesilla de noche, y junto a él una pastilla de Percodán, por si me dolía la cabeza.

La mujerona iba y venía por el cuarto, vistiéndose para ir a trabajar. La observé inclinarse hacia adelante para verter sus pechos ponderosos en un sujetador rojo. Siempre me han gustado los sujetadores rojos, es el color de ropa interior que distingue a las golfas.

Me pescó mirándola mientras se acicalaba en el espejo.

—Me he hecho socia de tu servicio de citas, ¿no es cierto?

—Eres todo un miembro del servicio de citas de MNI.

—¿Ha valido la pena?

—Qué pasa, ¿te ha entrado el yuyu?

—Eres un monstruo del polvo.

Me vino a la mente el sueño que había tenido la noche anterior, un sueño que hacía años que se venía repitiendo. En él, Jonathan Dante manejaba solo los remos de un bote. El tetamen de Tara fue lo que me evocó el sueño... el bote. Yo nadaba a su lado mientras él remaba. Las aguas del océano inmenso estaban claras y en calma, solo estábamos allí mi padre y yo. De tanto en tanto yo me paraba a observarlo, pero él nunca advertía mi presencia ni dejaba de remar. Se trataba de un sueño recurrente, que generalmente terminaba con él alejándose, remando hasta desaparecer.

Sin embargo esta vez no fue así. Era la primera vez que tenía aquel sueño desde la muerte de mi padre, pero ahora yo me encontraba nadando solo en el agua. Dante ya no estaba allí.

Pensé para mis adentros que ahora comenzaría a comprender lo que significa perder a un padre y lo que implica no poder contar con nada que pueda reemplazar su pérdida. El corazón se me encogió como si lo hubiera cubierto una manta empapada y fría. Siempre lo había amado, pero nunca lo había sabido. El dolor me invadió en toda su dimensión y me cortó el aliento. Tuve que tragarme mis sollozos.

Sus sueños habían muerto con él. Los cuentos y libros, desconocidos para el gran público, que para él significaron su vida, nunca serían publicados. Ya nunca alcanzaría el reconocimiento. Lo bello y puro de sus palabras y fantasías se había marchitado escondido en su interior. Sus ataques a Dios y a la vida habían tocado su fin. Él había sido un artista de verdad, un ser humano original, y ahora nunca se sabría.

Todo aquello me hizo querer escribir en su nombre, expresar en blanco sobre negro algo que vendiera lo suficiente para ser tomado en cuenta. Entonces les diría a esas personas que leyeran a un verdadero escritor, a un verdadero poeta, al bello y

malogrado gigante: Jonathan Dante.

—¿Te volveré a ver?

Era Tara. Me llevo un par de minutos conseguir que mi boca entrara en funcionamiento.

—Vendré esta noche con cinco vídeos de candidatos adultos para que escojas —repliqué.

Se marchó a trabajar. Confiaba en mí tanto como para dejarme solo en su dormitorio; para que me despertara y me vistiera a mi aire.

Inmediatamente después de cerrar la puerta tras de sí, me quedé solo y tuve un mal presentimiento. Me había olvidado de llamar a la oficina. Berkhardt era estricto en cuanto a la disciplina y las llamadas y además había puesto mucho énfasis en ello durante el cursillo de capacitación.

Rodé hasta el otro lado de la cama, el de ella, con la intención de coger el teléfono, pero un regusto amargo me subió por la garganta. Bebí el whisky que quedaba en el tubo y me dirigí a la cocina. Ya no quedaba más escocés, pero en la nevera encontré un paquete de seis latas de refresco Cisco de sangría (con sabor a cereza). Arranqué dos y me las llevé al dormitorio.

Cuando las acabé y me tomé el Percodán marqué el número de MNI.

Me respondió el sistema contestador, ese era el castigo por llamar fuera del horario establecido. Pulsé la opción «uno» para hablar y entonces tuve que tragarme un listado de nuestras actividades para solteros, otro listado con los nombres y los números de teléfono de las parejas que darían fiestas, y finalmente una invitación a beneficiarse de un descuento del 30% para aquellos socios que trajeran a un nuevo amigo a MNI durante el transcurso del mes.

Cuando por fin llegué al menú que me permitía deletrear el nombre de la persona con la que yo quería hablar, pulsé B-E-R-K y el sistema me conectó automáticamente a la extensión de mi jefe.

—Hola, soy Bruno Dante y llamaba para informar de mi visita —comencé—. Ayer por la noche, cuando llamé para informar de los resultados, debí de equivocarme de número... seguramente me habré confundido. No pasa nada, he vuelto a llamar hoy... Tengo noticias excelentes que comunicarle, diría que incluso extraordinarias. Mi cliente, la señora Kerns de Redondo Beach, ha decidido asociarse a MNI. Me ha entregado el pago completo. Además, la señora Kerns quería que yo le informara a usted de que tiene pensado escribirle una carta en la que le contará cómo mi visita en nombre de MNI ha cambiado su vida social... La señora Kerns dijo que debía haberme dedicado a la psicoterapia... Por la tarde y a tiempo para la reunión vespertina, me personaré en nuestras oficinas con el pago y los impresos correspondientes —lógicamente, salvo la inscripción de Tara, todo lo demás no era más que una sarta de mentiras—. Por cierto, señor Berkhardt, el sistema que atiende las llamadas a MNI es sensacional. Me entusiasma ver cómo la tecnología nos atrapa,

uno se siente como un minino ahogado por un niño. Maravilloso... Excepcional... Cuánta información podernos hacerle tragar a una persona indefensa antes de permitirle respirar, ¿verdad? ¡Es estupendo!

Tras ducharme y afeitarme con una de las maquinillas rosas desechables de Tara, me sentí recuperado gracias al refresco Cisco de sangría y al calmante. Sin haber echado el pestillo, cerré la puerta y bajé a sacar a Rocco del coche. Estaba malhumorado por haber tenido que pasar la noche solo. Mientras lo paseaba advertí que su cojera había empeorado, y que le dolía cada vez que movía las patas traseras. Puesto que a mí los efectos del Percodán que me había tomado con el desayuno me habían sentado de maravilla, apenas regresamos a la casa localicé el frasco en el armario del baño, trituré la mitad de una pastilla y se la ofrecí a Rocco en el cuenco, mezclada con refresco Cisco de sangría.

Por las dudas, me recete una segunda pastilla y guardé otras dos para más tarde.

Rebuscando en la nevera descubrí una ensalada de huevo. Hundí el dedo en ella e intenté que primero la probara Rocco. Se negó, así que la volví a dejar en su sitio. Mientras miraba la televisión me bebí dos Ciscos más. Metiendo las narices donde no debía, abrí el armario que sostenía el aparato y encontré un par de docenas de películas viejas: *James Bond, E. T.*, y hasta un clásico con Humphrey Bogart. En la balda inferior descansaba una caja negra sin la típica sobrecubierta lustrosa, era una caja sencilla color negro mate. La abrí y en su interior, además de la cinta, hallé una pegatina que rezaba *Dick y Darlene Disfrutan de Debbie*.

Deslicé la cinta en el reproductor.

Era cojonuda. Bien iluminada y llena de acción, con muchos primeros planos del cipote erecto de Dick penetrando a Darlene y a Debbie.

La joven Debbie me recordaba mucho a Susan Bolke, con el mismo tipo de pelo rubio, ensortijado, y aquellos ojos bonitos. De los tres participantes ella era la más activa y la más original. A los diez minutos de película ya me había empalmado y las pastis y el refresco de sangría me habían dejado colocado y hambriento al mismo tiempo. A Rocco el Percodán también le había sentado bien, ahora se encontraba descansando tranquila y confortablemente en la alfombra contigua al sofá. Había llegado la hora de atacar la ensalada de huevo.

Llegué hasta la cocina y quité el film transparente que cubría aquella mezcla de huevo machacado, apio y mayonesa, alineada con trocitos de cebolleta. Probé una cucharada del menjunje y no estaba del todo mal. Algo soso y carente de personalidad, pero me satisfizo.

Retorné al salón con la ensaladera, el salero, unas galletas secas y la última lata de Cisco. Me dediqué a comer y a mirar la película. En la pantalla, Darlene disfrutaba de Dick mientras Debbie se masturbaba con un consolador cromado. Mete y saca, mete y saca. Tanto se lo metió y sacó que decidí cascármela junto con Debbie, al unísono, imitando cada uno de sus movimientos. Tuve que dejar la comida a un lado.

Cuando estaba a punto de correrme, la idea de unirme espiritualmente a Tara

acabó por hacerme eyacular dentro de los restos de ensalada que quedaban en el recipiente. Fantaseé con la mujerona comiéndose mi placer con galletas saladas o sobre unas tostadas, y mi orgasmo se hizo mucho más intenso.

Cuando hube terminado, maté el bote de Cisco y volví a cubrir la ensaladera con el film transparente. Lo estiré hasta dejarlo tenso, igual que lo había encontrado, y después dejé la ensaladera en la balda de arriba, en el sitio exacto donde la había hallado.

Regresé al dormitorio y me senté en la cama de Tara para descansar los ojos durante unos minutos; me desperté tres horas más tarde. No quería llegar tarde a mi reunión de comerciales, así que deprisa y corriendo tiré a la basura todas las latas vacías de refresco Cisco de sangría y enjuagué en la pila el cuenco del que había comido Rocco. A continuación —asegurándome de que la puerta estaba cerrada y bien trancada, y sin olvidarme de mi maletín para presentaciones de los servicios de MNI—, el perro y yo dejamos el apartamento.

Mientras cruzábamos la calle, noté que Rocco ya no cojeaba. El calmante había funcionado. Me sentí bien por estar haciendo algo positivo por aquel chuchito.

Con el contrato y el pago completo de Tara bajo el brazo llegué puntual a la reunión. Era un momento memorable: había hecho una sola presentación y había cerrado un trato. Los otros asesores se mostraron impresionados. Pero mientras me quitaba los impresos de las manos, Berkhardt me miró de arriba abajo con desaprobación.

Por lo visto, la venta resultó ser menos importante que mi aspecto. En lugar de ser elogiado fui reprendido delante de los demás aspirantes ¡por no llevar corbata!

Me había marchado del apartamento de Tara tan preocupado por no dejar la puerta abierta que, en el ínterin, me había olvidado la puta corbata en el sofá del salón. Mi presentación, venta, contrato firmado y pago completo quedaron ensombrecidos por no estar ataviado para la ocasión. Lo prioritario para Berkhardt era la obediencia a las normas y procedimientos.

Allí me quedé, separado de los otros seis robots recién llegados, mientras Berkhardt nos instruía acerca de la importancia de seguir las directrices y no alejarnos de la fórmula que tanto éxito le había granjeado a MNI. Berkhardt se estaba asegurando de que su cuerpo de asesores comerciales se ciñese a la fórmula macdonalizada, moldeada y cortada con patrón que había hecho de MNI una empresa próspera. Yo representaba a la oveja negra.

Tras un discurso de veinticinco minutos, Berkhardt por fin sujetó en alto el contrato que yo había conseguido.

—Un trabajo magnífico, Dante —exclamó—. ¡Una visita, una venta!

Algunos de los presentes aplaudieron, otros no, pues no estaban muy seguros de qué era lo que el jefe esperaba de ellos. Lo ocurrido no había sido precisamente una palmada en la espalda.

—Cuéntenos como lo hizo, Dante —insistió Berkhardt.

Yo me sentía desinflado, sin gas.

—Solo hice lo que se me enseñó y seguí a rajatabla los pasos de la presentación.

—¡Eso es exactamente lo que uno debe hacer! —bramó Berkhardt—. Debemos centrarnos en los procedimientos comprobados y atenernos a aquello que tanto éxito nos ha brindado. Señores, en MNI no buscamos reinventar la rueda, no se puede discutir con un historial de éxitos, ¿no es eso cierto, señor Dante?

—Muy cierto, señor Berkhardt.

—¿Sabía usted, Bruno, que Mitch Glickman se apuntó ochenta de los grandes en su primer año siguiendo al pie de la letra la fórmula ganadora de MNI? Hizo todo lo que estuvo a su alcance para asegurarse unos ingresos que lo colocaron en el dos por ciento de la población más rica de Estados Unidos. Si para lograrlo Mitch tenía que hacer dos presentaciones diarias, las hacía sin rechistar. Llegaba temprano y se marchaba a casa tarde. Su éxito empezó cuidando detalles tan insignificantes como llevar corbata y una camisa limpia, y llamando a MNI para informar de los resultados al final de cada una de sus visitas. Esos son los detalles fundamentales, ¿no es eso cierto, señor Dante?

—Ciertísimo, señor Berkhardt.

Pero a la salida de la reunión, mientras los robots salíamos en fila india, Berkhardt me sacó de un tirón y me arrastró de nuevo a la sala de reuniones.

—¿Qué coño te pasa, Dante? ¿Qué carajo tienes en esa cabeza?

—Estoy preparado —respondí—. Creo que puedo cerrar dos tratos hoy. Pero antes necesito estudiar con usted la posibilidad de que me de un adelanto. Estoy un poco corto de efectivo.

—¡Déjate de chorradas y siéntate!

—Una visita, una venta. Soy su nuevo Mitch Glickman, jefe —dije mientras me sentaba—. ¿Qué es lo que le preocupa tanto, señor Berkhardt?

—Nadie dijo que no pudieses vender. Eso lo supe desde el mismo instante en que entraste por la puerta de mi despacho. Pero en MNI ese pico de oro no te llevará a ninguna parte. Nosotros buscamos ganadores, Dante, pero contigo me equivoqué. Tú lo que eres es un saboteador. Tienes un hacha en la mano y estás talando un agujero en el bote que va a salvarte la vida. Te vas al fondo, Dante, no hacia arriba. No eres más que un despojo, Bruno, un perdedor.

Aquel comentario me hizo enfadar.

—No es cierto —le solté—. Usted ha visto de lo que soy capaz. Me siento implicado.

—Lo que estás es implicado en mamarte. ¿Con qué cara llegas aquí medio pedo, con la camisa arrugada y sin corbata? ¿Qué te crees, que dirijo un servicio de asistentes? ¡Que te jodan, Dante! Estás camelando a un camelante. Y ahora estás haciéndome la pelota por miedo a quedarte sin tu talón.

—Sin embargo, convendría no olvidar que yo hice la única venta del día de ayer.

—No es cierto. Mitch cerró dos tratos en dos visitas.

—Me refería a los aspirantes, a los nuevos.

—Durante tu entrevista vi dentro de ti a un lince, a un vendedor con grandes habilidades. Pero lo llevas tan oculto, tan metido en el culo que haría falta un litro de desatascador y un enema con una manguera de bomberos para que lograras cagar a ese lince y hacerlo salir a la luz. Tú eres de los que salen caros, Dante.

—Lo que usted vio en mí no era un lince, sino un vampiro. Pero ese sueldo base de embuste no me compensa lo suficiente como para tener que aguantar sus reprimendas de pichafloja. Yo he hecho ganar dinero a esta empresa. Quizá hoy no haya ganado puntos en el certamen interno de elegancia que ustedes se montan aquí a diario, pero llegué aquí con las orejas y el rabo. Y eso es lo que su jefe y usted se llevan al banco. Y si quiere que se lo diga más claro, échele agua.

Supe que lo había cabreado. Ahora lo tenía gritándome en la cara.

—En mi equipo no necesito borrachos con problemas personales sin resolver —vociferó—. Y como que hay un Dios tampoco te necesito a ti. Esto va en mayúsculas para que lo veas bien: ¡JÓDETE!

Acto seguido metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes de cien dólares, del que separó dos.

—Esto cubre el porcentaje de tu venta. Los otros doscientos los puedes pasar a retirar el viernes. ¡Estás despedido!

Jugué su reacción, mirándolo a los ojos, con la esperanza de poder aún intimidarle. Pero comprobé que no estaba echándose un farol.

—... Eh, espere —exclamé con miedo a perder el empleo—. Perdóneme...

—Lárgate, la has cagado. Vete a dar un paseo.

—¿Porqué no intenta ser justo conmigo?

—Me importa una mierda lo que a ti te pueda parecer justo. Te desprestigias delante de mis vendedores, ¿y encima esperas que te de una medalla? Ya tienes tu dinero y estamos en paz. ¡Así que vete de una puta vez!

—Ya he admitido que cometí un error... Quiero que me dé otra oportunidad.

—El que nace para pito nunca llega a corneta, y tú eres un pito, Dante. Eres un borrachuzo, un borrachuzo con mucha labia. Ese detalle se me escapó durante la entrevista y en el cursillo, pero ahora lo veo claro.

—Vale, me tomé unas copas, estuve celebrando la venta. Déjeme probarle que puedo hacer este trabajo.

—No eres más que un parlanchín, una de esas personas que cogen lo que les hace falta, lo usan y después lo tiran. Eso es lo tuyo. Tú mismo lo has dicho, eres un vampiro. No te estás jugando nada en este asunto, eres demasiado listo, demasiado rápido para MNI.

—No volverá a ocurrir, se lo juro.

Berkhardt me ofreció la mano. Ya había recobrado la calma.

—Dejémoslo así. Ninguno de los dos ha cometido todavía un error irreparable. No te guardo rencor. Te deseo una feliz Navidad y buena suerte.

No nos dimos la mano. Ya me habían despedido muchas veces de empleos mejores, pero no tenía la energía para darme la vuelta e irme sin más.

—Le estoy pidiendo que me devuelva mi empleo —dije tratando de mirarle a los ojos.

—Mira, Dante, por aquí pasan veinte tipos al mes, a veces treinta. A ver si me entiendes: a lo largo de dos años suman un montón de camisas de poliéster y corbatas con gomita. Con el tiempo me he convertido en un pitoniso de aspirantes a comerciales y en un conocedor de la naturaleza humana. Te diré lo que he aprendido. ¿Te interesa un consejo gratuito?

—Bueno, vale.

—He notado que algunos aprendemos las lecciones de mierda que se nos presentan en la vida a través de la experiencia, de la repetición. Existe un tipo específico de persona de la que yo soy un ejemplo. Fallamos, pero nos levantamos y lo intentamos otra vez. En el fondo de mi ser, sé que si aguanto lo suficiente al final lograré vencer la resistencia y salir airoso al otro extremo. Se me puede enseñar. Me lleva tiempo, pero soy capaz de aprender a ver las cosas desde una perspectiva nueva. No me tiene que chorrear la sangre por la cara para haber entendido la lección. Soy una abeja obrera. Soy tenaz, un currante cabezota. Las personas como yo llegan a la línea de meta.

»Pero tú no eres de esos, tú perteneces a otra especie. Tú eres de los que aprenden rápido. Eres listo, llegas y tocas la campana antes que nadie. Alcanzas la cima en un destello, vuelas como un rayo; eres el maestro de los cien metros lisos. El problema contigo, y con los que son como tú, es que no escucháis. Insistís en seguir jugando con vuestras reglas. Eso sí, empujando, dando codazos y quedándoos con todo el que se cruza en vuestro camino. Tú amas a todo el mundo, siempre y cuando te estés saliendo con la tuya. Para ti y los que son como tú, Bruno, el único maestro es el dolor, el fracaso. Nunca vas a aceptar que alguien te avise de que vas a meter la mano en esa sierra circular que tienes delante. Solamente cuando veas con tus propios ojos cómo salen volando trozos de tus dedos, justo cuando veas cómo tu brazo se convierte en un muñón ensangrentado, entonces, y solo entonces, pararás. Cuando alguien como tú se da contra la pared lo hace a la máxima velocidad. Eso es lo que yo llamo «una persona que sale cara».

—Déjeme intentarlo una vez más, señor Berkhart. Daré lo mejor de mí. Se me podrá enseñar... Necesito la pasta.

Noté que se había puesto serio.

—¿Por qué habría de hacerlo?, acabas de cagarla. Eres un peligro, Bruno. Eres un riesgo.

—Estoy cansado...

Me miró atentamente.

—Si la vuelves a joder, te vas. ¿De acuerdo?

—Vale.

Capítulo 17

Con los doscientos dólares recibidos reposté gasolina en el Dart y revisé el motor. Y sumando el bote de aceite, la cuenta subió a veinte pavos. Después, el perro de Jonathan Dante y yo nos acercamos al Thrifty's Drug Store de Marina del Rey, un establecimiento comercial que vendía casi de todo. Allí nos proveímos de todas las marcas renombradas, a saber: seis petacas de medio litro de Jack Daniels y dos cajas de Marlboro, un frasco de doscientos cincuenta unidades de Tylenol para cuando a Rocco y a mí se nos acabara el Percodán, una bolsa familiar de Fritos Chips y revistas: *People*, *Time* y *Newsweek*. A continuación compré seis latas de la comida para perros más cara que encontré, espray fijador masculino para el cabello (nunca lo había probado), un par de novelas en edición de bolsillo, tres camisas de poliéster talla «medium», otra corbata de clip y gomita, desodorante y una loción Old Spice para después de afeitarse. Cuando acabaron de cobrarme en caja conté los billetes que me quedaban: mis fondos se habían reducido a veintidós pavos.

Cargué las compras y el perro en el coche y nos dirigimos a Playa del Rey, tras pasar por hectáreas de terrenos cenagosos y sin edificar que se extendían al oeste del Bulevar Lincoln, allí donde el Bulevar Culver se extingue al llegar al océano. Aparqué el Dart en un estacionamiento inmenso y vacío, cuya casilla estaba cerrada con candado. La cadena de la entrada estaba desenganchada y no había ningún vigilante de guardia, así que crucé todo el aparcamiento acercándome todo lo posible a las anchas y blancas arenas de la playa.

Los cálidos inviernos de Los Ángeles hacen que la temperatura del agua en la costa nunca baje de los diez o quince grados, y puesto que aquel tramo de la costa no gustaba a los surfistas, me encontraba solo. Solté a Rocco pero yo no salí del coche. Preferí abrir la bolsa de Fritos, descorchar una petaca de Jack y ponerme a leer el primero de los libros de bolsillo. Los triángulos de maíz estaban sabrosos y salados; lo que no pude tragarme, sin embargo, fue la tercera página de la novela, debido a la cutrez del estilo con la que estaba escrita. La intolerancia del viejo para con la mala escritura me había marcado. Coño, pensé, yo también puedo escribir algo así. ¡Puedo escribir algo mejor incluso! Incapaz de proseguir la lectura, lancé el libro al asiento trasero.

Miré a mi alrededor en busca de Rocco. No se había metido en ningún lío, solo correteaba con dificultad tras una gaviota.

La compra de la segunda novela había sido una apuesta en toda regla. Me había dejado timar por el reclamo de la portada y el nombre del autor: «Stanley King. Quince semanas en la lista de los más vendidos». El libro tenía setecientas páginas y la primera de ellas ya me había hecho perder todo el interés. Aun con todo quería llegar al meollo del libro... Pero después de un rato, fue también a parar al asiento trasero.

Ansiaba leer algo que mereciese ser leído, las palabras de alguien que hubiese

querido expresar la verdad. Al evocar una tienda de libros usados del Bulevar Venice —donde en mis años de instituto había dado con *Última salida para Brooklin* de Hubert Selby—, decidí acercarme a comprobar si seguía todavía allí.

Hice una doblez en la bolsa de Fritos y llamé a Rocco. Al chucho le llevo un minuto responder a mis gritos y palmas, ponerse en pie y cojear de regreso al coche. Me dolía verlo en ese estado.

Subí por Culver, torcí al este en Centinela y luego a la derecha al llegar al Bulevar Venice. No tardé más de cinco minutos en llegar.

Sin tan siquiera levantar la vista del mostrador el dependiente me dijo que no les quedaba nada de Selby. Así que me tomé mi tiempo y anduve hurgando entre ejemplares de Hemingway y de Saul Bellow. Nada llamó mi atención.

El tipo del mostrador sabía de libros. Cuando le pregunté por e.e. cummings, me ladró el pasillo y el número de estante correspondiente. Era un lector y conocía su inventario.

Encontré el estante, pero cummings no era lo que mi estado de ánimo precisaba. Probé con Bukowski; no estaba mal, pero no me atrapó. Ya dispuesto a abandonar, me di la vuelta y enfilé hacia la salida, pero cuando pasaba junto al mostrador algo me hizo pensar en mi padre. Hacía años que no preguntaba por sus libros en la tiendas, porque la respuesta que me daban era siempre la misma. Sin embargo, algo me empujó a intentarlo otra vez.

—¿Ha oído hablar de Dante? ¿Jonathan Dante?

Al tipo se le dibujó una sonrisa en la cara. Su cerebro orgulloso debía de tener catalogado cada título de la tienda.

—Tenemos uno de sus libros. Se escribe D-a-n-t-e, ¿no es cierto?

—Así es. ¿Cuál de sus libros tiene?

—Sígame.

Fui detrás de él hasta un sector aislado de la sección de narrativa que parecía reservado para rarezas y obras descatalogadas. No había reparado en el letrero que rezaba NARRATIVA PARA COLECCIONISTAS. De inmediato reconocí la traducción original de *Demian* de Herman Hesse, descatalogada desde hacía al menos cuarenta años. Entonces el librero señaló con el dedo una de las obras de mi padre en edición de bolsillo. Estaba apoyada contra *París era una fiesta* de Hemingway. Parecían dos soldados afligidos con sus uniformes raídos, dos soldados cansados, solitarios. Ambos libros eran exactamente del mismo tamaño.

El librero cogió *Pregúntale al polvo* y me lo entregó. Con el delgado volumen entre mis manos, me pregunté cuándo lo había leído por última vez. ¿Habían sido cinco o diez años? Hacía tiempo que había perdido mi ejemplar. Me había olvidado incluso de que hubiera existido una edición de bolsillo. La edición de tapas duras había sido un éxito en su momento —había llegado a las tres mil copias— y era el único de sus libros del que mi padre guardaba ejemplares. La versión barata había desaparecido de la faz de la tierra a una velocidad sorprendente.

Tras entregarme el libro, el dependiente se alejó.

—Si lo quiere, le va a costar veintinueve dólares con noventa y cinco. Es el único libro de Dante en edición de bolsillo que nos ha llegado jamás. Es una verdadera curiosidad.

Al sostenerlo en mis manos, noté que era un libro liviano, humilde. Lo abrí y el lomo crujió. Las páginas estaban duras y reseca. Aquello era lo único que quedaba de mi padre.

Empecé a leer. Leí acerca de la muchacha mejicana, de sus sandalias y del escritor sin blanca que intenta impresionarla, ansioso por enamorarse... y de cómo el joven vierte intencionadamente su café sobre la moneda de cinco centavos con la que ha pagado. Página tras página, cada frase resonaba como los cantos de una misa mayor en latín.

La honestidad era tan dolorosa como el recuerdo que guardaba de ella. El corazón descarnado de Dante habitaba en cada palabra. Aquella novela había sido la obra maestra de mi padre, escrita antes de que los sustanciosos cheques de Hollywood lo convirtiesen en un golfista de calidad y un vejstorio amargado.

Hubiera querido gritar, compartir lo que estaba leyendo, asegurarme de que otro ser vivo supiera quién había sido el escritor que había dado vida a aquellas páginas, hacer que todos se enteraran de la grandeza de esa historia. Si lograba que su obra se leyese, ya estaría haciendo algo por mi padre. Quizá lo leyeran dos personas, y quizás esas dos se transformaran en cuatro.

Salvo por el dependiente, la tienda estaba vacía.

—¿Lo has leído? —voceé con el libro en alto. El chaval estaba a unos diez metros hacia la acera, junto a la registradora.

—¿Es el de Hemingway? —voceó él a su vez.

—No; es el de Dante, *Pregúntale al polvo*.

—Pues no.

Me acerqué al mostrador con el ejemplar, sosteniendo el fino volumen como si transportara las cenizas del viejo. Se lo devolví al joven dependiente. Estaba hablando por teléfono pero presionó el botón de llamada en espera.

—Esto es mejor que Hemingway —afirmé.

—No conozco la obra de Dante, pero sí toda la de Hemingway. Creo que *El viejo y el mar* es la mejor obra de la narrativa norteamericana.

—Si te gusta Hemingway, este libro va cambiar tu manera de ver la literatura. Te despertará como una patada en el culo. A mí todavía me produce ese efecto.

El joven me miró con escepticismo. El experto era él. Era él quien conocía el fondo. Yo solo era un ignorante que le estaba haciendo perder el tiempo. Entonces, y con el fin de lograr el efecto deseado, susurró:

—Señor, Ernest Hemingway era un gran, gran escritor.

—Yo también he leído a Hemingway —contesté—, y tienes razón, era un escritor maravilloso. Pero Dante tiene... tenía una fuerza diferente. Era vital y honesto. Su

sinceridad te estallaba en la cara.

El joven no parecía muy convencido.

—Ya lo leeré un día de estos —fue su réplica. Apoyó el libro en el mostrador y me indicó con un gesto que tenía una llamada en espera—. ¿Lo va a comprar? Si lo quiere, le va a costar veintinueve con noventa y cinco.

Pregúntale al polvo llevaba impreso el precio original en la esquina superior derecha, integrado en la ilustración de la portada: «25 centavos».

Su actitud desdeñosa me cabreó. Levanté el libro y le señalé el precio original en la portada.

—¿Cuánto has dicho que vale?

—Entiéndame, es una obra difícil de encontrar, de coleccionista. El que pone los precios es el dueño de la tienda, cuando se trata de ediciones singulares es él quien los fija. Lo sé porque el dueño es mi padre.

Luego cogió el libro y me mostró la primera página, donde había otro precio escrito a lápiz.

—¿Lo ve? —observó—. Veintinueve dólares con noventa y cinco centavos.

Vale, me lo llevo. Pero déjame preguntarte una cosa. Puedo ver que estas ocupado, así que compraré el libro y me lo llevaré a casa. Pero cuando lo haya acabado, si vengo y te lo presto, ¿me prometes que lo leerás?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Sencillamente, porque es mejor que Hemingway, ¡cojones! Y quiero que lo veas por ti mismo.

El exabrupto le hizo sospechar. El chaval era un cínico y se creía mucho más listo de lo que era en realidad, como todos los demás norteamericanos.

—Oiga —intentó explicarse—, estoy en la universidad y no tengo mucho tiempo libre últimamente... ¿Lo quiere o no?

—¿Cómo se puede despreciar algo sin conocerlo? Quizá estés sujetando algo muy importante sin saberlo. Todo lo que te estoy diciendo es que es una gran obra.

El chaval registró el precio en la caja.

—Con impuestos son treinta y dos con cuarenta y tres. ¿Se lo va a llevar?

Tener aquel libro era para mí tan importante como seguir respirando.

—Desde luego —respondí—. No me iré de aquí sin él.

Me observó hundir las manos en los bolsillos en busca del dinero. De pronto, se me ocurrió que quizá no llevara suficiente. Lo había gastado como un capullo caprichoso en el drugstore de Marina del Rey, impulsivamente, llenándome las manos de basura inservible, de cosas que nunca usaría.

Los billetes estaban enfajados y pegajosos y, cuando por fin logré extraerlos, salieron hechos una pelota. Cayeron sobre el mostrador con la calderilla y papeluchos con apuntes míos, un peine, libritos de cerillas y un par de bolis... Un montón de mierda.

Hice lo que pude por alisar y contar la pasta, lo hice todo a la vez, contando en

voz alta a medida que reunía la suma. En total tenía veintitrés dólares y cincuenta y cuatro centavos, incluidas las monedas.

—Me faltan unos nueve pavos —le confesé—. No llevo más dinero encima.

El chaval se limitó a observar todo aquello como un poli observaría los devaneos de un borracho al que va a encerrar hasta la mañana siguiente. Yo me había extralimitado, demorándolo demasiado en la respuesta a su llamada.

—Ya veo que le falta dinero... Déjeme una señal y vuelva cuando tenga el resto. Estoy dispuesto a guardarle el libro.

—No, de eso nada.

Al oír aquello el dependiente mostró abiertamente su indignación. Se dio la vuelta y pulsó el botón rojo indicador de llamada en espera. Luego, con tono petulante, se dirigió a su interlocutor:

—¿Te puedo llamar en un rato? Me parece que voy a tener problemas. —Y colgó.

—Muy bien —dijo dirigiéndose a mí y cruzando los brazos—, ¿entonces va a hacerme un talón?

—No.

—Oiga, señor, en esta librería no se nos da bien leer el pensamiento. Con impuestos el libro cuesta \$ 32,43, conque dígame qué es lo que quiere hacer.

Entonces recordé que aún tenía la tarjeta de crédito de mi esposa. Sabía que había sido cancelada y que no valía una mierda, pero tenía la esperanza de que, al tratarse de una compra menor, el chico no llamaría para verificarla.

—¿Qué me dices de una Visa? Aceptas tarjetas de crédito, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo tratándome como a un septuagenario senil—. Aceptamos Visa, Master Card y American Express. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Olvidé que la llevaba encima.

Cuando se la entregué, comprobó la fecha de caducidad. Me constaba que la tarjeta parecía perfectamente válida, pero la interacción previa debió de predisponerlo mal y ahora seguiría a rajatabla el procedimiento de comprobación. El chico pasó la tarjeta por la ranura de la pequeña terminal. Ahora sí que me había jodido.

Treinta segundos después, vi cómo se formaba la respuesta en la pantallita de aquel ordenador en miniatura. En una seguidilla de letras de imprenta, gruesas y de color verde podía leerse: «Tarjeta no válida... Tarjeta no válida... Tarjeta no válida...». La terminal no explicaba por qué la tarjeta había perdido su validez.

—¿Hay algún inconveniente? —exclamé, seguro de que me habían pillado, preparado para coger el libro y echar a correr como un vulgar ladrón.

El chico estaba comprobando una vez más la tarjeta.

—No entiendo qué puede haber pasado...

Entonces el dependiente levantó la vista, había leído las letras grabadas en relieve sobre la tarjeta.

—¡Pero si usted también se llama Dante! Bruno Dante —dijo sujetando en alto la tarjeta—. ¿Es usted pariente de Jonathan Dante, del Dante que escribió este libro?

Sentí una vergüenza profunda al verme descubierto. Habría querido que él no se enterase. Los elogios que había prodigado a la obra de mi padre habían sido excesivos y ahora, dado mi parentesco, el dependiente seguramente no tomaría en cuenta mi opinión acerca de la excelencia del libro.

—Sí, era mi padre —respondí asintiendo con un gesto mientras me sonrojaba.

—Pues su tarjeta ha sido cancelada. ¿Qué quiere que hagamos?

Ya no podía detenerme, tenía que jugármela. Quería quedarme con el libro y, además, ya no tenía nada que perder.

—Mi padre murió hace un par de días —expliqué en tono lastimero—. Hace años que no puedo encontrar un ejemplar de *Pregúntale al polvo*. Es la mejor novela que escribió, y yo perdí mi ejemplar hace muchísimo tiempo.

El chico de la caja registradora llevaba unas gafas de diseño con armazón de alambre dorado y una camisa de estampado escocés de mangas largas de esas que venden en las tiendas de Westwood, cerca del recinto universitario de la UCLA. El chaval de la caja registradora era un universitario listillo, un mocoso sabelotodo.

Pero de repente sus ojos me miraron de una manera totalmente distinta.

—Mi padre tiene un tumor en los pulmones, un cáncer —me confesó perdiendo la mirada en el teclado de la registradora—. Desde que empezó con la quimioterapia estoy a cargo de su tienda, de eso hace tres meses. No creo que mi viejo vaya a salir de esta.

Entonces barrió con una mano los billetes arrugados y las monedas hasta el borde del mostrador y los recogió con la otra.

—¿Cuánto ha dicho que había aquí?

—Veintitrés dólares.

—Vendido. Llévase su libro.

Capítulo 18

Después de recoger la ficha de visitas en las oficinas de Media Naranja Internacional, pasé por el piso de Tara Kerns. Le entregué las cintas correspondientes a nuestros cinco candidatos más prometedores y le di un sablazo por la módica cantidad de cien pavos hasta el día de paga. Antes nos habíamos tomado un par de copas, y Tara me había hecho prometerle que pasaría a verla más tarde. Luego me acompañó hasta el Dart y le presenté a Rocco. Muy amablemente, quiso hacerme creer que la bestia le había parecido una monada.

Mi cliente de las seis de la tarde vivía en la zona de Venice, en la Avenida 26, en una casa tipo «Craftsman» construida antes de 1920 y rehabilitada. Llevaba el número dieciocho, y su dueña era una tal señora Nancy Cooper.

Llegué temprano. Aparqué a la vuelta de la esquina y me quedé en el coche fumando, bebiendo a morro de la botella de Jack y leyendo el viejo ejemplar de *Pregúntale al polvo*.

Tenía el presentimiento de que aquella sería una buena presentación. Estaba siendo fiel a lo que había prometido a Berkhardt, mi jefe. El cuello de la camisa me raspaba de tan nuevo que era y mi flamante corbata de clip lucía impecable y en su sitio.

A las 5:59 de la tarde subí los escalones de cemento del porche y toqué a la gruesa puerta de madera.

Nancy arañaba los sesenta, pero la cirugía estética, las liposucciones y las reconstrucciones quirúrgicas de nalgas, cara y pechos habían reducido sus flaccideces, confiriéndole un aspecto más juvenil. Me recibió embutida en un chándal elástico de color rosa y una camiseta a juego que había recortado para poder lucir su tripita bronceada. Su cabello era rubio platino, y el color de su barra de labios hacía juego con el logotipo rosa de su camiseta de C&A.

En cuanto Nancy Cooper abrió la boca para decir «¿Qué tal, guapo? Pase, pase...» toda aquella ilusión juvenil se derrumbó con un estrépito. Sus palabras salían proyectadas por una garganta y unos pulmones que llevaban cincuenta años tragando humo empedernidamente. Fue inevitable, su voz de lija me recordó a Lucille Ball. Nancy podía muy bien haber sido otro personaje de *Pregúntale al polvo*, o quizá mi mente se había llevado a aquella casa algún residuo de la novela de Dante, pues había leído las primeras cincuenta páginas en menos de media hora, de una sentada, absorbiendo la vida que imbuía cada una de sus frases, cada una de sus comas.

Nancy me condujo al salón; en el trayecto me fijé en sus tacones de aguja que se hundían en la alfombra persa. Yo llevaba los impresos y los vídeos de mi presentación bajo el brazo, y no dejaba de azorarme al pensar que aquella mujer debía de tener solamente un par de años menos que mi madre. No podía dejar de admirar sus esfuerzos por mantenerse joven y atractiva, ni de tener en cuenta que aquellas mismas ansias podían ser aprovechadas para asociarla al servicio de citas de MNI.

Sentía que mi segunda venta estaba al alcance de la mano.

Nancy tenía dinero. Su hogar había sido decorado por un profesional. Había obras de arte originales por todas partes y las paredes del salón estaban cubiertas de un material muy parecido a la seda natural.

Mi anfitriona tomo asiento frente a mí, en uno de los dos sofás de cuero color rosa. De la mesa de centro espejada cogió un paquete de Camel con filtro.

—Yo fumo —aclaró con voz áspera y un acento del Bronx de tomo y lomo.

—Por mí no hay inconveniente.

Con vistas a establecer una conexión con mi cliente, saqué una caja de cerillas del bolsillo y encendí su pitillo, después encendí el mío.

Sobre la mesa también descansaba una copa a medio beber de vino tinto o de algún licor.

—¿Gusta una copa? ¿Una cerveza? —roncó señalando su vaso con un gesto de su barbilla.

—Lo que está tomando usted tiene buena pinta. Tomaré lo mismo.

—Es un licor digestivo, es dulce.

—Suenan apetitoso.

—¡Elpedia! —exclamó Nancy por encima del hombro con un acento mejicano perfecto—. *Tráigase otra copita de jerez para el señor, ¡y por favor hágalo rápido, mi'ja!*

Una mejicana gorda asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Okey, señora Cooper.

Arrancamos de inmediato con el cuestionario de compatibilidad de MNI. Y mientras ella rellenaba el impreso, yo fui haciendo las preguntas de rigor.

Mi copa de jerez llegó en una bandeja acompañada de la media botella de Bristol Cream. Elpedia colocó la copa sobre un posavasos. Mientras Nancy terminaba de leer el impreso yo fui dando un par de sorbos.

Cuando me devolvió la carpeta sujetapapeles, advertí que mi clienta había dejado un montón de casillas sin completar. Se había saltado las que detallaban las preferencias personales del entrevistado, así que me vi obligado a preguntarle otra vez todo aquello que no había contestado. Leí directamente del impreso:

—Dígame en términos generales o concretos, ¿qué tipo de compañero tiene en mente para su vida?

La pregunta le ensombreció la cara.

—Uno del tipo macizo. Léame la siguiente pregunta.

—De acuerdo... —respondí marcando la casilla correspondiente—, pero ¿podría ser un poco más específica?

—Mire, viajo cuatro veces al año a Puerto Vallarta y a Cancún. Quiero un chico mejicano que sea majo y guapo, aunque no me importaría que fuera centroamericano. Que tenga entre veinte y treinta años, la educación y todo lo demás me trae sin cuidado. Pero tiene que ser un buen nadador, tiene que tener un tipo atlético... algo

así es lo que me gustaría.

Yo tomaba notas, marcaba más casillas e iba terminando la copa de jerez. Me serví otra y rellené la de Nancy.

Mi anfitriona prosiguió:

—... Quiero a alguien que fume o a quien no le importe que yo lo haga.

Recordé mi conversación con Berkhardt y decidí ajustarme a la presentación establecida. Comencé a leer los enunciados de la siguiente sección del impreso, pero era evidente que el tenor de mis preguntas no sintonizaban con los intereses de mi cliente.

—Dígame, Nancy, ¿qué actividades le gustaría compartir con su media naranja?

Mi petición le provocó una sonrisa, a la que siguió una risa expectorante que duró unos segundos.

—¿Que actividades te figuras tú, cariño?

Tuve que soltar la carcajada. No obstante mi respuesta tenía que devolver la conversación y a mi entrevistada a los asuntos mundanos que habían provocado nuestro encuentro.

—Habrás que tener en cuenta una diferencia de edad de unos cuarenta años...

Nancy encendió otro cigarrillo y lanzó su encendedor, que repiqueteó sobre el cristal de la mesa.

—Vayamos al meollo de la cuestión, rey. Y cortemos el rollo, ¿vale? Soy una persona directa, así que te lo diré bien claro: quiero un maromo, un bomboncito, y eso es precisamente lo que le dije a la chica con la que hablé por teléfono ayer. Me gustan jóvenes, y que él no tenga dinero me trae sin cuidado. Ni siquiera necesitará trabajar porque tengo bastante dinero para los dos. Si es imprescindible, puedo emplearlo como criado aquí, en mi casa. Lo que me llevó a contactar con Media Naranja Internacional fue el asunto de los vídeos. Puedo ver unas cintas y pedir lo que me apetece sin tener que perder el tiempo con las sobras. Tú has venido aquí a mostrarme unas cintas, así que límitate a hacer tu trabajo.

Su arrogancia consiguió irritarme, por lo que mi boca se puso en acción sin órdenes expresas de mi cerebro.

—Nancy —intenté explicarle—, hay una ligera diferencia entre nuestro servicio de citas y una agencia de acompañantes.

—Seguro que sí, apuesto a que la vuestra cobra muchísimo más.

—MNI no se dedica al negocio de los sementales sin papeles. ¿Por qué no prueba suerte en el Bulevar Venice o en alguna discoteca de salsa de Hollywood?

Nancy Cooper sacó su bolso y lo puso sobre la mesa.

—¿Cuánto me va a costar? ¿Vamos a hacer negocios o qué?

Aquello marcó el fin de la parte racional de nuestra conversación. No importaba que se tratase de una operación de tetas o de una liposucción, aquella mujer estaba dispuesta a soltar la pasta y yo fui lo suficientemente inteligente como para cerrar el pico a tiempo. Para Nancy, yo era poco más que un sirviente o un repartidor de

pizzas. Un pringao que iba a traerle lo que ella había pedido.

—Haga el cheque a nombre de Media Naranja Internacional —especifiqué—. Le garantizo que el candidato que le conseguiremos tendrá vello púbico y quizá hasta habrá completado el tercer curso de la escuela primaria.

La señora Cooper aplastó su pitillo.

—Yo suelo pagar en efectivo —gruñó al tiempo que sacaba de su bolso un fajo de billetes de cien—. Y te he preguntado que cuánto me va a costar.

—Dos mil dólares.

Contó los veinte billetes de cien.

—No se olvide del recibo. En cuanto al resto de los detalles, me la sudan.

Depositó mi maletín para presentaciones con sus cinco cintas de vídeo sobre el cristal espejado y tracé una equis bien visible al pie del contrato. Luego empujé hacia su lado de la mesa el maletín, mi bolígrafo y el impreso.

—Aquí está la primera tanda de vídeos y el acuerdo, con la garantía de MNI. Firme al pie.

Si pudiera verme Berkhardt, pensé, estaría orgulloso de mí: había cerrado mi segundo trato.

Después de largarme de la casa de la señora Cooper enfilé inmediatamente a la tienda de licores en la intersección de Venice y Pacific. Las copas de Bristol Cream y la presentación me habían puesto de humor para el vino. Para el vino conocido vulgarmente como «Perro Loco».

Tras hacerme con una damajuana de cuatro litros, recorrí unas cuantas manzanas en el Dart hasta donde el Bulevar Washington choca con el Muelle de Venice. Tampoco en aquella ocasión vi a ningún vigilante en la casilla, así que proseguí por el amplio aparcamiento al aire libre hasta llegar a las escaleras que daban a los pilotes del muelle. Faltaba una hora y media para mi siguiente presentación, pero no me importaba. Había decidido dejar el empleo.

La salud de Rocco estaba cada vez peor. En los dos últimos días el chucho había perdido el control de sus esfínteres y se había cagado, primero en el asiento trasero y después en el hueco detrás del asiento del acompañante. Ahora ya no paraba de aullar de dolor.

Antes de apearme del coche vertí un chorro de Perro Loco en su cuenco y le obligué a comerse un Percodán, metiéndoselo bien al fondo de la garganta, como suelen hacérselos tragar a los pacientes inconscientes o impedidos en las salas de observación. El chucho soltó un par de arcadas pero al final se bebió todo el vino.

No era una noche de diciembre fría, pero el aire estaba pesado y húmedo, empapado del olor salado del Pacífico. Solté a Rocco para que diese una vuelta por la arena e hiciera sus necesidades, mientras yo lo esperaba sentado en un banco de cemento, bajo las luces del Sunset Saloon, el viejo bar de moteros. Cuando hubo soltado un par de cagarrutas, el perro regresó y se sentó a mis pies. A unos veinticinco metros se oía el romper de las olas. Le palmeé la cabeza.

—Lo siento, compadre —le susurré—. Ya sé que te duele mucho.

Durante un buen rato me quedé allí sentado dando tragos de la damajuana, intentando decidir qué hacer con el resto de mi vida. Cuanto más miraba el mar, más frustración y desprecio sentía por mí mismo. Tuve que atizarme unos cuantos trallazos antes de darme cuenta de que mis pensamientos se estaban sosegando.

Odiaba Media Naranja Internacional. Ya no quería llevar la americana gris ni la corbata, ni tampoco inventarme un interés ficticio por meter las manos en las cuentas bancarias de una gente convencida de que lo único que les falta para tener una vida feliz es un servicio de citas serio y fiable. Me sentía igual que cuando abandoné las ventas telefónicas: ya les había quitado a demasiados primos su dinero durante demasiados años. Ya no podía más. El precio a pagar era demasiado alto.

El bolsillo delantero de mi pantalón aún lo abultaban veinte billetes de cien pertenecientes a MNI. Me dieron ganas de arrojarlos al mar, o quizás de quedármelos. Podía tomar rumbo al Norte, a San Francisco, o volver a Nueva York. Las únicas señas que tenían de Bruno Dante era la dirección de un motel en Hollywood... Que se jodan los de MNI, pensé, y de paso que le den por ese culo operado a Nancy Cooper.

Hacía dos horas escasas había vuelto a leer las primeras cincuenta paginas de *Pregúntale al polvo*, pero al posar el libro en el asiento, algo en mi interior había revivido. Tras años de ignorar la honestidad mostrada por mi padre y la indiscutible poesía de su escritura, reflexioné y me sentí avergonzado. Mi egoísmo, mi fracaso como escritor, me deshonoraba.

Mientras vivió mi padre, *Pregúntale al polvo* también había estado vivo. Pero todo aquello había tocado a su fin. Un gran escritor desconocido había sido silenciado fatalmente. Yo también pude haber sido un novelista como Jonathan Dante, me dije. Alguna vez, hacía ya tiempo, tuve el don. Sin embargo, yo también lo ignoré. Me había abandonado, como había hecho el cuando vendió su alma a los grandes estudios.

Quizá yo hubiera podido también escribir libros. Él lo había hecho, entonces ¿por qué yo no? ¿Quizás porque yo me había rendido, porque nunca había reunido el coraje necesario para soportar el posible fracaso? Mi padre estaba muerto, pero yo lo estaba también... aquella era la tristeza —y la certeza— que embargaba mi alma.

Me moría de ganas de conversar, de disfrutar de un poco de camaradería. Borracho y con la damajuana ya medio vacía, decidí entrar a probar suerte en el Sunset Saloon. Acaso invitar a un grupo de moteros a un trago, qué se yo...

Me puse en pie con el cerebro atento a los billetes que llevaba en el bolsillo, a mi capital. Cogí a Rocco por el collar y me dirigí a la puerta, pero a medio camino recordé cómo iba vestido, mi absurdo atuendo de oficinista: la americana gris y la ridícula corbata con gomita y clip. Me volví a sentar. Me arranqué la corbata del cuello almidonado y la usé para jugar al tira y afloja con mi perro.

Entonces comencé a oír voces. En un principio fueron casi imperceptibles, pero

luego fueron surgiendo poco a poco de la penumbra neblinosa y húmeda de la costa. Eran dos mendas que venían hacia mí arrastrando pesadamente los pies. Cuando estuvieron algo más cerca caí en la cuenta de que discutían a voz en grito. Eran hispanos, no sé de dónde. Eran peones o jornaleros, es decir, tipos a los que les gustaba la vida al aire libre, igual que a mí.

Tardaron en acercarse porque la disputa en la que estaban enfrascados exigía numerosas paradas. La discusión se desarrollaba en ráfagas de frases escupidas a regañadientes, gruñidos y sílabas de una jerga indescifrable, todas combinadas. De vez en cuando se detenían y entonces uno lo embestía en el pecho con el índice al otro, o agitaba los brazos enloquecido hasta que la desavenencia quedaba resuelta, y después seguían andando.

Se me aproximaron y noté que llevaban una cogorza de vino parecida a la mía. Cuando sus pasos arrastrados los llevaron hasta donde yo estaba, alargué el brazo con la corbata y, cual si fuera un capote, les bloqueé el paso con ella.

El más alto de los dos, el que peor llevaba la borrachera, parecía ser el más audaz. Se detuvo, evaluó mi oferta sin pronunciar palabra y solo entonces, tras haber llegado lentamente a la conclusión de que mi ofrenda era gratuita, quiso agarrar la corbata y falló.

Se la entregué a su compañero y se desató una ruidosa discusión, seguida de un concurso de empujones que decidiría quién se quedaría con el trapo anudado y roído. El más bajo —que llevaba una sudadera con capucha sucia y sudada, y lucía un corte reciente en lo alto de la mejilla—, no quería soltar la corbata. Se la alisaba contra el pecho e incluso intentó prendérsela por encima de la cremallera de la sudadera.

Me levanté e interpose entre ellos la damajuana de Perro Loco. Aquello hizo que los tres nos sentáramos inmediatamente y le pegáramos al frasco.

Iban más curdas que yo, pero sabían beber. Hicimos circular la damajuana, y pronto la corbata se convirtió en un vendaje para absorber la sangre del corte que llevaba el hispano bajito.

Conseguí averiguar los nombres de mis dos amigos, se llamaban Héctor e Ignacio.

Bebimos hasta casi acabarnos la damajuana. En aquel momento se me ocurrió que el más bajo, Héctor, sería un candidato ideal para una cita y acaso un buen compañero de viaje para la nueva y adinerada clienta que acababa de suscribirse al servicio de citas de MNI, y que, curiosamente, residía en la zona. Bajo las luces de mercurio de la calle, nosotros tres y Rocco bajamos por el paseo de la playa hasta llegar a la Avenida 26.

Héctor cumplía únicamente con dos de los requisitos establecidos por la señora Cooper: era hispano y fumaba. No eran muchas coincidencias, pero bastarían. También recordé la chorrada aquella de que podría contratarlo como criado; fue justamente aquello lo que me convenció para hacer de celestina. Héctor me había dicho que no tenía empleo, y yo estaba seguro de que no se opondría a realizar

trabajos físicos ligeros a cambio de echarle un polvo de vez en cuando a la señora Cooper.

De pie en la arena, Héctor y yo intercambiamos nuestras camisas mientras Ignacio sujetaba la damajuana. Resultó que la americana le quedaba estupendamente, y la corbata ensangrentada enganchada al cuello completaba el atuendo.

En mi español chapurreado, y como buenamente pude, le expliqué a Héctor el concepto de las vídeo-citas. Él se mostró receptivo y más que dispuesto a probar suerte en nombre de MNI.

Nacho nos contemplaba desde lejos mientras yo empujaba a Héctor escalones arriba hasta el portal de Nancy Cooper. La sirvienta se asomó por la mirilla, creí que se acordaría de mí. A Héctor no podía verlo porque yo lo ocultaba intencionadamente con mi cuerpo.

—¿Está la señora Cooper? —pregunté.

La mirilla se cerró y la sirvienta fue en su busca. Un minuto después apareció en la puertecilla la faz quirúrgicamente rectificadora de Nancy Cooper. La llevaba embadurnada de una espesa crema de noche.

—¿Eres tú otra vez? ¿Qué diablos quieres?

—Señora Cooper, me gustaría hablar con usted un momento. Le traigo buenas noticias.

—¿Estás borracho? Suenas como si lo estuvieras... ¡Lárgate ya!

—Señora Cooper estamos de suerte. Creo que le he encontrado un candidato: es mejicano, adulto, tiene disponibilidad para viajar, necesita un empleo y tiene picha propia.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Que le he concertado una cita.

—Me has dejado las cintas equivocadas... Pero ya hablaremos de ello mañana.

—Lo sé, ha sido un error.

—Lárgate y vuelve con lo que yo he pedido.

—Por eso precisamente he vuelto. Le traigo lo que me ha pedido. Abra la puerta.

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Por qué no me lo has dicho antes? Aguarda un segundo, voy a ponerme el albornoz.

Cuando volvió yo ya le había abotonado la chaqueta a Héctor y lo había situado frente a la puerta, en el mismo sitio que unos segundos antes ocupaba yo.

Capítulo 19

Las oficinas de MNI abrían cada día a las diez en punto de la mañana. Cuando me desperté, me encontraba en el asiento delantero del Dart, en el aparcamiento de Media Naranja Internacional. Recordaba todos y cada uno de los hechos de la noche anterior, por una vez el Perro Loco no me había causado lapsus de memoria alguno. Cerré los ojos e intenté sincronizar el ritmo de mi respiración con los latidos que me hacían cimbrar la cabeza, siguiendo el consejo del homeópata capullo que me había asegurado que esa era una buena forma de reducir el suplicio de la resaca. Evidentemente, no era un bebedor de vino.

Mi reloj marcaba las 10:45. Era viernes y día de pago.

Mientras rodeaba la esquina del edificio Susan Bolke me vio llegar desde su escritorio al otro lado del cristal y torció el gesto. El reflejo me devolvió una imagen de mi aspecto: mi americana y corbata habían desaparecido para dejar paso a la sudadera ensangrentada y sucia de la noche anterior. Vi cómo Susan Bolke levantó el auricular, marcó un número y luego siguió charlando animadamente con un cliente, ignorándome. El tipo, que llevaba varias cajas de vídeos en las manos y se había sentado en la esquina del escritorio de Susan, le atisbaba furtivamente el vertiginoso escote.

Cuando por fin entré en el edificio, Susan ni siquiera me saludó. Mantuvo la sonrisa y continuó conversando con su cliente, así que esperé. Después de varios minutos presenciando cómo sus pechos seducían al socio, comprendí que se me estaba desdeñando.

—¡Oiga, perdone! —dije—. He venido a ver al señor Berkhardt.

Con un gesto, la señorita Bolke me dirigió hacia la zona de recepción. No me dirigió la mirada, solo su veneno:

—Siéntese allí. El señor Berkhardt lo verá en unos minutos.

La resaca que llevaba encima era demasiado intensa para enfrentarme a ella, sin embargo vi que sobre su escritorio había una pila de sobres con ventana. El de arriba llevaba mecanografiado el nombre de uno de los vendedores.

—¿Mi paga también está en esa pila?

La señorita Bolke me volvió a ignorar y prosiguió su charla con el primo.

—Perdóneme —pregunté educadamente—, ¿podría responderme a una cosa?

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—¿Cuándo fue la última vez que dejó que su novio le vomitara encima de las tetas?

El despacho de Berkhardt estaba cerrado, pero no esperé a que me hicieran pasar. Entré y dejé que la puerta se cerrara sola detrás de mí.

—No he venido a causar problemas —le advertí—, sino a buscar mi talón.

Colgó el teléfono de un golpe y con un respingo se puso de pie tirando al suelo un

abeto navideño en miniatura que había sobre su escritorio. Su rostro había enrojecido, aquel hombre estaba dispuesto a todo. Para calmarlo le entregué el puñado de billetes de cien fruto del contrato de Nancy Cooper. Me senté.

Su actitud cambió de inmediato. Levantó el abeto del suelo y volvió a colocarlo en su sitio.

—La policía te está buscando —soltó.

—¿Por qué?

Berkhardt también se sentó.

—La señora Cooper ha estado histérica toda la mañana. Ha estado llamándonos cada cinco minutos. Ha armado un revuelo increíble, dice que la atacaste, y como además faltaba el dinero me vi obligado a proteger el buen nombre de la empresa: te he denunciado a la policía.

—No he cometido ningún crimen. Cuente el dinero, verá que está todo ahí.

Desplegó los billetes y corroboró que no faltaba nada.

—Tienes un aspecto penoso. ¿Qué ocurrió en casa de la señora Cooper?

—Me despedí. Me he cansado de vender. Eso fue lo que pasó.

—Estabas borracho, ¿no es cierto? Joder, Dante... veo que vas directo hacia el muro a ciento cincuenta por hora. ¿Qué sucede? ¿La vida interfiere con tus borracheras?

Me incorporé.

—Según creo, estamos en paz. Tiene un cheque para mí, ¿no es así?

Berkhardt abrió el cajón de su escritorio y me arrojó un sobre sellado. Vi mi nombre mecanografiado a través de la ventana de plástico transparente.

—Le agradezco que me haya dado una segunda oportunidad —me oí decir—. Espero que acepte mis disculpas.

Le ofrecí la mano.

—¿Has atacado a la señora Cooper?

—No.

Entonces me la estrechó.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Antes me dedicaba a escribir.

—Ya me lo habías dicho... me refería a cómo piensas ganarte la vida.

—Fregaré platos, vigilaré aparcamientos... Seré un currito más, haré lo que haga falta para llegar a fin de mes, al menos hasta poder volver a escribir.

—¿Y qué te hace pensar que la bebida no interferirá con tu escritura?

—Si es así, dejaré de beber.

—Era poesía, si no recuerdo mal... ¿Ya te habían publicado?

—Así es.

—Por aquí pasa mucha gente en busca de un trabajo de media jornada que dé buen dinero. Gente de egos inconmensurables: actores, modelos... Los Ángeles está lleno de gente así, de petardos que solo buscan salir en la televisión, pero tú eres el

único que ha admitido que quiere ser poeta.

—Desde que tengo memoria me he querido largar de Los Ángeles. Escapé lo más lejos que pude, pero eso ya no es tan importante. Lo que verdaderamente necesito es poder lidiar con mis pensamientos. La escritura solía sosegar me.

—Quitaré la denuncia. Es Navidad, estarán ocupados de todos modos.

La noticia me dejó seco.

—¿Ya es Navidad?

—Nochebuena.

Capítulo 20

Llegue hasta el coche y subí el cerrojo de la puerta del conductor. Rocco no pudo darme la bienvenida. Fue incapaz de desplazar la cabeza del asiento, solo pudo levantar la vista. Soltó un gemido agudo, no había duda de que sufría muchísimo.

Estaba en el asiento trasero y había vuelto a cagarse. Era una mierda más líquida que sólida, manchaba todo el tapizado del asiento y se acumulaba en un charco inmundo donde el respaldo se junta con la base. Inhalar aquel tufo me hizo darme la vuelta y vomitar repetidamente junto al coche.

Tras ventilar el interior del Dart, limpié la mierda de Rocco con pañuelos de papel e intenté obligarle a tragar un Percodán. No hubo manera. Sus quejidos eran cada vez más fuertes, pero se negaba a cooperar.

Sentí miedo. Se me encogía el corazón con solo pensar que estuviera muriéndose.

En una gasolinera Shell del Bulevar Lincoln, donde hacían efectivos los cheques de MNI, canjeé el de mi finiquito. Con mis doscientos dólares y un puñado de monedas de veinticinco centavos en la mano, empecé a llamar por teléfono a todas las clínicas veterinarias que aparecían en las Páginas Amarillas. No encontré ni una sola que estuviera abierta. Tras ocho o diez llamadas solo había conseguido hablar con contestadores automáticos.

En la Clínica de Rescate de Mascotas me contestó por fin una voz humana que al parecer estaba a cargo de aquel establecimiento, sito en la calle Bundy, de Brentwood. La recepcionista de acento extranjero me recomendó que me diera prisa porque cerraban al mediodía.

Aparqué delante del consultorio, pero no tuve fuerzas para intentar llevar a Rocco hasta la entrada. Me quedé en el coche fumando y observando el movimiento en la entrada de la clínica. Aún albergaba la esperanza de ver algún animal vendado huyendo despavorido del consultorio, o algún otro signo de desastre inminente que me diera una excusa para llevarme a Rocco. No vi nada extraño. El único detalle insólito del lugar eran las huellas del violento terremoto de Northridge que aún podían apreciarse, tanto en las cicatrices que surcaban el camino de entrada como en el porche escorado, y que le daba a la antigua pared de la residencia victoriana una sonrisa ladeada.

Los vientos de Santa Ana volvieron a soplar y las palmeras que bordeaban la calle se ondulaban a cámara lenta con las rachas llegadas del Este. Las dos hileras interminables de palmeras, que dejaban atrás Wilshire y llegaban hasta San Vicente, alcanzaban alturas de entre veinte y veinticinco metros y se arqueaban en dirección norte; parecían dinosaurios delgadísimos sacudiendo sus pompones de animadora bajo un cielo azul y navideño.

Mientras me decidía a entrar, me dispuse a apuntar ideas para un poema, un poema sobre Los Ángeles. Era increíble, pero las palabras no dejaron de fluir hasta que la mayor parte del concepto abandono mi cabeza para aterrizar sobre el papel.

Escribir un poco calmó la ansiedad producida por el estado de mi perro. A las once cuarenta y cinco, cuando estaba a punto de automedicarme un trago —que buena falta me hacía—, aparqué el poema en la guantera y llevé a Rocco a ver al veterinario. Dentro no quedaban clientes.

El jefe era el anciano doctor Wong, un veterinario chino. Me mostró el camino a la sala de reconocimiento. Allí posé a Rocco sobre una mesa de acero inoxidable en cuyo extremo advertí un sumidero; la mesa se parecía bastante a las mesas de embalsamar de las funerarias. El suelo de la sala estaba recubierto de linóleo abombado y apestaba a nicotina.

Wong se puso manos a la obra con mi perro. A causa del dolor, Rocco podía estar consciente y unos segundos después perder el conocimiento. Cada vez que Wong le presionaba las zonas cercanas a las patas traseras, Rocco gemía estruendosamente. Wong dejaba entonces de tantear. Pero el anciano tenía mucha mano con los animales, y apenas mi perro se quejaba, le acariciaba la cabeza cariñosamente hasta que el dolor desaparecía, y solo entonces continuaba. En unos cinco minutos el chino dio por concluido el reconocimiento.

—Este pelo está muy enfermo —me dijo—. Aqueja mucho.

—¿Es muy grave?

—Tenel bulto que presiona la columna vertebral. Muchísimo dolor.

—¿Va a necesitar rayos X?

Wong fue compasivo.

—Duelma pelo con inyección. Es lo mejor.

Para mí aquella solución era impensable.

—Rocco era el perro de mi padre, no puedo hacerle eso.

—Pelo vivel veinticuatro horas; dos días si tenel suelte.

—Entonces olvídense de la inyección, que más da. ¿Se puede hacer algo para que no le duela...? ¿Puede darle morfina?

—Hay una droga: Feldene. Quita casi todo dolor.

—Muy bien, démosle eso.

Antes de nada, Wong inyectó en la zona lumbar de Rocco una jeringa entera de otro calmante. Después, mientras yo sujetaba la cabeza del perro entre mis manos, Wong le administró un chorrillo de Feldene con un largo gotero que introdujo hasta el fondo de la garganta. Aquello relajó a Rocco de inmediato. Me miró y vi que sus ojos estaban tranquilos. Me lamió la mano y se durmió apaciblemente.

Cargué a Rocco hasta la recepción y lo acosté en el mostrador.

—¿Cuánto le debo? —pregunté.

—Noventa y ocho dólares —dijo tras hacer la suma.

—Joder...

Le entregué un billete de cien y él quitó los dos de la vuelta de un fajo grueso que llevaba en el bolsillo. Me dio el frasquito de Feldene y otro de tapa blanca con gotero incorporado.

—¿Y este qué contiene? —inquirí.

—Sedante muy potente —me susurró con ternura—. Pelo dolmil y no despelta. Dálselo al animal si el Feldene no calmal dolol.

Miré el segundo frasquito al trasluz, no habría más de medio centímetro de líquido dentro. Quise devolvérselo, pero el anciano y sabio doctor Wong me cogió del hombro y me dijo:

—Todo lo que vivil tenel que dejal vida. No es algo telible, así lo quiele Dios.

Con todo, yo no quería que Rocco acabase su vida en el asiento trasero del Dart, recostado entre narrativa barata, colillas y bolsas de patatas fritas vacías. Prefería que muriese en casa de Jonathan Dante, en Malibú. Rocco había pasado toda su vida allí, cerca del olor de su amo y de los objetos que le eran familiares: la alfombra del estudio del viejo, donde dormitaba mientras mi padre aporreaba la máquina de escribir hora tras hora, o el océano, cuyo sonido y sabor salado le traerían recuerdos de épocas más felices.

Tomé rumbo al Oeste por el Bulevar Wilshire, hacia Santa Mónica y la Autovía de la Costa, en busca de una tienda de licores. Necesitaba echar un trago cuanto antes para estabilizarme. En el asiento contiguo, Rocco yacía medio inconsciente. Me había apoyado su pesada cabeza sobre el muslo. Respiraba con dificultad a causa de la droga que lo ayudaba a soportar el dolor. Saltaba a la vista que se estaba muriendo.

Durante el camino me empezaron a temblar las piernas. Al principio fue algo leve, pero sabía que se volverían más virulentos. Ya habían pasado diez horas desde mi última copa y mi cuerpo empezaba a mostrar síntomas de abstinencia, síntomas acentuados por una mente a la que la muerte de un perro le causaba pánico.

Me había prometido a mí mismo y a Morgan Berkhart que si no era capaz de moderar mi consumo de alcohol lo dejaría por completo. Cumpliría mi promesa, sí... pero más adelante. En aquel preciso momento, el estómago se me salía por la boca, mis manos se sacudían y tenía que aferrarme al volante para refrenar las convulsiones que se avecinaban. Me dije que compraría un cuarto de litro y ni una gota más. Lo indispensable para calmar el temblor de mis manos.

La primera tienda en la que me detuve, en el Bulevar Wilshire, estaba atestada. Era nochebuena y viernes. Se había trabajado solo medio día y además se acercaba un fin de semana de fiesta: todo el mundo se estaba aprovisionando. Me daba miedo dejar a Rocco solo durante el rato que me llevaría entrar, hacer la cola, comprar mi botella y regresar. Podía morir en el ínterin y yo no estaría allí para consolarlo.

Por el escaparate de la tienda observé la larga fila que se había formado delante de la caja, a la espera de que fuera disminuyendo. Pero no lo hizo. Solo había un empleado para atender a una multitud de clientes.

Decidí seguir adelante unos treinta kilómetros y detenerme en la tienda de licores del embarcadero de Malibú. Crucé los dedos para que mi cuerpo aguantara hasta llegar allí, estaba seguro de que en Malibú habría menos gente. Maniobré el Dart y me alejé.

Había hecho un cálculo pésimo. A los diez minutos mi cuerpo se rebeló y los músculos de mi estómago se anudaron. Sintiéndome incapaz de posponer el trago que tanta falta me hacía, me detuve en la primera tienda que avisté, en el cruce de la Autovía de la Costa Pacífica y Santa Mónica Canyon.

El aparcamiento estaba repleto. Me daba igual, dejé el coche en segunda fila. Tan suavemente como pude apoyé la cabeza de Rocco sobre el asiento y me lancé al interior de la tienda. En el primer expositor vi una botella de Jack Daniels en una caja navideña, envuelta para regalo. La arranqué de la balda y me puse en la fila de un salto, sujetando desesperadamente la caja contra el pecho para disimular las sacudidas de mis manos.

Me faltaban cinco turnos para llegar a la caja registradora. Esperé. Pronto fueron cuatro... luego dos...

El último cliente que me precedía abonó la compra con el talón de su paga de seiscientos y pico dólares. Se llevaba el periódico, un paquete de chicles y un ejemplar de *People*. En total su compra sumaba algo menos de cuatro pavos.

Pese a los temblores, esperé. El dependiente contó la vuelta del talón. Evidentemente, él y aquel tipo se conocían, pues intercambiaban comentarios y frases amables, mientras mi salud mental se me escapaba por los poros y me empapaba la camisa.

—Ahí van cien... —dijo el dependiente— ¿Así que libras hasta el año nuevo? Vaya suerte que tienes, cabrón.

—Ya ves... —respondió el del talón.

—Pues yo no me cojo ni un día. El lunes a primera hora tengo que estar al pie del cañón. Ahí van doscientos... dos cincuenta... tres... y cuatro. Si los de esta tienda tuviésemos representación sindical... ja, ja, ja. Oye, ¿te importa que te dé el resto en billetes de diez y de veinte?

—No, para nada.

—... Quinientos. Seiscientos. Diez... veinte... veintiuno... con treinta y dos centavos.

El suplicio había acabado. El tipo tomó el dinero del mostrador, cogió su bolsa y se marchó.

Me acerqué al dependiente con cuidado de que no se me notara el mono. A mi espalda había una cola de diez personas y el temblequeo era hartamente evidente. El tipo que venía detrás de mí se abrió paso a empujones con dos paquetes de doce botes de cerveza cada uno. Lo ignoré y puse mi Jack Daniels envuelto para regalo delante de las narices del dependiente. Este sumó la compra.

—Son veintiún dólares con noventa y cinco.

Conseguí meter la mano en el pantalón y sacar el billete de cien, lo pillé con la punta de los dedos. No fue difícil porque no había nada más dentro del bolsillo. Tire el billete arrugado sobre el mostrador de cristal. Mi voz era un estertor.

—A-a-aquí tienes —tartamudeé.

El dependiente lo cogió y lo planchó con la mano.

—¿No tiene nada más pequeño?

—Es el u-u-único que tengo.

Se oyó la campanilla de la caja al abrirse y el dependiente sacudió la cabeza. Apartó mi compra a un costado y dijo:

—Lo siento, tío —dijo devolviéndome el billete—. No tengo cambio. ¡Que pase el siguiente!

Mi cuerpo había empezado a aullar aquello de *bebe o muere*. De encima del mostrador cogí de un manotazo varias revistas, un puñado de chocolatinas y una linterna con las pilas recargables y su cargador. Y entonces empujé todos los productos hacia el dependiente.

Hubiera querido hablar pero estaba aterrado. Lo único que salía de mis labios eran jadeos y un carraspeo muy parecido al que emiten los animales asustados, que parecía provenir del fondo de mi garganta. Para lograr producir un sonido humano tuve que dar un puñetazo en el cristal, chafando sin querer una chocolatina Snickers.

—¡Que se joda el siguiente! —espeté—. También me llevo toda esa mierda que tienes delante. ¡Ahora cóbrame!

Aquello crispó al dependiente. Revisó los productos con seriedad.

—No llega —soltó—. Ahora quítese porque está obstaculizando la cola.

A mis espaldas pude oír el cuchicheo impaciente del Cervezas.

—No tan deprisa —exclamé mientras me daba la vuelta y le quitaba al Cervezas las cajas de aquellas manos rechonchas y rosadas—. Te pagaré las cervezas de él... Y cóbrate esto... y esto también.

La mujer que iba detrás del Cervezas llevaba dos botellas de buen vino. Las cogí y las puse sobre el cristal con todo lo demás.

—Y cóbrame lo de ellos también. ¡Soy Papá Noel! ¿Y ahora qué me dices?

—Con esto alcanza —admitió tras hacer la suma—. Son ochenta y dos dólares con veinte. Enhorabuena.

Cogió mi billete y me dio la vuelta en billetes de un dólar. Mientras él empaquetaba los productos, noté que me estaba estudiando tranquilamente y sin disimulo. Cuando hubo separado todo en tres bolsas distintas, empujó hacia mí la mía.

—Ahí tienes, Papá Noel —exclamó con tono burlón—. Y ahora que ya te has abastecido de tu medicina, déjame decirte que creo que vas a pasar unas fiestas navideñas muy solitarias.

Una vez en el aparcamiento, apoyé la bolsa con la botella de Jack en el techo del Dart mientras hacía malabares para meter la llave en la cerradura. Eché un vistazo a Rocco por el cristal, se lo veía tranquilo. Su pecho subía y bajaba. Todavía respiraba.

Conseguí abrir la puerta, pero cuando quise levantar la bolsa de papel calculé mal y la así por el borde. Se me resbaló de la mano y desde su interior la caja de Jack se deslizó por el cristal trasero del coche y dio un bote seco contra el asfalto.

Me agaché para recogerla, pero al hacerlo vi que ya se estaba formando junto al fondo de la caja un charco de color ámbar.

Subí al automóvil, crucé los brazos y sujeté las manos bajo las axilas, que de inmediato volvieron a empaparse de sudor.

Tenía que tomar una decisión. Aún me quedaba dinero en el bolsillo, podría entrar otra vez, meterme en la fila y comprar otra botella, o podría detenerme en otra tienda al llegar a Malibú. Si seguía el viaje a Malibú me ahorraría la sonrisa desdeñosa y el regodeo del dependiente cuando me viera entrar nuevamente. Pero no era aquello lo que me importaba. Lo hubiera hecho si Rocco no hubiese vuelto a posar su hocico sobre mi pierna; me preocupaba hacerle daño al tener que moverlo otra vez para bajarme del coche.

En lugar de regresar a la tienda, metí la mano en la bolsa de la compra y cogí una chocolatina Snickers.

Abriendo el envoltorio con los dientes, la apreté por la parte inferior como a un plátano y me comí la mitad que sobresalía. Después me comí la mitad de abajo.

El subidón de azúcar me hizo bien. La rata que se ahogaba, arañaba y chillaba dentro de mis tripas se calmó por unos instantes.

Saqué otra Snickers de la bolsa y también me la zampé. En poco más de un minuto, mucha de la ansiedad se había disipado. Tanto, que creí poder continuar hacia Malibú sin tener que volver a la tienda a enfrentarme al chulo burlón del dependiente. Logré meter la llave y darle al encendido, después arranqué el Dart y me largué.

Para conseguir llegar hasta Sunset y la Autovía de la Costa tuve que comerme otras cuatro Snickers, con una mano conducía y con la otra arrancaba los envoltorios y me las llevaba a la boca. Los temblores seguían incomodándome, pero ya podía controlarlos. Me había propuesto llevar a Rocco a Punta Dume a que muriese en su casa, en casa de mi padre. Pero entre Sunset y la tienda de licores del embarcadero de Malibú mediaban nueve kilómetros, y solo me quedaban dos Snickers. Me había propuesto llegar, así que abrí otro envoltorio con los dientes.

Durante el trayecto procuré comer lo más lentamente posible. El calor y la humedad que emitía mi cuerpo hacían que las chocolatinas se derritieran a toda velocidad. Pero me las apañaba. Sin quitarle el envoltorio, estrujaba la chocolatina en mi puño y así —hecha una pasta—, llegaba la golosina hasta mis labios. La penúltima no duró ni un suspiro. Sin embargo, quise conservar la última. Aguantaría cuanto pudiese y, cuando el estomago se me hiciera un nudo, le pegaría el mordisco.

Al llegar a Topanga Canyon Rocco empezó a quejarse tanto que tuve que detener el coche. Respiraba entrecortadamente y con dificultad. Me deslicé hacia él y subí toda su cabeza sobre mi pierna. Mientras lo acariciaba, sentí que el cuerpo se le tensaba a causa del dolor. Se estaba muriendo.

Sin soltar la chocolatina, saqué el botellín con el calmante. Con la mano libre

sujeté el frasco mientras con la otra hundía el gotero en el líquido.

Rocco tenía el hocico levantado, por lo que fue fácil introducirle el tubo de vidrio por la comisura de la boca y soltarle dentro un chorrito de Feldene. Repetí la operación un par de veces hasta que se lo tragó.

Fue entonces cuando su comportamiento me cogió desprevenido. Mis dedos embadurnados de chocolate habían manchado su nariz reseca, entonces Rocco sacó su lengua ancha y rosada lentamente y la estiró para lamer los restos de chocolate. Dejé a un lado el frasco de calmante y le acerqué la mano embadurnada de chocolatina derretida. Rocco la lamió de inmediato. Le costó cierto esfuerzo pero lo repitió varias veces, así que nos turnamos para comérmola. Yo le daba un mordisco y él un lametón.

Se me ocurrió que si la Snickers le había hecho bien a Rocco, quizás su Feldene pudiese calmarme a mí. Di un trago al frasco, un trago muy pequeño. Y descubrí que se trataba de un brebaje espantoso, y no alcohólico.

Después de haber acabado la última chocolatina, me deslicé tras el volante sin quitar la cabeza de Rocco de mi regazo. Dejé el envoltorio de la golosina junto a su nariz.

Lo contemplaba mientras conducía, y vi que había dejado de lamer el chocolate.

Llegamos a la tienda de licores del embarcadero de Malibú y comprobé que allí también estaban a tope de clientes. Tuve que recorrer todo el estacionamiento para encontrar un sitio donde aparcar.

Quise bajarme, pero no pude. No me atrevía a mover a Rocco. Ahora emitía un quejido extraño, como si lo estuvieran estrangulando. Las caricias sobre su cuerpo parecían ser lo único que lo calmaban, así que seguí acariciándolo.

Pasó un rato, acaso unos cinco minutos. La gente entraba y salía de la tienda con bolsas de la compra y cajas de bebidas fuertes. Las bolsas de fondo ancho y poco llenas contenían cerveza; las delgadas de fondo estrecho, whisky o vino fino.

Dos tipos salieron con sendas bolsitas individuales tamaño petaca. Las bocas de las bolsas habían sido cerradas retorciendo el papel. Eran «Perros Cortos», petacas de medio litro de Perro Loco, mi bebida favorita.

Los tipos de los Perros Cortos se subieron a una camioneta todoterreno aparcada a dos coches del mío. Había sido equipada con neumáticos inmensos, barra antivuelco y focos encima del techo. Oteé a través de los cristales del coche que nos separaba, y el que conducía hizo asomar su Corto de la bolsa, desenroscó la tapa y se atizo un trago. Ver aquello me produjo una sacudida e hizo que mi estómago sufriera un calambre de deseo.

La camioneta dio marcha atrás y se alejó del estacionamiento. Ya habían comenzado a salir aquellos a los que había visto entrar. No podía esperar más, pero había aparcado demasiado pegado al vehículo de mi izquierda. Levanté la cabeza de Rocco y me lo quité de encima como pude para intentar salir por el lado del acompañante. Lo hice con el mayor de los cuidados, pero percibí que su respiración

se había convertido en una serie de jadeos desesperados. Me asusté. Cuanto más escuchaba, menos y menos frecuentes se volvían.

Estaba atrapado. Ni siquiera podía volver a ubicarme detrás del volante. Su respiración era frágil, tanto que supe que el pobre Rocco estaba en la antesala de la muerte. Con el mayor cuidado, volví a posar su cabeza sobre mi regazo y esperé.

Fueron pasando los minutos. Yo fumaba y le acariciaba la cabeza. Él seguía respirando.

Para distraerme de mis pensamientos, saqué de la guantera los apuntes que había hecho antes de entrar al consultorio del veterinario. Procuré concentrarme en la idea, intentando convertir aquello en un poema.

Los versos fueron tomando forma con naturalidad. Era un poema sobre Los Ángeles, y esto fue lo que escribí:

Las altas palmeras se marchan
calle Bundy abajo,
balanceándose en la brisa de un diciembre cálido.
Las putitas flacuchentas —elenco de coristas—,
se inclinan dispuestas ante los coches que pasan,
lanzándoles besos que irán a parar
al Bulevar Santa Mónica.

Sus tacones vencidos, sus brazos sucios
y el hedor de la calle
no prometen nada, ni auguran placeres.
Los Ángeles para siempre
ha perdido su inocencia.

Aunque una vez llegué
a verla, fugazmente,
y hasta la saludé por el cristal
del Plymouth de mis viejos.

Pero la habían comprado y vendido
y parecía tener demasiada prisa
para detenerse
y decirme adiós.

Cuando lo hube acabado lo repasé unas cuantas veces, no era un mal poema. Pensé en Jonathan Dante, pues para él lo había escrito, y me prometí que escribiría más para honrar su memoria.

Cuando bajé la mano para acariciar al perro viejo que tenía en mi regazo, caí en la cuenta de que había muerto. Serenamente, Rocco había dejado de respirar mientras yo escribía.

Me quedé en el coche durante un buen rato con mi perro en brazos. Sollozando. Cuando acabé, mis temblores se habían calmado.

En pocas horas llegaría la medianoche y ya habría pasado todo un día sin probar el alcohol. Un día podía convertirse en dos, y tuve la certeza de que si lograba mantenerme sobrio volvería a escribir.

Puse en marcha el Dart y me dirigí al norte por la Autovía de la Costa. El mar me revelo un tono azulado y profundo del que nunca antes me había percatado.

Agradecimientos

Doy las gracias de forma especial a Al y Judy Berlinski de la editorial Sun Dog Press, quienes publicaron la primera edición de *Chump Change* en Estados Unidos hace más de diez años. Sun Dog también ha publicado otros dos libros míos. La edición independiente en Estados Unidos es un negocio salvaje y estas dos personas han confiado en mí y han arrojado su dinero a los dioses. Cualquier éxito que logre esta novela será en gran medida debido a su rechazo a abandonarme y a su compromiso con la nueva ficción norteamericana. Gracias, Al. Gracias, Judy.



DAN FANTE (Los Ángeles, 1944-2015), hijo del mítico escritor y guionista italoamericano John Fante, abandonó Los Ángeles a los veinte años y se trasladó a vivir a Nueva York, donde sobrevivió trabajando como vendedor puerta a puerta, taxista, limpiador de ventanas, vendedor telefónico y un largo etcétera de empleos de todo tipo. A los cuarenta y cinco años y tras la muerte de su padre, cansado de ganarse la vida engañando a la gente como vendedor telefónico, dejó la bebida, cogió la vieja máquina de escribir de John Fante y escribió su primera novela, *Chump Change*. Es autor de cuatro novelas protagonizadas por su álter ego Bruno Dante, de un libro de relatos, de dos obras de teatro, de dos libros de poesía y de las memorias *Fante. Un legado de escritura, alcohol y supervivencia*.

Notas

[1] Homófono de *doom*, que en inglés significa «fracaso y muerte». (N. del T.) <<